

01058



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

GEORGES BATAILLE: ONTOLOGÍA Y ALTERIDAD

TESIS

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE:
MAESTRÍA EN FILOSOFÍA

PRESENTA:
LUIS ALBERTO FONSECA LAZCANO

TUTORA: DRA. MERCEDES GARZÓN BATES



FACULTAD DE FILOSOFÍA
Y LETRAS

MÉXICO, D. F. CIUDAD UNIVERSITARIA

2005

U: 350072



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A la dra. Mercedes Garzón

Autorizo a la Dirección General de Bibliotecas de la UNAM a difundir en formato electrónico e impreso el contenido de mi trabajo recepcional.

NOMBRE: Luis Alberto Fonseca

1421620

FECHA: 18 octubre 2005

FIRMA: 

(...)

El locuelo: *Usted los espera en vano, todos ellos han muerto*; así decía el último verso de una tragedia en la que morían todos los personajes.

El gnomo: ¿Qué quieres decir?

El locuelo: *Que todos los hombres han muerto y que su raza se ha extinguido* (...)

El gnomo: (...) Me gustaría que uno o dos de esos tunantes resucitaran para saber lo que pensarían al ver que a pesar de la desaparición del género humano, todo continúa como antes, dado que creían que el mundo estaba hecho por siempre para ellos.

Giacomo Leopardi, **Pequeñas obras morales**

En algún apartado rincón del universo centellante, desparramado en innumerables sistemas solares, hubo una vez un astro en el que animales inteligentes inventaron el conocimiento. Fue el minuto más altanero y falaz de la "Historia Universal": pero, a fin de cuentas, sólo un minuto. Tras breves respiraciones de la naturaleza el astro se heló y los animales inteligentes hubieron de perecer.

Friedrich Nietzsche, **Verdad y mentira en sentido extramoral**

INDICE

Introducción

1. Absoluto y realidad humana	1
1.1. El Absoluto: Sustancia y Sujeto	3
1.2. Realidad humana: negatividad o potencia negadora del ser, finitud y muerte	7
1.3. Ser, pensamiento discursivo y concepto.....	19
1.4. Pensamiento discursivo y muerte.....	28
1.5. Saber absoluto y muerte.....	33
2. Del sentimiento de sí a la conciencia de sí: el deseo.....	46
2.1. El animal y el estar en el mundo como el agua dentro del agua.....	47
2.2. La cosa fabricada (objeto) y la conciencia de sí.....	51
2.3. El deseo como un fin para sí mismo	58
2.4. La instrumentalización y sus consecuencias.....	60
2.5. La instrumentalización del otro: la esclavitud.....	64
3. Articulación de la existencia humana en el proyecto discursivo.....	77
3.1. Servidumbre humana.....	78
3.2. El hombre: un extraño para sí mismo.....	88
3.3. El saber como trabajo y totalidad.....	90
4. Fuerza de negatividad: posibilidad e imposibilidad.....	114
4.1. Negación dialéctica y negatividad sin empleo.....	115
4.1.1. Negación dialéctica: trabajo y pensamiento discursivo (saber).....	115
4.2.1. Negatividad sin empleo: gasto improductivo y no saber.....	124
4.2. Ser, posibilidad, acción eficaz y alteridad.....	144
4.3. El Ser heterogéneo e imposible.....	157
Conclusión.....	191
Apéndice: abyección, desnudez y alteridad.....	203
Bibliografía.....	221

Introducción

Recientemente, en el año 2001, se publicaron unos escritos que Georges Bataille tenía en mente integrar en su proyecto de la **Suma ateológica**. Hasta ahora se conocían tres volúmenes de esta **Suma: La experiencia interior, El culpable y Sobre Nietzsche (la voluntad de suerte)**.

Estos textos y apuntes: *La pura felicidad* y *El no-saber*, están reunidos en un libro titulado **La oscuridad no miente**.

Su traductor, Ignacio Díaz de la Serna, escribió un epílogo en este libro en donde señala algo muy importante en relación con el problema de Bataille y la filosofía. Para el escritor francés la meta ideal de la filosofía es el llegar a ser un discurso sumatorio de la realidad.

La filosofía obedece entonces a una voluntad de totalidad del hombre: a un querer ser todo, existir totalmente y, al mismo tiempo, saberlo todo. Esta es la meta de la filosofía en el propio Hegel. Así, Díaz de la Serna escribe lo siguiente: "Lo cierto es que la empresa de Hegel no tiene parangón. A través del Sistema, llevó a cabo el Saber absoluto como la suma de los posibles. Con él, la filosofía realiza la totalidad y se constituye en el círculo de los círculos" (p.232, Taurus).

El propio Bataille llegó a sentirse fascinado por la obra y la empresa de Hegel, al grado de lamentarse de no haber sido él mismo este filósofo alemán.

Generalmente se estudia el pensamiento y la obra de Bataille desde el punto de vista literario, desde el aspecto erótico y, ya dentro de la filosofía, en relación con la obra de Nietzsche. Es indudable la presencia del pensamiento de este último en la obra de Bataille, y mucho se ha escrito ya al respecto (hace poco se publicó el libro **Georges Bataille: Meditaciones Nietzscheanas**); pero pocos

conocen, y en ocasiones no lo creen, que la obra de Hegel, específicamente la **Fenomenología del Espíritu**, tuvo una importancia fundamental para Bataille.

Bataille asistió a un largo curso impartido por Alexandre Kojève, de 1934 a 1939, una lectura comentada de la **Fenomenología del Espíritu** de Hegel. Este curso dejó una huella profunda en gran parte de su obra.

De esta manera, para una mejor comprensión del pensamiento de Bataille se vuelve necesario revisar esta huella proveniente de la obra de Hegel. Pero sin olvidar que la interpretación de Kojève sobre la obra de Hegel o, como el propio Bataille la llama: el pensamiento hegeliano de Kojève, fue en realidad quien imprimió esta huella, y no directamente la **Fenomenología...** de Hegel.

Por esto es importante revisar algunas de las tesis principales de este pensamiento hegeliano de Kojève para, a partir de ahí, ver su influencia o su relación con la obra de Bataille.

La presente tesis está dividida en cuatro capítulos. En ellos se parte del pensamiento hegeliano de Kojève y se va acercando al del propio Bataille, exponiendo el vínculo entre ambos así como los momentos en que el segundo se separa del primero.

En el primer capítulo se exponen aspectos básicos y fundamentales del pensamiento hegeliano de Kojève estudiados por Bataille. Se comienza explicando la idea de que el *Ser* no es solamente sustancia, sino también sujeto o realidad humana.

La realidad en su totalidad no solamente es, sino que también es *saber* de sí misma: ser y saber, o ser y pensamiento, constituyen al absoluto o la realidad en su conjunto.

Pero esta constitución de la realidad, o del *Ser*, como Sujeto o saber de sí, como Espíritu o realidad humana (que es en donde la totalidad se refleja), se realiza a través de una potencia negadora, o de una negatividad, que consiste en la supresión del mero ser dado (la sustancia) y su transformación en ser auto producido y consciente de sí. Negación dialéctica: suprimir conservando; esto es, transformar lo suprimido en una realidad superior a la que antes era. Negación que es trabajo (y lucha sangrienta: guerra).

Esta negatividad, supresión o destrucción, es muerte; pero una muerte que no deja de ser trabajo, pues lo destruido es transformado en un producto nuevo. De ahí que la constitución del *Ser* como Sujeto o Espíritu implique el enfrentamiento de este mismo con la muerte.

Así, en el primer capítulo se continúa la exposición relacionando ahora (dentro de este proceso de devenir del *Ser* como Espíritu, Sujeto o saber de sí) a la negatividad con la muerte. Si la constitución del *Ser* como Espíritu se realiza por la potencia negativa, es necesario ver algunas manifestaciones de esta negatividad como son el pensamiento, el discurso, o el pensamiento discursivo, que finalmente es trabajo (negación dialéctica); pero relacionando a este pensamiento con la muerte y la finitud.

En suma, este primer capítulo se centra en la exposición del devenir del *Ser* como Espíritu a partir de la propia potencia negadora del *Ser*. Negatividad que le va revelando al mismo Espíritu en formación la muerte que necesariamente afronta para realizarse como tal: toda acción (negadora) cuyo fin es consumir

esta realización implica, necesariamente, una supresión del Espíritu. Supresión o muerte que le revelan su finitud.

En otras palabras: la constitución del *Ser* como Espíritu (Sujeto, Saber de sí) implica la conciencia de la muerte de este mismo, pues para realizarse como Espíritu Absoluto (el *Ser* en su totalidad como Espíritu) tiene que vivir un proceso permanente de muerte, de auto supresión, hasta alcanzar el fin buscado. Sin embargo, dicha muerte se traduce finalmente en trabajo. No es pura y simple destrucción.

En el segundo capítulo se continúa con la exposición del pensamiento hegeliano de Kojève, pero ahora específicamente sobre la parte conocida como la dialéctica del amo y del esclavo. Kojève considera fundamental esta dialéctica del amo y del esclavo para la comprensión completa de la **Fenomenología...** de Hegel.

En este capítulo se resalta la acción transformadora, y negadora, que es el trabajo manual (propio del *homo faber*): la supresión (dialéctica) del ser dado natural y su transformación en realidad humana o Espíritu. Aparentemente la realidad en su totalidad queda transformada por el trabajo: el trabajo, al parecer, asimila la realidad en su conjunto.

Sin embargo, para Bataille, siempre queda algo **otro** fuera de esta asimilación laboral e intelectual de la realidad. Así, comienza a dibujarse ya desde este capítulo un *ser heterogéneo*, una alteridad radical, en términos de un *afuera* en relación con la realidad negada dialécticamente.

Ni el pensamiento discursivo, ni la transformación manual (siendo ambos trabajo o negación dialéctica) logran hacer de la realidad una totalidad, un

absoluto, un saber absoluto, pues siempre permanece una realidad heterogénea e inasimilable que trastoca al saber (absoluto) en no saber.

De la dialéctica del amo y del esclavo se concluye que este último se libera de la servidumbre por medio del trabajo. La supresión del ser dado natural, de la sustancia, y su transformación en producto humano significa un proceso formativo por el cual el agente del acto negador, el *homo faber* o ser industrioso y *cogitat* o pensante, se desvincula del ser natural auto produciéndose.

En otras palabras, el Espíritu (el *Ser* como realidad humana) se vuelve libre mediante el trabajo. Es en él en donde el *Ser* en su totalidad alcanza autonomía y libertad.

Hasta aquí Hegel y el pensamiento hegeliano de Kojève. Para Bataille, en efecto, la realidad humana (y con ella el *Ser* en su conjunto) se vuelve libre, pero se vuelve libre *sometiéndose* al trabajo.

El trabajo exige la articulación de la vida en un *proyecto*. La realidad humana se articula en este proyecto, subordinando el presente al porvenir, y esto la lleva a un estado de servidumbre. Proyecto y servidumbre se explican, precisamente, en el capítulo tercero de la tesis.

Sólo el momento *soberano* en donde la vida, sin ocuparse más del porvenir, se vacía o se consume sin reservas en el presente libera al *Ser* de la servidumbre laboral e intelectual, pues el pensamiento (discursivo) también es trabajo y, por lo tanto, proyecto.

La soberanía es posible, para Bataille, cuando tomamos en serio las palabras de Nietzsche: *amo la ignorancia en lo que respecta al porvenir*.

En el último capítulo se expone lo que para Bataille es fundamentalmente el *Ser*: *éxtasis*. A diferencia de Hegel, para quien el *Ser* se llega a constituir como Sujeto –esto es, inmanencia o mismidad: unión o adherencia inseparable consigo mismo–, para Bataille el *Ser* se revela como una permanente salida de sí, lo cual vuelve imposible una mismidad definitiva: el *Ser* es un continuo flujo que rechaza cualquier adherencia a sí, por lo cual también impide su constitución como Sujeto de manera definitiva.

Este *Ser* como Sujeto es *puesto en juego*, y puesto en cuestión, por el movimiento del éxtasis. Puesta en juego o negación: supresión *no dialéctica* del *Ser* como Sujeto.

Precisamente esta supresión no dialéctica es lo que se expone en el capítulo cuarto. Bataille la llama gasto improductivo o negatividad sin empleo; y desemboca, al contrario de la negación dialéctica que se resuelve en el saber absoluto, en el no saber.

La realidad o el *Ser* en su totalidad, mediante la negación dialéctica, se constituye en Sujeto –pues para Hegel lo verdadero no solamente es sustancia, sino también sujeto. El *Ser*, en su conjunto, se constituye como ser para sí en la medida en que se apropia de sí mismo auto produciéndose. En este sentido se realiza como Sujeto o saber de sí.

Sujeto o el *Ser* en términos de unión y adherencia inseparable consigo mismo (ser en sí y para sí). Totalidad única. Pero totalidad fuera de la cual ya nada hay: absoluto. Sujeto sin alteridad, pues el *Ser* (Sujeto) lo ha absorbido todo dentro de sí o, mejor, se ha integrado por completo dentro de sí mismo (auto produciéndose).

Sin embargo, este intento por abarcarlo todo como totalidad, esta voluntad de totalidad del *Ser* que rechaza cualquier *afuera* extraño y ajeno a su mismidad, lejos de eliminar esta alteridad (extraña) la presenta con mayor fuerza. La deja ver en una completa radicalidad. Como algo inasimilable por este Sujeto (absoluto). Una verdadera alteridad radical e inasimilable se dibuja cada vez más en la medida en que el *Ser* se empeña en realizarse como Sujeto o absoluto.

Y el éxtasis es el momento en el que el *Ser* se llega a constituir por completo como Sujeto (Espíritu Absoluto). Sólo entonces manifiesta toda su fuerza es alteridad incognoscible, dejando al Sujeto en un completo no saber. Es el éxtasis: el *Ser* desborda los límites que lo mantenían adherido a sí mismo, y este desbordamiento significa la anulación del Sujeto. El *Ser* deja de encontrarse contenido en sí mismo y fluye, de manera vertiginosa, fuera de sí; sin una meta o fin que pudiera ponerle límite y darle sentido a este flujo.

Antes de comenzar es importante hacer la siguiente aclaración. El presente trabajo no pretende ser una crítica al pensamiento de Hegel (específicamente la **Fenomenología del Espíritu**), ni una lectura e interpretación de esta obra, sino un intento de conocer más a fondo la obra y el pensamiento de Georges Bataille a partir de la aproximación de esta autor al pensador alemán.

En todo caso busca comprender la obra del escritor francés a la luz del pensamiento hegeliano de Alexandre Kojève. Este último fue fundamental para que Bataille tuviera contacto con la filosofía de Hegel.

Lo que se pretende en este trabajo es revisar la lectura de Bataille sobre la obra de Hegel (**Fenomenología del Espíritu**) a través de ese mediador: Kojève. Y, a partir de ahí, comprender de qué manera, siguiendo a Hegel (desde Kojève),

Bataille llegó a un lugar diferente al del pensador alemán: no al saber absoluto, sino al no saber.

1. Absoluto y realidad humana

En un ensayo de 1957, *Hegel, l'homme et l'histoire*, Bataille sostiene que los juegos del pensamiento de su época son falsos si desconocen la representación general que, desde 1806, Hegel ha dado del hombre y del espíritu humano.

Para gran parte de la obra y del pensamiento de Bataille fue muy importante un texto del filósofo alemán: **Fenomenología del Espíritu** (1807). No aceptaba, como lo dejan ver las primeras líneas de su ensayo antes comentado, el intento de comprender al ser humano ignorando la filosofía de Hegel.

Así, para entender mejor la obra de Bataille es importante conocer la lectura de este autor sobre la filosofía de Hegel, pero tomando en cuenta que entre estos dos autores hay un tercero que medió entre ellos: Alexandre Kojève – (1902, Moscú – 1968, París). Ruso naturalizado francés, doctor en filosofía de la universidad de Berlín.

En un artículo de 1946 de la revista *Critique (De l'âge de Pierre à Jacques Prévert)* Bataille escribió en una nota a pie de página lo siguiente: "(...) mi pensamiento es tributario de la interpretación del hegelianismo que expuso durante varios años, en un curso de gran repercusión de la Escuela de Altos Estudios, Alexandre Kojève".

Indudablemente la lectura de Bataille sobre la obra Hegel estuvo determinada en gran medida por la interpretación que Kojève hizo de la **Fenomenología del Espíritu**.

Las lecturas tempranas de Bataille sobre Hegel fueron apresuradas, tomadas de estudios de Émile Bréhier, Gurvitch y Nicolai Hartmann. Posteriormente, de 1933 a

1934, asistió a unos cursos de Koyré en la Escuela de Altos Estudios (sección Ciencias Religiosas) sobre la filosofía religiosa de Hegel en sus escritos de juventud.

Pero no fue sino hasta 1934 cuando Bataille ingresó al curso de Kojève: una lectura comentada de la **Fenomenología del Espíritu** de Hegel, publicado en 1947 como **Introduction à la lecture de Hegel**, que terminó en 1939. Entre sus asistentes estuvieron intelectuales importantes como Maurice Merleau-Ponty, Raymond Aron, Jacques Lacan, Raymond Queneau, Eric Weil, André Breton y otros.

Dentro de este curso Kojève impartió dos conferencias de gran influencia en la obra de Bataille: *L'idée de la mort dans la philosophie de Hegel* (1933-1934) y *La dialectique du réel et la méthode phénoménologique chez Hegel* (1934-1935).

Esto permitió a Bataille escribir y publicar en 1955 un ensayo fundamental que él tenía de la filosofía de Hegel –además de los comentarios y reflexiones en otras obras suyas, como **L'expérience intérieure** entre otras, y del ensayo mencionado al principio de esta introducción, *Hegel, l'homme et l'histoire*-, ensayo al que, por cierto, Bataille se refiere como un estudio del pensamiento hegeliano de Kojève: *Hegel, la mort et le sacrifice*.

Es necesario entonces revisar primero algunas tesis fundamentales de la interpretación de Kojève sobre la **Fenomenología...** de Hegel, o del pensamiento hegeliano de Kojève, en estos dos ensayos: *La idea de la muerte en la filosofía de Hegel* y *La dialéctica de lo real y el método fenomenológico en Hegel* –sobre todo el primero, pues tuvo una gran importancia para la idea de la *muerte* y de la *negatividad* hegelianas que Bataille llegó a tener.

1.1. El Absoluto: Sustancia y Sujeto

El objeto de estudio de la **Fenomenología**... es, principalmente, el conocimiento o el saber. Al inicio de esta obra el autor dice: "*El saber, que es ante todo (...) nuestro objeto (...)*" (1). La obra describe el camino recorrido por la conciencia desde una etapa primaria, el conocimiento sensible, hasta el llamado saber absoluto o conocimiento total.

El problema de la filosofía es la *realidad*, el *ser* o *lo que es*. Puede hablarse entonces de la *totalidad de lo que es*, o de la *totalidad de la realidad* o de la *totalidad del ser*. Y a esta *totalidad* Hegel la llamó *sustancia*. La totalidad de que lo que es y existe es entonces la *sustancia*, y por lo tanto el **Absoluto**.

Sin embargo, no puede hablarse todavía propiamente de **Absoluto**. Algo falta. La *sustancia* es la totalidad de lo que es, la totalidad de lo real, y de hecho esta afirmación es en parte correcta. Lo incorrecto es afirmar que el **Absoluto** *solamente* es *sustancia*.

Hegel es muy claro en el Prólogo de la **Fenomenología**...: "*Según mi modo de ver (...) todo depende de que lo verdadero no se aprehenda y se exprese solamente como **sustancia**, sino también y en la misma medida como **sujeto***" (2).

No basta con que la realidad sea, algo más falta: el **saber** de esta realidad. No es suficiente con afirmar que la totalidad de la realidad es. Sin el ser humano esto podría ser suficiente, pero al haber ser humano la totalidad de la realidad es y *sabe* que es. Y este saber es a lo que Hegel llama **sujeto**.

El **Absoluto**, o la totalidad de lo que es, es *sustancia* y *sujeto*.

El Absoluto es la totalidad de lo que existe, esto es, el Absoluto existe; pero también *sabe* que existe. Saber es ser consciente, en suma, ser sujeto. El Absoluto es saber de sí, conciencia de sí, autoconciencia o, mejor todavía, **Espíritu** –no en el sentido religioso de un ente sobrenatural o divino, pues la totalidad de lo real existe en este mundo natural e histórico.

Ahora, ¿cómo es posible para el Absoluto saber o ser consciente de sí? ¿Cómo es posible ser no solo sustancia sino también sujeto? Es posible por la realidad humana, pero: ¿qué caracteriza a ésta? El ser **logos** o **pensamiento discursivo**. Así, el Absoluto no solamente es sustancia, sino también **logos** (lenguaje o pensamiento discursivo). Logos o sujeto. La realidad humana es el logos por el cual el Absoluto llega a saber de sí mismo.

Sin embargo, se presenta un problema. Se ha hablado de la totalidad de lo que es, de la sustancia; y ésta llega a saber de sí o a saberse a sí misma, con lo cual también es sujeto. Pero entonces el Absoluto, aparentemente una *unidad* o *totalidad única*, resulta ahora dividida y por lo tanto resulta ser una dualidad: por un lado está la totalidad de lo que es o la sustancia; por otro, se encuentra el sujeto que hace posible el saber o la conciencia de sí de la sustancia.

Ahora bien, tanto la sustancia como el sujeto son la misma realidad. La realidad que es (sustancia) y la realidad que *piensa* (sujeto) son la misma realidad. El Absoluto es el *ser* (sustancia) *pensándose* a sí mismo (sujeto). En otras palabras: el *ser* y el *pensamiento* son lo mismo.

El problema es demostrar que el pensamiento es *pensamiento del ser* y el ser es *ser del pensamiento*. Y esta es la tarea de la **Fenomenología...**, titulada originalmente Ciencia de la Experiencia de la Conciencia.

La **Fenomenología...** es una exposición progresiva y sistemática del proceso de la conciencia, del saber. Describe el camino del conocimiento recorrido por la conciencia desde una etapa primaria (conciencia sensible) hasta el conocimiento pleno y total o saber absoluto - que es el reconocimiento de la propia conciencia como autoconciencia, pues finalmente lo que la conciencia conoce es a ella misma, y esto es el Espíritu. Y este recorrido es precisamente la experiencia de la conciencia.

Aunque en tanto la conciencia no llegue al saber absoluto tendrá la experiencia de un desgarramiento, no reconocerá que es a sí misma a quien conoce; y en este sentido aparentemente habrán dos realidades distintas: por un lado, ella misma como sujeto cognoscente y, por otro, el objeto de conocimiento.

Entonces la **Fenomenología...** es Ciencia (de la Experiencia de la Conciencia) en el sentido de describir progresiva y detalladamente este recorrido de la conciencia.

Hay entonces una *unidad* en donde la conciencia y la realidad son un todo inseparable –pero se trata de una *unidad indiferenciada*, en donde la conciencia y la realidad son indiferenciadamente, perdiéndose una en la otra sin llegar a un verdadero saber de sí, como una *unidad originaria mítica* e inefable-; después esta *unidad originaria* se escinde y se produce el desgarramiento de la conciencia y la realidad, momento de la verdadera experiencia de la conciencia, y de la posibilidad de su descripción, de su ciencia.

Finalmente todo termina con el restablecimiento de la *unidad*, por el cual la conciencia se reconoce como toda la realidad -y, lo mismo, la realidad entera como conciencia de sí misma.

Y esto lleva a la siguiente pregunta: ¿cuál es la causa del desgarramiento de la unidad originaria? ¿Por qué una conciencia y una realidad como un todo inseparable se fracturan de manera tal que la conciencia ya no se reconoce en la realidad, y esta última no es un reflejo de aquélla? Respuesta: el pensamiento discursivo o logos. El acto reflexivo.

Jean Hyppolite, estudioso de la obra de Hegel, afirmó: *lo que no se puede expresar no tiene verdad*. En este sentido, que la totalidad de la realidad simplemente sea, esto nada es, es pura sustancia; solo puede hablarse de *verdad* cuando esta totalidad es *saber* de sí. Pero este saber no es posible sin *pensamiento*, sin *expresión*: pensamiento discursivo o logos. La verdad solo es posible por el logos o el pensamiento discursivo. Aunque este mismo trae consigo la escisión de la *unidad*, pues en el momento en que la totalidad de la realidad, el Absoluto, se *piensa* o se *expresa* para saber de sí, en ese momento se desgarrar de tal manera que, por un lado, queda una realidad que expresa y piensa algo (el sujeto); y, por otro, una realidad de la que se expresa y se piensa algo (la sustancia).

Al parecer, hay una *potencia* capaz de desgarrar al Absoluto: la misma, también, que hará posible su restablecimiento en una unidad superior.

1.2. Realidad humana: negatividad o potencia negadora del ser, finitud y muerte

Para Hegel el Absoluto y el Espíritu son lo mismo: el Espíritu Absoluto. El término Espíritu es problemático para quien no conoce el pensamiento hegeliano de Kojève, puede relacionarlo con la religión. El Espíritu como lo opuesto a la materia o al mundo natural. Y de hecho el Espíritu es puesto como algo superior y fuera del mundo natural. El Espíritu sería el mismo Dios, ajeno al mundo natural; y si bien el hombre está dentro del mundo natural, lo está como cuerpo, que finalmente perece y deja de ser, no en tanto que alma. Como alma está, igual a Dios, fuera del mundo natural; y es, como Dios, Espíritu. En este sentido el hombre es inmortal: mortal solo es su cuerpo.

En Hegel se encuentra algo distinto. El Absoluto o el Espíritu solamente es y existe en el mundo natural, en el mundo material y concreto. Al ser esto cierto el Espíritu es entonces *finito* o *mortal*.

El Absoluto, la totalidad de lo que es, es sustancia y sujeto. ¿Qué lugar ocupa entonces el ser humano dentro de este *Ser* total? Kojève afirma lo siguiente: "(...) el *Ser* se realiza no solamente en tanto que *Naturaleza*, sino también en tanto que *Hombre*" (3).

El Absoluto no solamente es el mundo natural, pues en este caso estaría incompleto, sería mera sustancia; también es la realidad humana, y precisamente como tal el Absoluto es pensamiento, saber, conciencia, sujeto y, en suma, Espíritu. El Absoluto se realiza como saber de sí o Espíritu por la realidad humana.

La realidad humana se crea a sí misma distinguiéndose del mundo natural al *negar y suprimir* este mundo, creando a la vez un mundo histórico. Aparentemente el mundo natural y el histórico se oponen, como lo humano y lo natural, o la naturaleza y la cultura.

Sin embargo esta oposición es aparente. Hay una sola *sustancia*, un solo *Ser* o una sola realidad: el Absoluto. Pensar en mundo humano y natural es afirmar dos sustancias.

La realidad histórica del ser humano, el proceso mismo de la historia, se desarrolla en el mundo natural o empírico. La historia no sucede en un más allá, sino en este mundo empírico y concreto, en la realidad efectiva.

Ahora bien, ¿por qué si se habla de un *Ser* único al mismo tiempo se presenta la dualidad: mundo natural y mundo humano? ¿Si el *Ser* es uno por qué se desdobra en realidad humana y mundo natural? ¿Por qué la realidad humana surge o se origina en el momento en que el *Ser* se niega y se separa de sí mismo? El *Ser* no es estático, permanente identidad consigo mismo. En el hombre el *Ser no es lo que es, y es lo que no es*.

El *Ser* llega a realizarse en algo concreto en un momento dado, y precisamente en ese momento de su plena realización como realidad efectiva y concreta deja de ser esto para devenir algo distinto que todavía no es. Por ejemplo, en el momento en que el *Ser*, por el hombre, se realiza como mundo y cultura griegos, en ese momento deja de ser tal y comienza a devenir algo distinto: mundo y cultura romanos. Y así sucesivamente.

En un primer momento el *Ser* es mundo natural, pero pronto comienza a dejar de serlo para devenir algo distinto: realidad humana. En el seno del *Ser* mismo hay una fuerza o *potencia negadora*, una *negatividad*, por la cual la unidad del *Ser* queda escindida y se manifiesta como una dualidad. Potencia, negatividad o acción propias del *Ser*, de la realidad.

En el Prólogo a la **Fenomenología...** Hegel dice lo siguiente a propósito de esta potencia: "La muerte, si así queremos llamar a esta irrealidad, es lo más espantoso, y el retener lo muerto lo que requiere la mayor fuerza" (4). Texto que Bataille, siguiendo a Kojève, traduce así: "(...) La muerte (...) es lo más terrible que hay y mantener la obra de la muerte es lo que exige la mayor fuerza" (5).

Precisamente esta potencia negadora es la muerte o la *obra* de la muerte (la muerte como acción u obra): el *Ser* se suprime a sí mismo para devenir algo otro de lo que es. Una obra que requiere de una gran fuerza por parte del *Ser* –pero del *Ser* en la medida en que ya es Espíritu o realidad humana- tanto para llevarla a cabo permanentemente como para soportarla.

La *negación* del *Ser* como mundo natural trae consigo algo otro: la realidad humana. Y este es el devenir del *Ser*, como mera sustancia, en Espíritu (sujeto, saber). Así, el *Ser* como Espíritu es *potencia negadora*.

En realidad la unidad del *Ser* no se pierde. La realidad humana surge o se crea a partir de la negación del mundo natural, pero esta misma realidad (humana) nunca deja de realizarse o de ser en el mundo natural, empírico o concreto, en ningún otro - mundo que deviene obra humana.

En este caso la negación o supresión es **dialéctica**: lo que se niega o suprime se conserva al mismo tiempo, transformándolo en algo distinto –destruir, negar o suprimir un conjunto de árboles del bosque no significa hacerlos desaparecer del todo, pues son conservados en una forma distinta a la de árboles (ser natural), son transformados en cabañas (obra humana). Si fueran quemados, sin que este acto tuviera utilidad alguna, esto ya no sería una supresión dialéctica sino lo que Bataille llama la **negatividad sin empleo**. Hay entonces dos tipos de negación: la negación dialéctica o negatividad útil, el trabajo (Hegel); y la negatividad sin empleo o gasto improductivo (Bataille: la parte maldita).

De acuerdo con la cita anterior de Kojève, *el Ser se realiza no solamente en tanto que Naturaleza sino también en tanto que Hombre*, la realidad humana es en sí misma la revelación de la potencia negadora del Ser. La potencia negadora del Ser siempre ha estado presente (depredación entre los animales, terremotos, explosión de estrellas, etc.), el Ser mismo es esta potencia negadora; pero el ser humano representa el momento en que el Ser, ahora ya Espíritu, *toma conciencia* de esta potencia que él es –aunque sin esta conciencia o saber la negatividad no tendría realidad, por lo que propiamente puede hablarse de potencia negadora hasta que hay Espíritu.

El Ser como puro mundo natural no es consciente de esta potencia negadora que es, es mera sustancia. Al haber ya realidad humana y al constituirse el Ser como sujeto, este mismo se reconoce como potencia negadora y enfrenta la obra de muerte que él es. El Espíritu se mantiene entonces a la altura de la muerte, la encara y la vive.

¿Qué es el Espíritu, según Kojève, para Hegel? No solamente es la totalidad de lo que es, sino también el saber de sí misma de esta totalidad. Es la totalidad de la realidad más el *discurso* por el cual esta totalidad se *revela* a sí misma. Y la realidad humana es la parte discursiva o pensante del Ser, la que posibilita esta revelación.

Kojève afirma lo siguiente: "*Solamente, el conjunto de la Realidad, revelado por el conjunto del Discurso, es una Realidad-objetiva; y este conjunto, en su doble aspecto, es decir, el Mundo natural implicando al Hombre que habla de él, es precisamente eso que Hegel llama "Espíritu"*" (6).

Al referirse al Espíritu en relación con la muerte Hegel afirma lo siguiente: "(...) *La muerte es lo más terrible que hay y mantener la obra de la muerte es lo que exige la mayor fuerza*" (según la traducción de Kojève y Bataille). Es el Espíritu quien requiere de esta fuerza para mantener la obra de la muerte. El Espíritu es entonces *finito* o mortal.

La realidad humana hace posible la conciencia o el saber de sí del conjunto del Ser, y esto es el Espíritu: el conjunto del Ser como saber de sí. Ahora: ¿qué sabe de sí el Espíritu? Su negatividad o potencia negadora, esto es, su obra de muerte. Así, la realidad humana es la *conciencia de la muerte* del Ser en su conjunto, de su finitud, es el Espíritu reconociendo a la muerte como lo más terrible que hay y lo que le exige una gran fuerza para mantener su obra.

En su ensayo *Hegel, la mort et le sacrifice* Bataille escribe lo siguiente: "*Para Kojève (...) la filosofía dialéctica de Hegel es en última instancia una filosofía de la muerte (o lo que es lo mismo, del ateísmo)*". El Espíritu, el Ser como conciencia o saber de sí, es finito o mortal; y por lo tanto no es Dios (infinito y eterno).

La realidad humana (el *Ser* como Espíritu o saber de sí) se crea a partir de la negación del mundo natural: el ser humano actúa o trabaja sobre el mundo natural (o empírico) y lo niega o suprime transformándolo en mundo humano. Crea un mundo histórico. Este último es siempre a partir del mundo natural negado. La realidad humana e histórica se produce permanentemente a partir del mundo natural, de su negación. No puede haber realidad humana sin mundo empírico y natural, concreto, para negar. Si el ser humano es acción negadora del *Ser*, esta acción o trabajo necesita de una realidad concreta (empírica) sobre la cual realizarse.

La realidad humana se crea a partir de la negación del mundo natural, y en este sentido es un *mundo trascendental*, esto es, un mundo distinto y propio, *otro mundo*, frente al mundo natural. Y sin embargo es otro mundo siempre a partir o sobre la base del mundo natural al que no deja de negar permanentemente.

Según Kojève: "(...) el Hombre, que **trasciende** efectivamente la Naturaleza en la medida en que él la niega (por la Acción), se **anonada** sin embargo en la medida en que él se sitúa fuera de ella muriendo ahí en tanto que animal –es decir no hay **nada** más allá del mundo natural (...) No hay Espíritu fuera del Hombre que vive en el Mundo" (7).

La realidad humana es en el mundo natural y empírico, en ningún otro. Aunque ella es en este mundo en la medida en que lo niega. Así, la realidad humana se niega y suprime a sí misma, y esto es el proceso histórico, la Historia.

Si la realidad humana solamente es en el mundo empírico o natural, concreto, si ella es este mundo empírico como obra suya pues por el trabajo (acción negadora) transforma al mundo natural; pero si al mismo tiempo ella niega este mundo empírico –tanto el natural fuera del cual no puede ser, como este mismo transformado ya en mundo humano–, entonces ella misma se anonada, se suprime o se destruye –y por esto es conciencia de la muerte del Espíritu, el Espíritu sabiéndose finito; y también es la muerte como obra, trabajo o acción.

¿Cómo es esta muerte? Primero: tenemos al *Ser* como pura sustancia. El mundo natural. Por ejemplo, un animal se encuentra en la vida, una vida que él no ha hecho por sí mismo. Lo mismo el *Ser* en su conjunto, como pura sustancia: no se ha hecho a sí mismo, es mero ser dado o natural.

Segundo: el *Ser* es potencia negadora. No permanece como mera sustancia, mundo natural o ser dado, sin hacerse a sí mismo. Se pone en movimiento para producirse por sí mismo, para existir por su propia acción. Para lograrlo se niega como pura sustancia y se realiza como sujeto, realidad humana o Espíritu: realidad que *trasciende*, o rebasa, al mero mundo natural. La realidad humana se vuelve algo distinto del mundo natural. El *Ser*, realizado como realidad humana, se produce por sí mismo. Actúa para ello. Y esto es la Historia: por medio de la realidad humana, que niega al mero ser dado o natural, el *Ser* en su conjunto lleva a cabo un proceso en el *tiempo*, para llegar a ser por y para sí mismo, y esto es la libertad, el Espíritu.

Y aquí hay algo muy importante. Para que la realidad humana pueda *trascender* y distinguirse del mero mundo natural tiene que negarlo. De hecho, la realidad humana es también realidad natural. No puede dejar de serlo porque ya nada tendría que negar, y así no podría ser lo que es, realidad humana. El Hombre es Hombre por negar lo natural (el mero ser dado) que hay en él; pero si dejara de haber lo natural en el Hombre, entonces éste ya no sería tampoco, pues él es fundamentalmente negatividad.

Lo natural en el Hombre, eso que él niega, es su animalidad. En la cita anterior Kojève decía lo siguiente: "(...) *el Hombre, que **trasciende** efectivamente la Naturaleza en la medida en que él la niega (por la Acción), se **anonada** sin embargo en la medida en que él se sitúa fuera de ella muriendo ahí en tanto que animal, -es decir no hay **nada** más allá del mundo natural*".

Cuando el hombre actúa para distinguirse del mero ser natural se está negando como animal. Destruye, *sacrifica* (término de Bataille) o mata al animal que hay en él para devenir realidad humana. Pero él mismo no deja de ser este animal destruido y negado una y otra vez, pues sin esta animalidad nada quedaría por ser suprimido, y por lo tanto ya no sería hombre (potencia negadora). En este sentido el hombre se da la muerte permanentemente a sí mismo.

Tercero: el *Ser*, como realidad humana, se sacrifica o se destruye a sí mismo. Niega lo puramente natural en él. El *Ser* niega su propia animalidad, se da la muerte a sí mismo.

Pero en este proceso continuo de negación, ¿a qué tiende el *Ser*? ¿Cuál es el *fin* o la meta de esto? En la cita anterior Kojève dice: *el Hombre trasciende a la*

*Naturaleza al negarla, y así se anonada en la medida en que se sitúa fuera de ella muriendo como animal, y luego afirma: no hay **nada** más allá del mundo natural.*

*No hay **nada** más allá del mundo natural.* El hombre niega la naturaleza que él es, su animalidad, la trasciende y produce así un mundo trascendental, más allá de lo meramente natural; pero con ello está *fincando su existencia en la **nada***. El mundo natural es el mundo empírico, es la realidad concreta sobre la cual se actúa o trabaja, realidad negada una y otra vez y sin la cual el hombre y el Espíritu no serían. Entonces, negar sin cesar ese mundo empírico es tener como *fin* o meta a la nada, pues nada hay más allá de dicho mundo.

Por eso la cita termina así: "(...) *No hay entonces Espíritu fuera del Hombre que vive en el Mundo*" (8).

¿A qué tiene el *Ser*? ¿Cuál es su *fin*? La nada. El *Ser* –como potencia negadora, realizado como realidad humana consciente de su negatividad- *no es lo que es, y es lo que no es.*

Así, el Espíritu es finito o mortal, y por lo mismo no puede ser Dios. Para el judeocristianismo el Espíritu es lo opuesto a la materia, al mundo natural, no se encuentra en éste. La materia, mundo natural o empírico (realidad concreta, efectiva) es lo perecedero, lo finito. Entonces Dios está fuera del mundo empírico.

Y esto es inaceptable para Hegel. Kojève, a quien cita Bataille, dice: "(...) *la filosofía "dialéctica" de Hegel es (...) una filosofía de la muerte (o lo que es lo mismo: del ateísmo)*" (9).

Otra cita de Kojève: “*El Espíritu hegeliano, es la totalidad espacio-temporal del Mundo natural que implica al Discurso humano revelando a este Mundo y a sí mismo. O bien, lo que es lo mismo, el Espíritu es el **Hombre-en-el Mundo**: el Hombre mortal que vive en un mundo sin Dios y que habla de todo eso que existe y de todo eso que él crea, comprendiéndose a sí mismo*” (10).

Como se dijo antes, el *Ser* se realiza no solo como mundo natural, pues no es solamente sustancia, sino también como realidad humana o sujeto (Espíritu). Y solo puede hacerlo *en* el mundo empírico (realidad efectiva). Por eso *el Espíritu es el Hombre-en-el-Mundo* (el *In-der Welt-Sein* de Heidegger) (11): el Absoluto, la totalidad de la realidad, se realiza plenamente como Espíritu o realidad humana; y lo hace en el mundo empírico, nunca más allá o fuera de éste.

El Espíritu no puede ser fuera del mundo empírico, al que no deja de negar una y otra vez.

El Espíritu es la totalidad de la realidad en el *espacio* y en el *tiempo*, en el mundo empírico espacial y temporal, y por lo tanto es finito. La existencia espacio-temporal es finita por encontrarse en un espacio y tiempo concretos, más allá o fuera de los cuales simplemente no es, dejaría de ser.

En suma, el Espíritu es la totalidad de la realidad, como sustancia y como discurso humano o sujeto. Esta totalidad no solo es, también se *revela* a sí y para sí misma (es sujeto o saber): por el discurso humano la totalidad se revela, es saber de sí –y la realidad humana se reconoce como esa misma totalidad. Y esto es el Espíritu Absoluto.

Este saber de sí del Espíritu, esta revelación, solo es posible en el mundo empírico (espacio-temporal) –no algo que sucede en un más allá.

Kojève, refiriéndose al Espíritu, afirma lo siguiente: "(...) él es **humano** en el sentido de que es un Discurso que es inmanente al Mundo Natural y que tiene "por soporte" un ser natural limitado en su existencia por el tiempo y el espacio" (12).

El Ser, al realizarse como hombre o sujeto y no solo como mera sustancia, se revela y llega a saber de sí, es Espíritu. Revelación y saber en el mundo empírico, no en un más allá –revelación *inmanente al mundo natural*.

Y lo que es en el mundo empírico tiene limitada su existencia en términos espacio-temporales, no puede encontrarse más allá de un espacio y tiempo determinados, y por lo tanto es finito o mortal.

Así, el Espíritu solamente es y se revela en el mundo empírico: lo que es, hace y sabe de sí se encuentra en esta realidad concreta; y esto significa tener límites, pues el Espíritu no puede ir más allá de este mundo empírico en donde él es, se hace y sabe de sí.

Sin embargo, el Espíritu no deja de negar permanentemente el mundo empírico. Es negatividad: al realizarse y saber de sí en la realidad concreta alcanza un límite o un fin, ha llegado a ser algo concreto o efectivo. Y esta realización plena de lo que ha llegado a ser implica su *muerte* porque, como potencia negadora, deja de ser eso que ha llegado a ser para devenir algo otro que antes no era. Y así sucesivamente.

Este proceso continúa. El Espíritu es y deja de ser permanentemente en el mundo empírico. Muere una y otra vez en este mundo. Por eso para Hegel *mantener*

la obra de la muerte (del Ser como Espíritu) es lo que exige la mayor fuerza (para el propio Espíritu).

¿Este proceso tiene fin? Para Hegel, según Kojève, si lo tiene. El Espíritu se realizará plenamente como totalidad en la realidad concreta (empírica). Y este será el Espíritu Absoluto. En este momento el Espíritu habrá negado (dialécticamente, esto es, conservándolo) el mundo natural, sin dejar nada más para ser suprimido: el Ser en conjunto será su propia obra.

Para Kojève: *"La Historia se detiene cuando el Hombre no actúa más en el sentido fuerte del término, es decir que ya no niega más, no transforma más lo dado natural y social por una Lucha sangrante y un Trabajo creador. Y el Hombre no lo hace más cuando lo Real dado le da plenamente satisfacción (...) realizando plenamente su Deseo de reconocimiento universal de su personalidad única en el mundo (...)"* (13).

El Ser deviene sujeto o Espíritu, llega a ser su propia obra negando al mero ser dado y natural. La sustancia deviene sujeto. Y este proceso lo lleva a cabo la realidad humana mediante la lucha sangrante y el trabajo (de los que se hablará en el segundo capítulo). Proceso que termina cuando el Ser ha devenido por completo Espíritu, Espíritu Absoluto. Este se reconoce entonces como la totalidad de la realidad. Así, el Ser, realizado como realidad humana o Espíritu, *consume plenamente su deseo de reconocimiento universal de su personalidad única en el mundo.*

Y esta totalidad, este Espíritu que ya nada tiene que negar, se ha realizado por completo en el mundo empírico y concreto. Ahora él mismo es la totalidad de este mundo. Ha llegado a un verdadero *fin*. No al fin o a una muerte pasajeros de los que pronto volverá a renacer, sino al límite final, más allá del cual ya no puede ser. El Espíritu enfrenta ahora la verdadera muerte –en las sucesivas muertes parciales del proceso (historia) siempre había ser dado por negar, pero en este momento del verdadero final ya no hay más por negar, y es ahora cuando enfrenta su acabamiento total. Por esto, para Hegel según Kojève, el Espíritu es *finito* o mortal; y su filosofía es una filosofía de la muerte o, lo que es lo mismo, del ateísmo, pues para la religión Dios, el Espíritu por excelencia, nunca muere.

1.3. Ser, pensamiento discursivo y concepto

Kojève traduce unas líneas importantes del Prefacio de la **Fenomenología...** de la siguiente manera:

La actividad de la separación es la fuerza y el trabajo del entendimiento, es decir de la potencia que es la más digna de asombro y la más grande de todas o más bien la potencia absoluta (...) el hecho de que el accidente en tanto que tal separado de su contorno, que la entidad que está ligada y que no es objetivamente real más que en su conexión con otra cosa, obtenga una existencia empírica propia y una libertad separada o aislada, es la expresión de la potencia prodigiosa de lo Negativo; es la energía del pensamiento, del Yo

*abstracto puro. La muerte, -si queremos llamar así a esta irrealidad, es lo más terrible que hay, y mantener la muerte, es lo que exige la mayor fuerza. La belleza impotente odia al entendimiento, porque él exige de ella lo que no es capaz de dar. Ahora bien, la vida del Espíritu no es la vida que se espanta frente a la muerte y se preserva de sus estragos, sino aquella que soporta la muerte y se conserva en ella. El Espíritu no obtiene su verdad más que encontrándose a sí mismo en el desgarramiento absoluto. Él no es esta potencia como lo Positivo que se desvía de lo Negativo, como cuando decimos de alguna cosa: esto no es nada o es falso y así, habiéndolo liquidado, pasamos a otra cosa; no, el Espíritu no es esta potencia más que en la medida en que contempla lo Negativo de frente y permanece cerca de ello (...) Esta potencia del Espíritu, o esta fuerza mágica, es la misma cosa que eso que se ha llamado antes el Sujeto, que, dando en su elemento una existencia empírica a la determinación específica, suprime dialécticamente la Inmediatez abstracta, es decir, solamente **existente como un ser dado** en general, y que por esto mismo (como Sujeto que es) es la Sustancia verdadera, es decir, el Ser dado o la Inmediatez que no tiene la Mediación fuera de ella, sino que ella misma es la Mediación (14).*

El Espíritu se sabe finito o mortal. La muerte le es revelada precisamente por el *pensamiento discursivo* o el entendimiento, el que da cuenta de la existencia en el mundo empírico de este Ser finito y consciente de su finitud.

El pensamiento discursivo no es algo pasivo, en sí mismo es una *actividad* o un *trabajo* de una gran fuerza, la fuerza del entendimiento: la más grande y digna de asombro. Fuerza que se manifiesta cuando el Ser, la sustancia, deviene sujeto (Espíritu).

Y esta fuerza del Espíritu es la potencia negadora, la obra de muerte. Potencia absoluta (sin obstáculo que la detenga) que se manifiesta en la actividad de la *separación*, es acto de separar, potencia o fuerza de abstracción.

El pensamiento es discursivo. La totalidad de la realidad es una, todo en ella se encuentra unido. Sus elementos constitutivos son inseparables de ese todo que constituyen, se encuentran ligados entre sí por lazos espaciales y temporales. Como el entendimiento no puede revelar instantáneamente como relámpago esta totalidad con sus elementos, los separa de la totalidad y los va revelando uno a uno. Así, el conjunto del discurso extendido a lo largo del tiempo revelará finalmente la totalidad de la realidad.

El entendimiento es el propio pensamiento discursivo, la potencia negadora mágica y digna de asombro.

Potencia absoluta, nada se le resiste. Potencia de abstracción porque puede separar esos elementos constitutivos de la totalidad a la que pertenecen: en otras palabras es capaz de separar lo que la realidad, como mundo natural, mantiene unido.

Por ejemplo, al nombrar o describir una cosa o un elemento constitutivo de la totalidad real se le abstrae (aisla) de esta totalidad. Al hablar de "este perro", de su raza, de su color, de su peso, de su tamaño, etc., se habla de él como si estuviera solo en el mundo. Sin embargo, ese perro ocupa un lugar determinado en el mundo real y está vinculado con todo aquello que lo rodea: el cielo azul bajo el cual se encuentra, el jardín y el pasto que está pisando; y además ese cielo azul, ese pasto y ese jardín están vinculados con el entorno del universo: planetas, estrellas, etc. Pero

al hablar de él y nombrarlo se le separa de todo ese entorno, mediante la potencia absoluta del entendimiento o el pensamiento discursivo.

El entendimiento separa de la realidad, de la sustancia, los elementos constitutivos que la conforman; los va revelando uno a uno, va revelando la relación que tienen entre sí, hasta que finalmente llega a revelar al *Ser* en su conjunto. Esta revelación del *Ser* total que se va dando poco a poco es un proceso dialéctico a través del cual la sustancia se va constituyendo como sujeto o saber de sí. Proceso por el cual el *Ser* deviene pensamiento.

Sin embargo, el pensamiento discursivo (entendimiento) no solo tiene la fuerza suficiente para revelar la totalidad de la realidad, sino también la fuerza para *transformarla*.

Un ejemplo: me encuentro en el bosque. Estoy mirando los árboles y los pinos. Fijo mi atención en un conjunto de árboles y, mentalmente, los describo. Pienso en su tamaño, su peso, su color, etc., y lo que hago es separarlos de su entorno. Y aquí ya está *actuando* la fuerza del entendimiento. Pero no me detengo ahí. Resulta que a dos kilómetros del lugar en donde estoy observando ese conjunto de árboles deseo construir una cabaña.

Además de describir mentalmente ese conjunto de árboles pienso en construir una cabaña con su propio jardín a dos kilómetros de ese lugar. El pensamiento me permite describir algo que de hecho aún no existe en el mundo real y empírico. Tiempo después tendré una cabaña, en el mundo empírico, luego de que destruya o suprima esos árboles para *transformarlos* en la cabaña.

El pensamiento discursivo puede arreglar las cosas de una forma distinta a como se encuentran en el mundo real, y este nuevo arreglo o disposición no es meramente ideal, sin realidad empírica. Por eso Kojève dice: *"Esta potencia no es de ninguna forma ficticia o "ideal". Porque es separando y recombinando las cosas en y por el pensamiento discursivo que el hombre forma sus proyectos técnicos que, una vez realizados por el trabajo, transforman realmente el aspecto del Mundo natural dado creando en él un Mundo cultural"* (15).

El mundo natural es la sustancia, el mundo cultural es el sujeto. Pero se trata de un único Ser. Este último se va revelando a sí mismo mediante una descripción de sí, y al hacerlo se está negando (dialécticamente) como mera sustancia o mundo natural, para devenir sujeto.

Revelar y describir el mundo natural (el ser dado) ya es negarlo, suprimirlo y *superarlo* (dialécticamente), puesto que deja de ser mero mundo natural o pura sustancia y pasa a ser mundo natural *revelado* o pensado (realidad discursiva); o sustancia revelada: sujeto.

El Ser se transforma en saber o pensamiento. Pasa del mero ser dado, no hecho por sí mismo, a realidad pensada o Ser pensado, esto es: **concepto**. El Ser habiéndose realizado por sí mismo.

¿Cómo se forma el concepto? La potencia negadora del pensamiento discursivo, del entendimiento, separa lo que la cosa es de su soporte natural y la hace existir en otra realidad, ya no natural sino discursiva. La cosa es transformada entonces en concepto.

Cualquier cosa tiene como base un soporte natural. Por ejemplo, un perro: el perro de Alejandro. Es un pastor alemán color negro, de cinco años de edad, con X kilogramos, es macho y se llama Mixtli. Vive con Alejandro, en su casa de la colonia Moderna, cerca de la estación del metro Xola. Está en la azotea y tiene una caseta hecha de cemento, etc.

¿Cuál es el soporte natural del perro? El ser de color negro, con cinco años de edad, pesar X kilogramos, ser macho, llamarse Mixtli, pertenecer a Alejandro, etc. Es todo aquello que hace que se trate de ese perro y de ningún otro, de ese perro en un aquí y ahora específicos.

La potencia negadora del entendimiento separa a este perro específico de ese soporte natural y lo transforma en concepto. Kojève dice: *"El concepto de una cosa es esta cosa misma, en tanto que desvinculada de su aquí y ahora dado. Así, el concepto "este perro" no difiere en nada del perro real concreto con el que se relaciona, salvo que este perro está aquí y ahora, mientras que su concepto está en todas partes y en ninguna parte (...). Ahora bien, desvincular a una entidad de su aquí y ahora, es separarla de su soporte "material", determinado de una manera unívoca por el resto del universo espacio-temporal dado, del que esta entidad forma parte"* (16).

Cuando este perro, llamado Mixtli, pasa a existir en el discurso –al hablar de él y describirlo– queda desvinculado o separado del soporte natural que lo hacía ser un perro singular y específico (ese y ningún otro), y es transformado en el concepto general de perro. Como realidad discursiva existe más allá de su aquí y ahora que antes lo determinaba a existir de manera unívoca.

Si bien la potencia negadora del entendimiento separa lo que la cosa es de su soporte natural, esto no significa que ahora el concepto queda en el aire como una irrealdad o como una idea inmaterial en un mundo eterno. El concepto existe en el espacio y en el tiempo, en una realidad concreta.

Lo que la cosa es, es idea, sentido o concepto solamente en el mundo espacio-temporal; existe en un soporte material (concreto): el discurso. El concepto no es una idea sin realidad, sino una palabra teniendo sentido en un discurso coherente o *logos*. El concepto existe concretamente en la palabra, en el discurso. La potencia negadora actúa siempre sobre la realidad concreta y la transforma, produce nuevos contenidos.

Esta potencia que hace posible separar lo que la cosa es de su soporte natural y transformarla en concepto es una actividad (acción) del entendimiento, esto es, un **trabajo**. Trabajo de una fuerza dotada de una potencia absoluta. Y, precisamente, este trabajo es (la) *obra de (la) muerte*, obra que *exige la mayor fuerza* para ser mantenida: la cosa vinculada a su soporte natural es destruida al ser separada de este último, y al ser destruida muere; aunque muere y a su vez revive en otro plano: en el discurso. Suprimir y transformar es el *trabajo* de la negación dialéctica.

El *Ser* o la totalidad de la realidad llega a existir como concepto o pensamiento en el discurso. *Ser* y Pensamiento se adecuan, y esto es el concepto. El pensamiento es pensamiento de la totalidad de lo que es, de la realidad total; y esta última es realidad revelada en su conjunto. Pero esta adecuación no es dada o natural, es el producto de una actividad, de un trabajo.

Si el Ser fuera solo sustancia se encontraría en una relación inmediata consigo mismo. El Ser permanecería atado a su soporte natural, en un estado de completa inmanencia. Identidad inmutable del Ser consigo mismo.

Entonces interviene el entendimiento (esa potencia negativa y absoluta digna de asombro del Ser mismo) y provoca la separación. El Ser es transformado en concepto y pensamiento: sujeto. Y con ello se vuelve libre, pues se ha hecho a sí mismo al romper el vínculo con su soporte material que lo ataba a una vida natural, determinada de manera unívoca –obligándolo a existir en un aquí ahora sin poder trascenderlo.

El Ser niega esa relación o identidad inmediata consigo mismo, ese existir como mero ser dado y no por sí mismo. Rompe con su soporte natural para existir discursivamente, como concepto, y se constituye como una realidad autónoma, pues solo puede existir por sí mismo en la medida en que puede pensarse.

El discurso es una realidad que no existía antes, no existía naturalmente o no estaba dado naturalmente, es una realidad nueva, producto del Ser que se crea a sí mismo en la medida en que puede.

Sobre el discurso como realidad autónoma, en donde el Ser cobra autonomía, Kojève explica lo siguiente:

*Pero cuando, gracias a la potencia absoluta del entendimiento, la esencia deviene sentido y se encarna en una **palabra** no hay una relación "natural" entre ella y su soporte; sino palabras que no tienen nada de común entre ellas en tanto que realidades es espacio-temporales, fonéticas o gráficas (...) ha habido entonces aquí **negación** de lo dado, tal como está dado (con sus relaciones*

*"naturales" entre la esencia y la existencia); es decir, **creación** (de conceptos o de palabras-teniendo- sentido, que en tanto que palabras no tienen nada que ver, por ellas mismas, con el sentido que en ellas se encarna); es decir **acción o trabajo**.*

(...) se llega efectivamente a "desligar el sentido del ser" y a encarnar en un conjunto de palabras que no tienen nada en común con este sentido y han sido creadas (...) en vista de esta encarnación (...)

*Lo que es milagroso (...) es el hecho de que alguna cosa que es realmente **inseparable** de otra cosa obtenga sin embargo una existencia **separada**; o mejor aún, -que un simple atributo o "accidente" devenga una realidad **autónoma** (17).*

Lo que la cosa es (la esencia) y que se encontraba naturalmente en el soporte material (natural) va a encontrarse ahora, ya no naturalmente, en una palabra. No habrá ya una relación natural (dada) entre la esencia y el nuevo soporte, la palabra o el concepto, que no es una realidad del mundo natural y por lo tanto una realidad dada, sino una realidad creada.

El Ser en la realidad discursiva cobra libertad: lo que es encarna en la palabra, en la realidad discursiva, y deja de estar sujeto a la necesidad que rige cuando se está ligado al soporte natural, determinado de manera unívoca por el aquí y el ahora. Como realidad discursiva se crea a sí mismo mediante la acción o el trabajo.

El *Ser* abandona la inmanencia con el mundo dado y natural para afirmarse libremente fuera de él. Se afirma en otra realidad concreta distinta del mundo natural, una nueva realidad que antes no existía. Realidad producida por él. El *Ser* mismo es esta nueva realidad discursiva. Se piensa en ella, es su propio reflejo, es él mismo.

En suma, el *Ser* logra existir en una realidad empírica propia, discursiva, y se revela como realidad humana. En palabras de Kojève: *"Dotado de una "potencia absoluta", que deviene en él una "fuerza" efectiva "digna de asombro", el Hombre produce en la "actividad", o en el "trabajo" racional, penetrado por el Entendimiento, un Mundo real contra-natura, creado por su "libertad separada" por su "existencia empírica propia": el Mundo técnico o cultural, social o histórico"* (18).

1.4. Pensamiento discursivo y muerte

Cuando el *Ser*, al devenir realidad humana, se desvincula del soporte natural, gracias a la potencia negadora del entendimiento, produce nada, se anonada: niega lo que es, su inmanencia en el mundo natural, la animalidad. Y esta nada o destrucción que produce finalmente encarna en una realidad empírica: el discurso o los productos de la actividad laboral, del trabajo, y es en esto en donde se realizará objetivamente –la nueva realidad empírica (discursiva y material o laboral) le revelará al Espíritu su finitud porque, como resultado de una negatividad productora de nada, esta nueva realidad empírica tendrá siempre como fundamento a esta nada, de modo que el *Ser* revelará esa nada que es su fundamento.

La realidad discursiva es *proyecto* discursivo. La potencia negadora del entendimiento es acción, y como tal invierte el curso del tiempo al introducir el primado del *porvenir* en este mismo –en el mundo natural el *Ser* está dado sólo en el presente.

El presente de la acción es entonces la realización de un proyecto de porvenir: en y por la acción el porvenir tiene una presencia real en el *Ser*. Lo que es el *Ser*, por la potencia absoluta del entendimiento, se desvincula de su soporte natural (en donde solo existe en el tiempo presente), y así se orienta hacia una realidad no natural o, según Kojève, *contra-natura*, pues ha sido producida, no existía anteriormente al no estar dada por naturaleza: existencia que es la realidad discursiva.

El *Ser* se orienta al porvenir, hacia algo por venir que todavía no se realiza en el tiempo presente. Se anonada en su aquí y ahora. Ahora, este tiempo porvenir es *realmente* en el tiempo presente pero como proyecto discursivo o realidad discursiva. Proyecto pronto a realizarse más allá de la mera realidad discursiva: en el mundo empírico y concreto de la realidad cultural, social e histórica –y ya no solo como palabra y proyecto.

El *Ser* se desvincula del soporte natural que lo obliga a existir solo en el tiempo presente. Nulifica (anonada) lo que es en ese tiempo presente. Se reduce a sí mismo a nada, deja de existir como presente puro. Al ingresar en la realidad discursiva se orienta hacia el porvenir, hacia lo que todavía no es. Deja de vivir en el presente puro, en donde no era el producto de su propia actividad sino algo meramente dado, y comienza a existir en función de lo que será.

Con esto lo que ahora es en el tiempo presente, lo que se va realizando en el tiempo presente, está determinado por lo que ha proyectado ser: se niega como lo que es, ser dado naturalmente, y en este sentido se nulifica, *muere*; pero se orienta hacia algo que todavía no es, pero que desde su no ser, desde esa inexistencia, va haciendo posible que sea y se realice en el presente.

Así, el *concepto*, el *Ser* como realidad discursiva, finalmente no es mero discurso, palabra sin soporte real más allá de esta realidad, sino palabra como realidad cultural, social e histórica.

En el presente puro el *Ser* no tiene conciencia de la muerte ni, por la tanto, conciencia de sí. Al desvincular lo que es del soporte natural se nulifica como *Ser* en el presente puro. Y este anonadamiento es la negatividad o acción negadora:

Esta Nada anonada en tanto que Acción (...) en el Ser. Pero la Acción anonada anonadando a este Ser, y por lo tanto anonadándose ella misma, pues, sin el Ser ella no es más que Nada. La Negatividad no es otra cosa que la finitud del Ser (o la presencia en él de un verdadero porvenir, que jamás será su presente); y la acción es esencialmente finita. Esto es por lo que (...) el Mundo histórico creado por la Acción tiene necesariamente un comienzo y un fin. Y la entidad que e Acción en su ser mismo, "aparece" (...) a sí misma y a los otros como irremediabilmente mortal (19).

Primero, la acción negadora por la cual el *Ser* se desvincula del soporte natural implica el anonadamiento del *Ser* mismo como mundo natural. El *Ser* se reduce a nada. Pero una nada en el *Ser* mismo, esto es, manifiesta y real. Es anonadamiento (destrucción o supresión) de algo concreto, real, del *Ser* mismo.

Segundo, esta negatividad o acción negadora, este anonadamiento manifiesto (pues se realiza en un soporte empírico, sobre la realidad concreta, no en el vacío), revela la propia finitud del *Ser*: al desvincularse del soporte natural y dejar de existir sólo en el tiempo presente, el *Ser* se nulifica, pero este anonadamiento significa que lo que es quedará determinado por lo que será. El *Ser* se articula en el proyecto discursivo y así se orienta hacia un porvenir, esto es, hacia un *fin*. El *Ser* tiene entonces un *fin*, una meta o un límite más allá del cual no se puede prolongar.

En este momento el *Ser*, realizándose como realidad humana (sujeto), alcanzará la conciencia de la muerte. Tiene frente a sí mismo ese *fin* o límite más allá del cual no puede prolongarse. Y es consciente de que cuando ese *fin* o porvenir se haga presente, o se realice plenamente, la muerte tendrá lugar.

Una vez hecho presente ese *fin* o porvenir, cuando la muerte tenga lugar, ya no habrá conciencia de la muerte. La muerte habrá sucedido. Por eso Kojève habla, en la cita anterior a propósito de la finitud del *Ser*, de *la presencia en el Ser de un verdadero porvenir que jamás será su presente*. Claro. Sólo hay conciencia de la muerte en tanto que la muerte está diferida, y no tiene lugar aún. El *Ser* cobra conciencia de sí mismo por esta muerte diferida.

Teniendo conciencia de su propia finitud, aceptando la muerte, el *Ser* es consciente de sí mismo porque conoce el límite más allá del cual no puede prolongarse.

Y esto sucede cuando el Ser se ha realizado como realidad humana, es decir, mundo cultural e histórico. Por eso Kojève dice, en la cita anterior, que *el Mundo histórico creado por la Acción tiene necesariamente un comienzo y un fin*, y que esta acción *aparece como irremediablemente mortal*: al desvincularse del soporte natural, el Ser se nulifica, produce nada; pero esta última, como negatividad que es, se manifiesta o tiene realidad concreta: el mundo histórico.

Un mundo histórico que no existía de antemano, como si existía anteriormente el mundo natural. Este mundo histórico es producto de la negatividad, y es en él en donde en el Ser reconoce por primera vez su libertad, por haberse creado a sí mismo. Y si este mundo no estaba dado anteriormente significa que tuvo un comienzo, un inicio, y por lo tanto no era antes de ese comienzo, en otras palabras es *finito*. Pero además también tiene un *fin* más allá del cual ya no podrá ser. Así, como realidad humana el Ser reconoce su finitud y es consciente de sí: conoce sus límites; conoce su inicio y su fin más allá de los cuales no puede prolongarse.

Tener conciencia de esta finitud implica un saber, un pensamiento o un pensamiento discursivo (palabra, lenguaje): "(...) *si el Hombre es Acción, y si la Acción es Negatividad "apareciendo" como Muerte, el Hombre no es, en su existencia humana o hablante, más que una muerte: más o menos muerte diferida, y consciente de ella misma*" (20).

Es importante, en esta cita, tomar nota de que la realidad humana: *en tanto que existencia hablante, es una muerte diferida*.

Existencia hablante: el *Ser* que, como realidad humana, existe como proyecto discursivo. Con existencia hablante se refiere a existir como proyecto discursivo: existencia con un *fin* frente a sí (una meta), un límite más allá del cual ya no podrá ser (*no es lo que es* en el tiempo presente, sino que es ese *fin* por venir: no es lo que es, *sino que es lo que no es*). Y así precursa la muerte, pues el fin o la realización plena del *Ser*, su llegada a ese límite más allá del cual no podrá prolongarse, permanece como un porvenir que no se hace presente –lo cual continuará así, mientras se mantenga como proyecto discursivo.

Este *inicio* y este *fin* que representan su finitud o su mortalidad le permiten al *Ser* (como realidad humana) reconocerse o tener conciencia de sí. Tomando conciencia de su finitud, de su muerte, al saber que no puede ser más allá de este *fin*, el *Ser* alcanza una verdadera conciencia de sí.

1.5. Saber absoluto y muerte

En una cita anterior (14, p.10) del Prefacio de la **Fenomenología...** Hegel afirma que el Espíritu *no obtiene su verdad más que encontrándose a sí mismo en el desgarramiento absoluto*. Primero, por Espíritu debe entenderse el *Ser* realizado como realidad humana, y por lo tanto como saber de sí. ¿Y el desgarramiento? Es el desgarramiento del *Ser* en mundo natural y mundo humano, producto de la potencia negadora del entendimiento o el pensamiento discursivo. Se trata de la oposición del mundo natural y la realidad humana (mundo cultural e histórico).

Desgarramiento que se revela, según Kojève, por el error. "Esta **oposición**, este conflicto entre el Hombre y lo real dado, se manifiesta en primer lugar por el carácter **erróneo** del discurso revelador humano, y no es más que al fin de los tiempos, al término de la Historia, que el discurso del sabio se **reúne** con la realidad. Entonces se puede decir: "el Espíritu se encuentra a sí mismo" y que él "obtiene su verdad", que es la revelación adecuada de la realidad. Pero él no se reencuentra más que en y por el "desgarramiento" que se ha manifestado bajo las formas múltiples del error en el curso del proceso histórico" (21).

El Ser, por la potencia negativa del entendimiento, se desvincula del soporte natural. Se nulifica como mero ser natural o realidad dada. Y este anonadamiento se manifiesta en ese otro soporte material que es la realidad discursiva y en el mundo histórico, cultural, en el cual va a encontrarse el Ser. Pero entonces éste queda desgarrado, por esa misma potencia negadora, en mundo natural y en realidad discursiva (mundo histórico y cultural).

Por un lado el Ser es realidad dada, por otro es realidad discursiva. En el segundo caso existe como proyecto discursivo, algo que todavía no es plenamente en el tiempo presente y por lo tanto como proyecto aún no realizado plenamente en la realidad concreta. Así, el Ser como *proyecto* tiene como soporte material al discurso, la palabra, el lenguaje, pero no se ha realizado por completo en la realidad concreta. No ha ido aún más allá de la realidad discursiva (permanece como proyecto en vías de realización). El discurso y la realidad concreta se presentan entonces como *opuestos*, y en esto consiste el *error*: el discurso (pensamiento) no alcanza aún a esa realidad, no se realiza plenamente en ella.

El Ser como proyecto discursivo no es una realidad presente todavía. Y en este sentido el hombre (el Ser como realidad humana) habla de algo que todavía no es, y por esto el discurso no mantiene una relación de adecuación con la realidad concreta: esto es el error.

Sólo *al fin de los tiempos, al término de la Historia*, el discurso se reunirá con la realidad (se realizará plenamente en ella) y terminará el error. El discurso es potencia negadora de la realidad dada (natural), que va ser transformada en realidad revelada y por lo tanto humana. El Ser como realidad humana ha proyectado su existencia, por medio de la realidad discursiva, hacia un porvenir que todavía no es presente: en este sentido el Ser se encuentra articulado en la realidad discursiva, pero todavía no plenamente en la realidad concreta; esta última sigue siendo realidad dada o mundo natural. Sin embargo, ese porvenir como realidad discursiva se irá haciendo presente, hasta que no quede ya realidad dada alguna, pues toda ella habrá sido negada dialécticamente, suprimida, por completo, quedando en su lugar como realidad humana total. Así, según Kojévè:

(...) no es la Totalidad (infinita) del ser (o el uno que es) quien se revela a sí misma, sino que esta Totalidad es revelada por una de sus partes (limitadas), que se revela también ella misma (...) el Espíritu, es decir el Ser que se revela él mismo a sí mismo, no es Dios sino el Hombre-en-el-Mundo. Porque la parte reveladora del Ser es el Ser humano, esencialmente finito, que se crea en el tiempo por la negación activa del Ser, y que, siendo Negación o Negatividad, se anonada él mismo tras haber durado. Y esta revelación del Ser por el Ser humano temporal (...) es una revelación discursiva o "dialéctica", que se

desarrolla en el tiempo en donde ella ha nacido y en donde ella desaparecerá un día. En esta revelación Discursiva, el ser humano se relaciona con la totalidad del Ser-dado: en primer lugar por la acción negadora y el discurso erróneo que de ahí deriva, y finalmente por el discurso adecuado que nace de la contemplación pasiva del Sabio, que, estando "satisfecho" por el Ser-dado, cesa de negarlo, de transformarlo y de "desfigurarlo", aunque esto sólo sea por el discurso (22).

En tanto que realidad humana el Ser se revela a sí mismo o es consciente de sí, el Ser como sujeto y no mera sustancia. Esta realidad humana que hace posible esta revelación del Ser no es Dios, esto es, no se trata de un ser eterno sino de un ser finito, mortal, de ese ser con un inicio y un fin, más allá de los cuales ya no es, ese ser que ha negado su soporte material en el mundo natural, que se ha nulificado y producido nada, pero una nada con existencia en la realidad concreta: el mundo histórico y cultural. Un ser producto de sí mismo en el tiempo, con un inicio y un final.

La realidad humana es el Ser como proyecto discursivo. Ser que *no es lo que es* (realidad dada), sino que *es lo que no es* (es, como presente, pero sólo en el discurso), un fin por venir. Y cuando este fin por venir, aún no presente, se realice en el tiempo presente, esto significará el final de la existencia del Ser como realidad humana, del Espíritu –ahora, este final no significa que desaparezca la realidad humana, solamente que ésta ya no tendrá nada más que negar. El Ser habrá llegado a su *fin* habiéndose realizado plenamente, ya no actuará (negará) más; se habrá revelado totalmente a sí mismo.

En *Hegel, la mort et le sacrifice* Bataille se refiere a la interpretación de Kojève sobre Hegel (retomada por él mismo) así: "*Para Kojève, la filosofía dialéctica, o antropológica de Hegel es en última instancia una **filosofía de la muerte** (o lo que es lo mismo, del ateísmo)*" (23).

En palabras del propio Kojève: "*Porque la "satisfacción" hegeliana no es otra cosa que la plena satisfacción del deseo antropógeno y humano del Reconocimiento (...), del deseo del hombre de ver a todos los otros hombres atribuir un valor absoluto a su **individualidad libre e histórica** o a su **personalidad**. Ahora bien, no es más que siendo y sintiéndose ser mortal o finito, es decir existiendo y sintiéndose existir en un universo sin más allá o sin Dios, que el Hombre puede afirmar y hacer reconocer su libertad, su historicidad y su individualidad "única en el mundo"*" (24).

Satisfacción: el hombre satisfecho con la realidad concreta que ya no tiene que negar más. Esta satisfacción es en realidad porque ahora él puede reconocerse –o en él el Ser total puede reconocerse- como realidad autónoma y libre, producto de sí mismo. Que ninguna trascendencia ni alguna otra cosa que no sea él es la causa de su existir.

Dicho reconocimiento sólo es posible si el hombre se sabe finito y mortal, sintiéndose existir en un universo sin más allá o sin Dios, pues se reconoce como la única realidad autónoma y libre.

El Ser como realidad humana reconoce sus límites, reconoce su *inicio* a partir de su separación del mero ser natural y sabe que también llegará a un *fin*, a un término, a la realización plena de sí. El Ser como realidad humana es único en el mundo en el sentido de ser la única realidad autónoma y libre, sin Dios.

Notas

* La traducción de los textos en lengua francesa es mía

(1) Hegel, G.W.F., **Fenomenología del Espíritu**, Fondo de Cultura Económica, México, 1994, Sección de Obras de Filosofía, p.63

(2) *Ibid.*, p.15

(3) Kojève, Alexandre, *L'idée de la mort dans la philosophie de Hegel*, **Introduction à la lecture de Hegel**, Gallimard, France, 1997, col. Tel 45, p.533:

"(...) l'Être se réalise non pas seulement en tant que Nature, mais encore en tant qu'Homme".

(4) Hegel, *op. cit.*, p.24

(5) Bataille, Georges, *Hegel, la mort et le sacrifice*, **Oeuvres Complètes**, Gallimard, NRF, t. XII, Paris, 1988, p.331:

"(...) La mort (...) est ce qu'il y a de plus terrible et maintenir l'oeuvre de la mort est ce qui demande la plus grand force". (Precisamente con estas palabras inicia un relato de Bataille: **Madame Edwarda**).

(6) Kojève, A., *op. cit.*, pp.534-535:

"Seul, l'ensemble de la Réalité, révélée par l'ensemble du Discours, est un Réalité-objective; et cet ensemble, au double aspect, c'est-à-dire le Monde naturel impliquant l'Homme qui en parle, est précisément ce que Hegel appelle "Esprit".

(7) *Ibid.*, p.538:

"(...) l'Homme, qui **trascende** effectivement la Nature dans la mesure où il nie (par la Action), s'**anéantit** néanmoins dès qu'il se situe **hors** d'elle en y mourant en tant qu'animal, -c'est dire qu'il n'y a rien au delà du Monde naturel (...) Il n'y a donc pas d'Esprit en dehors de l'Homme qui vit dans le Monde".

(8) **Ibid.**

(9) **Ibid...**, p.539:

"(...) la philosophie "dialectique" (...) de Hegel est (...) **une philosophie de la mort** (où ce qui est la même chose: de l'athéisme)".

(10) **Ibid.**, pp.538-539:

"L'Esprit hégélien, c'est la totalité spatio-temporelle du Monde naturel qui implique le Discours humain révélant ce Monde et soi-même. Ou bien, ce qui est la même chose, l'Esprit est l'**Homme-dans-le Monde**: l'Homme mortal qui vit dans un Monde sans Dieu et qui parle de tout ce qui existe et de tout ce qu'il crée, soi-même y compris". El subrayado es mío.

(11) A propósito de este vínculo entre Hegel y Heidegger, a partir de la interpretación que hace Kojève del primero, cito las líneas previas al ensayo *Hegel, la mort et le sacrifice* del propio Bataille:

"Extrait d'une étude sur la pensée, fondamentalement hégélienne d'Alexandre Kojève. Cette pensée veut être, dans la mesure où c'est possible, la pensée de Hegel telle qu'un esprit actuel, sachant ce que Hegel n'a pas su (connaissant, par exemple, les événements depuis 1917 et, tout aussi bien, **la philosophie de Heidegger**), pourrait le contenir et la développer (...)".

“Extracto de un estudio sobre el pensamiento, fundamentalmente hegeliano de Alexandre Kojève. Este pensamiento quiere ser, en la medida de lo posible, el pensamiento de Hegel tal y como un espíritu actual, sabiendo eso que Hegel no ha sabido (conociendo, por ejemplo, los acontecimientos desde 1917 y, así también, **la filosofía de Heidegger**) podría contenerlo y desarrollarlo”.

(12) Kojève, A., **op. cit.**, p.539:

*“(...) il est **humain** en ce sens qu’il est un Discours qui est immanent au Monde naturel et qui a pour “support” un être naturel limité dans son existence par le temps et l’espace”.*

(13) Kojève, A., *La dialectique du réel et la méthode phénoménologique chez Hegel,*

Introduction à la lecture de Hegel, Gallimard, France, 1997, col. Tel 45, p.467:

“L’Histoire s’arrête quand l’Homme n’agit plus au sens fort du terme, c’est-à-dire ne nie plus, ne transforme plus le donné naturel et social par un Lutte sanglante et une Travail créateur. Et l’Homme ne le fait plus quand le Réel donné lui donne pleinement satisfaction (...) en réalisant pleinement son Désir (...) de reconnaissance universelle de sa personnalité unique au Monde”.

(14) Kojève, A., *L’idée de la mort...*, pp.540-541:

*“L’activité de la separation est la force et le travail de l’**entendement**, c’est-à-dire de la puissance qui est la-plus-digne-d’étonnement et la plus grand de toutes ou bien plutôt de la puissance absolue (...) le fait que l’accident en tant que tel séparé de son pourtour que l’entité-qui-est-liée et qui n’est objectivement-réelle que dans sa connexion avec autre chose, obtienne une existence-empirique propre et une liberté séparée-ou-isolée, est l’expression de la puissance prodigieuse du Négatif; c’est l’énergie de la pensée, du Moi-abstrait*

*pur. La mort, -si nous voulons appeler ainsi cette irréalité, c'est ce-qu'il-y-a-de plus-terrible, et maintenir le mort, c'est ce qui exige la plus grande force. La beauté impuissante hait l'entendement, parce qu'il l'exige d'elle ce dont elle n'est pas capable. Or la vie de l'Esprit n'est pas la vie qui s'effarouche devant la mort et se preserve du ravage, mais celle qui supporte la mort et se conserve en elle. L'Esprit n'obtient sa vérité qu'en se trouvant soi-même dans le déchirement absolu. Il n'est pas cette puissance en etant le Positif qui se détourne du Négatif, comme quand nous disons de quelque chose: ceci n'est rien ou ceci est faux, et l'ayant ainsi liquidé passons de là à quelque chose d'autre; non l'Esprit n'est cette puissance que dans la mesure où il contemple le Négatif bien-en-face et séjourne auprès de lui (...) Cette puissance de l'Esprit, où cette force-magique, est la même chose que ce qu'on a appelé plus haut le Sujet, qui, en donnant dans son propre élément une existence-empirique à la détermination-spécifique, supprime-dialectiquement l'Immédiateté abstraite, c'est-à-dire seulement **existante-comme-un-être-donné** en général et qui est par cela même la Substance vrai-ou-véritable, c'est-à-dire l'Être-donné o l'Immédiateté qui n'ont pas la Médiation en dehors d'eux, mais qui sont eux-mêmes cette Médiation". Cfr. Pp.23-24, ed. Fondo de Cultura Económica.*

(15) *Ibid.*, p.542:

"Et cette puissance n'est nullement fictive ou "idéelle". Car c'est en séparant et en recombinaut les choses dans et par sa pensée discursive que l'homme forme ses projets techniques qui, une fois réalisés par le travail, transforment réellement l'aspect du Monde naturel donné en y créant un Monde culturel".

(16) **Ibid.**:

*"Le concept d'une chose est cette même chose elle-même, en tant que détachée de son **hic et nunc**. Ainsi, le concept "ce chien" ni diffère en rien du chien réel concret auquel il se "rapporte", sauf que ce chien est ici et maintenant, tandis que son concept est partout et nulle part (...) Or, détacher une entité de son **hic et nunc**, c'est la séparer de son support "matériel", déterminé d'une manière univoque par le reste de l'univers spatio-temporel donné, dont cette entité fait partie".*

(17) **Ibid.**, p.545:

*"Mais quand, grace à la puissance absolue de l'Entendement, l'essence devient sens et s'incarne dans une **mot**, il n y a plus de rapport "naturel" entre elle et son support; sinon des mots qui n'ont rien de commun entre eux en tant que réalités spatio-temporelles phonétiques ou graphiques (...), il y a donc eu ici **négation** du donné, tel qu'il est donné (avec ses rapports "naturels" entre l'essence et l'existence); c'est-à-dire **creation** (de concepts ou de mots-ayant- un sens, qui en tant que mots n'ont rien à voir, par eux mêmes, avec le sens qui s'y incarne); c'est-à-dire **action** ou **travail**.*

(...) on arrive effectivement à "dégager le sens de l'être" et à l'incarner dans une ensemble de mots qui n'ont rien de commun avec ce sens et qui ont été créés (...) en vue de cette incarnation (...)

*Ce qui est miraculeux (...) c'est le fait que quelque chose qui est réellement **inseparable** d'autre chose obtienne néanmoins une existence **séparé**; ou bien encore, -qu'un simple attribut ou "accident" devienne une réalité **autonome**".*

(18) **Ibid.**, p.547:

"Doué d'une "puissance absolue", qui devient en lui une "force" effective "digne-d'étonnement", l'Homme produit dans l'"activité", ou le "travail" rationnel, ou pénétré par l'Entendement, un Monde réel contra-nature, créé par sa "liberté séparée" pour son "existence-empirique propre": -le Monde technique ou culturel, social ou historique".

(19) **Ibid.**, p.548:

*"Ce Néant néantit en tant qu'Action (...) dans l'Être. Mais l'Action néantit en anéantissant cet Être, et donc en s'anéantissant elle-même, puisque, sans l'Être, elle n'est que Néant. La Négativité n'est donc pas autre chose que la finitude de l'Être (ou la présence en lui d'un véritable avenir, qui ne sera jamais son présent); et l'Action est essentiellement fini. C'est pourquoi (...) le Monde historique créé par l'Action dans son être même, "apparaît" (...) à elle-même et aux autres comme irréremédiablement **mortelle**".*

(20) **Ibid.**:

*"(...) si l'Homme est Action, et si l'Action est Négativité "apparaissant" comme **Mort**, l'Homme n'est, **dans son existence humaine ou parlante**, qu'un **mort**: plus ou moins différée, et consciente d'elle-même".* Subrayado mio.

(21) **Ibid.**, p.549:

*"Cette **opposition**, ce conflit entre l'Homme et le Réel donné, se manifeste d'abord par le caractère **erroné** du discours révélateur humain, et ce n'est pas qu'à la fin des temps, au terme de l'Histoire, que le discours du Sage **rejoint** la réalité. C'est alors qu'on peut dire que "l'Esprit se retrouve soi-même" et qu'il "obtienne sa vérité", qui est la révélation adéquate de la réalité. Mais il ne se*

retrouve que dans et par le "déchirement" qui s'est manifesté sous de formes multiples de l'erreur au cours du processus historique".

(22) *Ibid.*, pp.550-551:

"(...) ce n'est pas la Totalité (infini) de l'Être (ou l'Un-qui-est) qui se révèle elle-même à elle-même, mais que **cette Totalité est révélée par une de ses parties** (limitées), qui se révèle aussi elle-même (...) l'Esprit, c'est-à-dire l'Être qui se révèle lui-même à lui-même, est non pas Dieu, **mais l'Homme-dans-le-Monde**. Car la **partie révélatrice de l'Être est l'Être humain**, essentiellement fini, qui se crée dans le temps par la négation active de l'Être, et qui, étant Négation ou Négativité, s'anéantit lui-même après avoir duré. Et cette **révélation de l'Être par l'être Humain temporel** (...) est une révélation discursive ou "dialectique", qui se déroule dans le temps où elle est née et où elle disparaîtra un jour. Dans cette révélation discursive, l'être humain se rapporte à la totalité de l'Être-donné: d'abord par l'action négatrice et le discours erroné qui en découle, mais finalement par le discours adéquat qui naît de la contemplation passive du Sage, qui, étant "satisfait" par l'Être-donné, cesse de le nier, de le "défigurer", ne serait-ce que dans ses discours". Subrayado mio.

(23) Bataille, G., *Hegel, la mort et le sacrifice, Oeuvres Complètes*, Gallimard, NRF, t. XII, Paris, 1988, p.327:

"Pour Kojève, "la philosophie "dialectique" ou anthropologique de Hegel est en dernière analyse une **philosophie de la mort** (ou ce qui est la même chose: de l'athéisme)".

(24) Kojève, A., *op. cit.*, p.551:

*“Car la “satisfaction” hégélienne n’est autre chose que la pleine satisfaction du désir anthropogène de la Reconnaissance (...), du désir de l’homme de voir toutes les autres hommes attribuer une valeur absolue à son **individualité libre historique** ou à sa **personnalité**. Or, ce n’est qu’en étant et en se sentant être mortal ou fini, c’est-à-dire en existant et se sentant exister dans un univers sans au-delà ou sans Dieu, que l’Homme peut affirmer et faire reconnaître sa liberté, son historicité “unique au Monde”.*

2. Del sentimiento de sí a la conciencia de sí: el deseo

En la introducción del capítulo anterior se habló del curso que Kojève impartió sobre la **Fenomenología...** y de su influencia sobre Bataille. También se comentó que el curso dio origen a un libro: **Introduction à la lecture de Hegel**.

Una vez terminado el autor entregó un texto introductorio en donde está expuesto lo que se conoce como la dialéctica del amo y del esclavo, texto clave para la comprensión de todo el curso. Así, el presente capítulo expondrá las ideas principales de esta introducción de Kojève a su libro, relacionándolas con las ideas propias de Bataille

La **Fenomenología...**, interpretada por Kojève, fue una obra fundamental para Bataille. Este último encontró en el pensamiento de Hegel una voluntad de totalidad que se realiza en el saber absoluto, en donde el *Ser*, aquello por lo que se pregunta, es la misma existencia que lleva a cabo este cuestionamiento: el *Ser* se reconoce como pensamiento, y el pensamiento se reconoce en el *Ser*.

La voluntad de totalidad se consume cuando el pensamiento y el *Ser*, o la totalidad de lo que es, dejan de diferenciarse. Sin embargo, Bataille encontró, recorriendo el camino del propio Hegel, algo **otro** que excede a esta totalidad del pensamiento y del *Ser*, una alteridad que la arruina y que es la apertura al no saber.

Un elemento importante para la comprensión del pensamiento hegeliano de Kojève y del pensamiento de Bataille es la **negatividad** o acción negadora. En el capítulo anterior se explicó en qué consiste esta *negación dialéctica*: suprimir lo dado naturalmente y conservarlo mediante su transformación en una realidad distinta a la natural: la realidad humana.

Así, según Kojève, hay dos formas de negación dialéctica que serán estudiadas en el presente capítulo: la lucha sangrante y el trabajo –por las que el *Ser* se realiza como realidad humana.

Para Bataille fue muy importante comprender la acción negadora del trabajo. Sin embargo, en distintas obras, como por ejemplo en **Théorie de la religion** –que inicia precisamente con unas palabras del texto introductorio de Kojève a su curso sobre Hegel-, Bataille habla de algo **otro** que queda fuera del alcance de la supresión dialéctica.

La acción transformadora que es el trabajo (manual e intelectual) no abarca la realidad en términos de una totalidad racional, pues siempre permanece algo **otro** fuera de la posibilidad de la acción útil.

Será necesario estudiar entonces en qué consiste esta última, y permitir así que se vaya revelando esa alteridad radical hacia la cual se mueve la escritura de Bataille.

2.1. El animal y el estar en el mundo como el agua dentro del agua

El deseo es el punto de partida para la formación de la conciencia de sí, pero a ésta le antecede el mero sentimiento de sí cuyo origen es también el deseo. Así, hay una diferencia entre el deseo animal y el humano, aunque lo cierto es que el deseo hace posible la realidad subjetiva, sea animal (sentimiento de sí) o humana (conciencia de sí).

En la introducción a **Introduction à la lecture de Hegel** Kojève parte del deseo para llegar a la conciencia de sí, no sin antes aclarar lo siguiente: "*Pero si el Deseo animal es la condición necesaria de la Conciencia de sí, no es la condición suficiente. Por sí mismo, este Deseo no constituye más que el Sentimiento de sí*" (1).

Por el deseo un ser se encuentra inquieto y es empujado a actuar, y esta acción es la negación de lo deseado, de tal manera que esto último es destruido y transformado en algo diferente de lo que antes era —el fruto, como ser natural, es transformado en algo otro que mero ser natural que permanece en la punta de una rama: en alimento para otro ser que lo consume.

Así: "*El ser que come, por ejemplo, crea y mantiene su propia realidad por la supresión de la realidad otra que la suya, por la "asimilación", la "interiorización" de una realidad "extranjera", "exterior"*" (2).

Cuando un ser es empujado, por el deseo (el hambre, en este caso), a actuar y destruye lo deseado (eso otro, extraño) asimilándolo a sí mismo, crea una realidad propia, esto es, una realidad subjetiva. Una vez realizada la acción el agente del acto se reconoce como un sí mismo, y por lo tanto diferente de lo otro que no es él.

Pero este *sí mismo* es un mero sentimiento, y no conciencia, de sí. Se trata del deseo animal cuya meta o fin es un ser natural, dado de manera inmediata en la naturaleza (como el fruto en la punta de una rama en espera de ser tomado), de manera que el "Yo" de este deseo animal niega y transforma un No-Yo natural y de este acto se produce una realidad subjetiva o un Yo tan naturales como ese No-Yo natural que ha sido negado.

Esta realidad subjetiva queda como un mero ser natural, un ser dado ahí de manera inmediata en la naturaleza, atado a ésta como una cosa natural más entre otras; vinculado a la existencia natural y determinado por ella y por lo tanto sin autonomía, sin libertad, aunque dominado por el deseo de permanecer de esta manera, conservando su ser en esta vida o existencia de la que teme desvincularse.

Parte de esta situación descrita por Kojève es explicada por Bataille en términos de la *inmanencia* del animal en relación con su medio:

La inmanencia del animal por relación a su medio está dada en una situación precisa, cuya importancia es fundamental. No hablaré de ello por el momento, aunque no podré perderla de vista (...) esta situación está dada cuando un animal se come a otro. Eso que está dado cuando un animal se come a otro es siempre el semejante de aquel que come: es en este sentido que hablo de inmanencia.

No se trata de un semejante conocido como tal, pero no hay trascendencia del animal devorador al animal devorado: hay sin duda una diferencia, pero este animal que come a otro no puede oponerse a él en la afirmación de esta diferencia.

Los animales de una especie dada no se comen unos a otros... Es verdad, pero no importa si el azor que se come a la gallina no la distingue claramente de sí mismo de la misma manera que nosotros distinguimos de nosotros mismos un objeto. La distinción demanda una posición del objeto como tal. No existe diferencia aprehensible si el objeto no ha sido puesto. El animal que otro animal come no está todavía dado como objeto. No hay, del animal comido a aquel que

*come, una relación de **subordinación** como aquella que liga un objeto, una cosa, al hombre, que rechaza, él mismo, ser considerado como una cosa (...) Que un animal coma a otro no modifica casi una situación fundamental: todo animal está en el mundo como el agua dentro del agua (...) (3).*

El deseo animal es deseo de subsistir, de conservar la vida. Esto se ve en la alimentación: se desea una cosa natural que se encuentra de manera inmediata en la realidad natural; y decir una cosa significa que eso es algo fijo, estático, siempre igual a sí mismo. Así, la realidad subjetiva formada por este acto de consumir la cosa natural, tendrá las mismas características de esta última: inmutabilidad y permanente igualdad consigo misma.

Y esto es el sentimiento de sí: percibirse como una cosa en el ser natural, vinculada permanentemente a este último; el estar ahí en la naturaleza como una cosa más entre otras, siempre igual a sí misma.

En este mero sentimiento de sí no hay la constitución de un sujeto, que sería ya conciencia de sí, y su correspondiente objeto: el sentimiento de sí significa estar inmerso en el ser natural sin lograr constituirse todavía como verdadero ser autónomo.

Cuando Bataille afirma: "(...) *no hay trascendencia del animal devorador al animal devorado (...)*" se refiere a que no hay todavía una verdadera separación, distinción o diferencia entre el devorador y su presa. El animal que devora no alcanza a afirmarse como un sí mismo por completo diferente del animal devorado; en otras palabras, este último no es *puesto como objeto* por quien lo devora. En el animal no hay un *poder de trascenderse*, de desvincularse del ser natural –lo cual significaría

poner en riesgo su vida e ir en contra, o más allá, del deseo animal como deseo de subsistir.

Poner en riesgo la vida desvinculándola del ser natural para lograr la libertad, no dependiendo más del ser natural sino sólo de sí mismo, es ya el deseo humano.

2.2. La cosa fabricada (objeto) y la conciencia de sí

Para que el animal pudiera diferenciarse de lo otro y afirmarse a sí mismo en esta diferencia sería necesario que eso otro, de lo que quiere diferenciarse, lo reconociera en esta diferencia, como un ser autónomo, libre y sólo dependiente de sí mismo, sin estar vinculado a otra cosa que no sea él –pero esto otro tendría que ser también, a su vez, un deseo y no un mero ser natural.

Así, Hyppolite (otro especialista en la obra de Hegel) señala lo siguiente: *"El deseo conduce a los objetos del mundo y luego a un objeto más cercano ya a él mismo, **la vida**; finalmente, conduce a otra autoconciencia. Tal es el deseo que se busca a sí mismo en lo otro, el deseo de reconocimiento del hombre por el hombre"* (4).

El deseo no es simple apetito sensible, en realidad se trata de una búsqueda de sí de la autoconciencia. Búsqueda de sí sólo posible mediante lo otro, pero de lo otro que ya no es el objeto sensible del mundo, la cosa natural, sino el otro deseo u otra autoconciencia.

Si lo otro es un objeto sensible del mundo la realidad subjetiva que se busca a sí misma a través de él será una realidad semejante a ese objeto sensible, una cosa natural y no un verdadero ser para sí o un sí mismo.

El deseo que es búsqueda de sí de la autoconciencia, para ponerse verdaderamente en el ser (en la realidad objetiva) y superar el mero estadio subjetivo de la certeza, necesita buscarse y encontrarse en el ser pero como deseo y no como simple cosa natural, por eso necesita de otro deseo: "*(...) el deseo no puede ponerse en el ser, alcanzar una verdad y no quedarse solamente en el estadio subjetivo de la certeza, sin que la vida se manifieste como otro deseo. El deseo debe conducir al deseo y hallarse como tal en el ser, debe encontrarse y ser encontrado, aparecerse como otro y aparecer como otro*" (5).

Pero antes de continuar con esta búsqueda de sí de la autoconciencia a través del otro deseo, que desemboca en lo que Bataille llama la instrumentalización (y subordinación) del otro, es necesario detenerse en la instrumentalización del ser natural.

Para poder ser sí mismo y cobrar independencia frente al ser natural es necesario instrumentalizar tanto a la realidad natural como al otro deseo. En el primer caso se trata de negar al ser natural pero sin consumirlo como sucede en la alimentación animal que toma lo que la naturaleza ofrece de manera inmediata (el fruto), sino haciendo de él un útil o herramienta, esto es, un objeto y, por lo tanto, una cosa fabricada subordinada a su creador.

No va a haber un consumo inmediato: no se toma a ese ser natural dado ahí de manera inmediata en la naturaleza; lejos de esto se le niega transformándolo en algo diferente de un ser natural, en una cosa fabricada; pero además esta última será un medio para lograr un fin, por lo que la satisfacción del deseo ya no es inmediata, sino demorada.

Al ser consumido de manera inmediata el ser natural, el ser devorador no logra distinguirse plenamente del devorado: predomina la inmanencia y ambos no logran diferenciarse. La realidad subjetiva finalmente no logra salir por completo del ser natural.

Si hay una demora, si el ser natural no es consumido inmediatamente sino transformado en útil, cosa fabricada u objeto, éste será un *medio* para lograr una satisfacción futura. La realidad subjetiva habrá introducido una separación entre ella y el ser natural con el que ya no se confundirá.

Este útil y esta demora permiten a la realidad subjetiva desvincularse por completo del ser natural en que se encontraba hundida (como el agua dentro del agua), y harán posible su constitución como sujeto o conciencia de sí, pues la cosa fabricada ahora es un *objeto* y no un mero ser natural: y este objeto, esta fabricación, es algo puesto entre la realidad subjetiva que lo creó y el ser natural del que antes no lograba distinguirse del todo, cuando se trataba del simple sentimiento de sí.

Ahora va a haber claridad y distinción en la realidad: la anterior *continuidad indiferenciada* en donde se perdía quien sólo experimentaba el sentimiento de sí, habrá pasado a ser un *dominio discontinuo*:

La posición del objeto clara y distintamente conocido desde fuera define generalmente una esfera de objetos, un mundo, un plan sobre el cual es posible situar clara y distintamente, al menos en apariencia, eso que, en principio, no puede ser conocido de la misma forma (...)

Esto quiere decir en otros términos que nosotros no nos conocemos distinta y claramente más que el día en que nos percibimos desde fuera como otro. Y esto todavía con la condición de que hayamos distinguido en primer lugar al otro sobre el plan en el que las cosas fabricadas nos han aparecido distintamente (6).

En el primer párrafo de esta cita Bataille habla de algo que no puede ser conocido "de la misma forma". ¿De qué forma? Clara y distintamente, mediante la posición del objeto.

Hay una relación inmanente de la realidad subjetiva con el ser natural, relación dominante en el deseo animal y que deja ver una *intimidad* entre esta realidad subjetiva y la vida. Pero por esta misma intimidad la realidad subjetiva tiende a hundirse y a perderse en esa vida, sin lograr distinguirse por completo, de manera que todo se pierde en una continuidad indiferenciada.

Y precisamente a esta continuidad indiferenciada se refiere Bataille al decir: "(...) **eso que (...)** no puede ser conocido de la misma forma". Eso que, en palabras de Bataille, es una *profundidad que me escapa*:

*El animal abre frente a mí una profundidad que me atrae y me es familiar. Esta profundidad, en un sentido, la conozco: es la mía. Ella es también eso que me es hurtado lo más lejanamente, eso que merece ese nombre de profundidad y que quiere decir con precisión **eso que me escapa** (...)*

No sé qué de dulce, de secreto y de doloroso prolonga en esas tinieblas animales la intimidad del resplandor que vela en nosotros. Todo eso que finalmente puedo mantener es que una tal visión, que me hunde en la noche y me deslumbra, me aproxima al momento en que, ya no lo dudaré más, la distinta claridad de la conciencia me alejará lo más, finalmente, de esta verdad incognoscible que, de mí mismo al mundo, se me aparece para hurtarse (7).

Esta profundidad "que me escapa" es precisamente la intimidad de la realidad subjetiva con la vida, la continuidad indiferenciada.

Cuando la realidad subjetiva impulsada por el deseo niega, esto es, destruye y transforma al ser natural produciendo la cosa fabricada, el útil o el objeto, esta misma subjetividad, antes meramente animal, rompe el vínculo íntimo con la vida para distinguirse a sí misma con claridad frente a lo que no es ella, el No-Yo, que en este caso es el objeto, el útil o la cosa fabricada.

Pero el No-Yo, o lo otro, lo opuesto a la realidad subjetiva o Yo, no es la continuidad indistinta, pues esta última es "(...) **eso que (...)** no puede ser conocido de la misma forma". ¿De qué forma? Transformándolo en cosa fabricada u objeto. El No-Yo, objeto o útil, es una alteridad puesta como tal por el Yo mediante la negación que es el trabajo transformador del ser natural en cosa fabricada. Pero siempre queda otra alteridad, esta sí verdaderamente radical, no asimilable mediante esa

negación dialéctica, y que por lo tanto no logra ser subordinada por el Yo como útil. Alteridad sin utilidad que, en el fondo, el hombre mismo es.

La realidad subjetiva (el Yo) rompe el vínculo íntimo con la vida desde el momento en que se arranca, por el trabajo, de esa continuidad en donde el animal está perdido.

Hay entonces un sujeto (realidad subjetiva o Yo) con su correspondiente objeto (cosa fabricada, útil, objeto): la continuidad indiferenciada desaparece y en su lugar queda un dominio discontinuo en donde hay, por un lado, el sujeto y, por otro, el objeto. Termina la indistinción con la fabricación del útil. La realidad subjetiva se desvincula de aquello en lo que tendía a desaparecer y de lo cual ha logrado salir, aparentemente, por completo.

Esta salida de aquello en lo que la realidad subjetiva tendía a perderse trae consigo una mirada por la cual hay claridad y distinción al ser posible separar aquello que no soy Yo, lo otro o el No-Yo, del Yo.

Este salir y esta mirada significan un *mirar desde fuera*. En la pura immanencia no se ha abierto la mirada, todo permanece ahí bajo un profundo vínculo íntimo sin distinciones. Con la mirada ya hay distancia y separación, la lejanía necesaria para evitar la confusión entre quien observa y lo observado.

Sin embargo, esta salida no lo es por completo. Bataille da a entender que aún esta realidad como plena conciencia de sí sabe de esa profundidad íntima de la que se ha desvinculado.

De hecho, habla de: "(...) **eso que (...) no puede ser conocido de la misma forma (...)**". ¿De otra forma sí? Si. No mediante la negatividad transformadora del ser

natural en cosa fabricada u objeto, negación útil o trabajo. Hay otra negatividad, la *negatividad sin empleo* (gasto improductivo), y que apunta al no saber.

La transformación del ser natural en cosa fabricada (negatividad útil) no sólo hace posible la formación de la conciencia de sí, por encima del simple sentimiento de sí; también hace posible una realidad que puede ser manipulada y controlada por esta conciencia. La cosa fabricada está subordinada a su creador. El sujeto, o Yo, crea una realidad a su medida, controlable por él.

El útil, o el objeto –que para Bataille son lo mismo: "(...) *he puesto sobre el mismo plan el útil y el objeto fabricado (...) el útil es en primer lugar un objeto fabricado y, recíprocamente (...) un objeto fabricado es en cierto sentido un útil*" (8)- es lo otro del Yo, el No-Yo; un otro subordinado al Yo, fabricado a su medida para poder manipularlo.

Sin embargo, hay una alteridad radical muy distinta de este No-Yo u objeto, inasimilable y fuera del alcance de la negación útil. Alteridad no subordinada al Yo y de la que el hombre no se ha desvinculado del todo. Alteridad extraña pues si bien es algo que *conozco y me es familiar*, a la vez se *me escapa* sustrayéndose: eso de lo que la claridad de la conciencia de sí me aleja lo más posible. Pero también *eso que no puede ser conocido de la misma forma*, y por lo tanto sí de alguna otra (aunque no pueda hablarse propiamente de conocimiento y saber). No mediante la transformación de lo otro en cosa fabricada u objeto. Alteridad que excede tanto al sujeto como al objeto, los destruye. Esa: "(...) *verdad incognoscible que (...) se me aparece para hurtarse*"- como una *presencia en nada distinta de una ausencia* (Bataille), o como eso que *se dice inevitablemente sin poder ser dicho* (Blanchot).

2.3. El deseo como un fin para sí mismo

Según Kojève: *"Para que haya Conciencia de sí, es necesario pues que el Deseo se dirija hacia un objeto no-natural, sobre alguna cosa que rebase la realidad dada. Ahora bien, la única cosa que rebasa a esto real es el Deseo mismo"* (9).

Si el fin del deseo es el mero ser natural (lo real dado), y no él mismo como deseo, la realidad subjetiva producto de la satisfacción será similar a ese ser natural o lo real dado: una realidad subjetiva sujeta a la realidad natural, a necesidades básicas como la alimentación; de tal manera que se subordina al objeto de su deseo, al ser natural, para poder subsistir y permanecer en el mundo tal y como se encuentra el objeto deseado: una cosa atada a la realidad natural.

Este deseo no logra entonces ser una verdadera realidad subjetiva, sólo vinculada consigo misma, autónoma y libre, pues se encuentra sujeta a lo otro que no es ella, al objeto de su deseo que la subordina y le impide ser sólo para sí misma.

Es por ello que el deseo va a buscar un objeto distinto del ser natural, irá más allá de la cosa natural o lo real dado, con el fin de liberarse de eso otro que lo subordina. Y esto más allá del ser natural es él mismo en tanto que deseo.

Por eso Kojève habla del deseo como de la presencia de la ausencia de una realidad. El deseo como deseo: *"(...) siendo la presencia de una ausencia de una realidad, es esencialmente otra cosa que la cosa deseada, otra cosa que una cosa, que un ser real estático y dado, manteniéndose eternamente en la identidad consigo mismo"* (10).

El deseo reconocerá que su meta no es en realidad el objeto deseado, el ser natural, pues una vez negado este último –lo que supondría la satisfacción del deseo y su consecuente supresión- el deseo tendrá frente a sí un nuevo objeto, reconociendo con esto que él permanece como deseo. Así, el deseo buscará ponerse a sí mismo como meta.

Para alcanzarse a sí mismo como deseo es necesario negar lo otro, al ser natural. No a través del consumo inmediato, sino mediante su transformación en cosa fabricada, útil o herramienta; y sólo así lo otro será subordinado al deseo. El deseo será él mismo su propio *fin*, y el *medio* será la cosa fabricada. El instrumento (el útil) será el medio por el cual el deseo se alcanzará a sí mismo como fin, desvinculándose de su subordinación al ser natural –es trabajando como el deseo se *produce* como realidad autónoma y libre.

La herramienta permite al deseo alcanzarse como fin y romper la subordinación al ser natural, le permite *reconocerse* como deseo y no mero ser dado, y por lo tanto como una potencia negadora permanente distinta de todo lo que no es ella.

Acción negadora que es *fin* para sí misma. Nunca vinculada de manera permanente al ser natural que siempre está transformando, a las cosas que produce. Como deseo es constante negación de toda realidad y de sí mismo (*el hombre no es lo que es, sino que es lo que no es*).

Por esto el deseo es la presencia de una ausencia de una realidad: potencia negadora y dinámica cuyo fin es ella misma. Nunca se cosifica en realidad alguna. El deseo no es cosa, algo estático, atado a algo que no sea él, sino transformación permanente de lo otro que él niega y también de sí mismo (en lo otro): "(...) es *el acto de trascender lo dado que le es dado y que él mismo es*" (11).

2.4. La instrumentalización y sus consecuencias

La conciencia de sí es posible cuando la meta del deseo es el deseo mismo. El deseo va a apuntar hacia sí mismo, pero como sólo puede volver a sí por la *mediación* de lo otro que no es él, buscará este otro ya no en el ser natural sino en otro deseo.

Ahora ya no se trata de la transformación de la cosa natural en fabricada, sino del otro (deseo) en instrumento y por lo tanto de su subordinación frente a quien lo constituye como tal: subordinación que hace del otro un esclavo.

El objeto es *puesto* desde el momento en que la realidad subjetiva niega y transforma al ser natural en útil o herramienta, por eso:

La posición del objeto, que no está dada en la animalidad, lo está en el empleo humano de los útiles (...) Es en la medida en que los útiles son elaborados en vista de su fin que la conciencia los pone como objetos, como interrupciones en la continuidad indistinta (...)

*El útil introduce la exterioridad en un mundo en donde el sujeto **participa** de los elementos que él distingue, en donde **participa** del mundo y permanece en él "como el agua dentro del agua". El elemento en el que el sujeto participa –el mundo, un animal, una planta- no le está subordinado (lo mismo que, inmediatamente, el sujeto no puede estar subordinado al elemento del que participa). Pero el útil está subordinado al hombre que lo emplea, que puede modificarlo a su gusto, en vista de un resultado determinado (12).*

¿A qué *participación* se refiere Bataille? Al vínculo *inmanente* de la realidad subjetiva con la vida, relación predominante en el deseo animal y que deja ver una *intimidad* de este último con la vida. No hay subordinación alguna: ni del ser natural hacia la realidad subjetiva, ni de ésta hacia el ser natural; hay un vínculo íntimo entre ambos, se confunden, y la realidad subjetiva permanece en la vida "como el agua dentro del agua".

En este punto Bataille va más allá que Kojève, pues habla de un encontrarse en el ser todavía más profundo que el mero sentimiento de sí que, para Kojève, es la animalidad.

De acuerdo con Kojève la animalidad es un mero sentimiento de sí. Es una realidad subjetiva que se percibe como cosa en el ser natural, atada de manera fija a este ser. Se encuentra ahí en la naturaleza como una cosa más entre otras, siempre idéntica a sí misma. Una realidad subjetiva subordinada al objeto de su deseo, al ser natural, para poder subsistir.

Bataille habla de una animalidad más profunda: "(...) *eso que me es hurtado lo más lejanamente (...) que merece el nombre de profundidad (...) eso que me escapa (...)*"; un encontrarse en el ser de manera que nada se subordina a nada y la realidad subjetiva *participa*, por el vínculo íntimo, de todo. Se confunde con todo.

Por otra parte, siguiendo con la cita número doce: ¿qué significa introducir la *exterioridad* en un lugar en donde predomina la inmanencia? El fin de la intimidad de la realidad subjetiva con la vida. Es el momento en que se termina la participación con la vida en su conjunto, en donde no hay subordinación alguna.

La exterioridad es la ruptura por la cual lo otro con lo que me confundo en la *participación*, en la intimidad, queda transformado en algo distinto de mí, por completo fuera de mí; y también subordinado a mi voluntad.

Así, lo otro distinto de mí, fuera de mí, se me vuelve impenetrable: "*El objeto (...) tiene un sentido que rompe la continuidad indistinta, que se opone a la inmanencia o al fluir de todo eso que es (...) Es rigurosamente extraño al sujeto, al yo todavía ahogado en la inmanencia. Es la propiedad y la cosa del sujeto, pero no es por eso menos impenetrable para él*" (13).

La posición de lo otro como objeto trae consigo dos consecuencias:

Primera: la realidad subjetiva transforma al ser natural en objeto (útil, cosa fabricada), lo subordina a ella misma y rompe la intimidad con la vida, con lo otro. Algo se le vuelve impenetrable entonces: la vida misma. La realidad subjetiva rompe con su propia animalidad (vínculo íntimo con la vida), y a partir de entonces esta última pasará a ser *esa profundidad que me escapa, esa verdad incognoscible que me aparece para sustraerse*.

Segunda: la realidad subjetiva, como deseo en busca de reconocimiento, transformará ya no al ser natural en herramienta, en objeto, sino al otro deseo mediante el cual busca reconocerse. El otro deseo, ahora puesto como objeto, se vuelve impenetrable, pasa a ser una cosa por completo fuera de mí, por completo exterior a mí, sin vínculo íntimo conmigo: aquello que sólo puedo *mirar desde fuera*.

Así, el propio deseo (humano) se pone a sí mismo como objeto: si el deseo necesita del otro deseo para reconocerse como deseo, haciendo del otro deseo una herramienta y por lo tanto un objeto, una cosa o una exterioridad impenetrable, entonces el mismo deseo se vuelve para sí mismo cosa o exterioridad impenetrable.

La realidad humana se *mira desde fuera*, desconoce la profundidad que la vincula al conjunto de la vida. Sólo se conoce a sí misma como cosa u objeto – sus propios movimientos interiores, profundos, la aterran; pues destruyen al objeto que ha hecho de sí misma, perdiéndola en una noche insondable e infinita: su propia noche, la noche humana.

Por ello Bataille afirma esto: "(...) *no nos conocemos distinta y claramente hasta el día en que nos percibimos desde fuera como otro. Y todavía esto con la condición de que hayamos distinguido en primer lugar al otro sobre el plan en que las cosas fabricadas nos han aparecido distintamente*" (14).

Una vez puesto el otro (deseo) como objeto al transformarlo en útil (esclavo), el propio deseo que negó a ese otro (deseo) subordinándolo como objeto pasa a ser también él mismo un útil, un objeto para sí mismo.

El hombre introduce la exterioridad en sí mismo, rompe el vínculo íntimo consigo mismo, y se vuelve, para sí mismo, tan impenetrable como esas cosas inanimadas de las que comúnmente se sirve.

Bataille habla de un conocimiento *claro y distinto* de los otros y de uno mismo, de la cosificación del hombre; aunque ya antes había advertido sobre: "(...) **eso que (...)** *no puede ser conocido de la misma forma*", esto es, de otra forma de conocimiento o de saber, diferente al de la claridad y la distinción por la que nos cosificamos.

2.5. La instrumentalización del otro: la esclavitud

El deseo (humano) busca el reconocimiento de sí como deseo. El deseo se esfuerza para reconocerse como acción negadora y transformadora que no se ata al ser natural: si bien transforma al ser natural en producto, cosa fabricada o útil, eliminando así la subordinación a este ser, tampoco se subordina a su producto; se esfuerza por *ser para sí*, por ser sí mismo y no perder su ser fuera de sí, ya sea en la cosa natural o en la fabricada.

Pero sólo puede ser para sí a través de la *mediación*, de lo otro, por lo cual no va a ser simple certeza inmediata de sí sin verdadera realidad objetiva, sino que alcanzará su verdad (ser para sí) por encima del simple estadio subjetivo de la certeza.

¿Pero quién es lo otro que va a hacer posible la realidad objetiva del deseo como ser para sí? ¿Cómo el deseo puede reconocerse *objetivamente* como deseo? ¿A través de qué mediación el deseo puede alcanzar su verdad para sí, ese: "(...) *acto de trascender lo dado que le es dado y que es él mismo*" (15)? ¿De qué manera el deseo se reconoce como acción negadora y transformadora permanente no subordinada a algo externo a ella?

Dicho reconocimiento no puede venir ni de la cosa natural ni de la fabricada, sino de otro deseo. Solamente un deseo puede reconocer a otro deseo como acción negadora o ser para sí –ser vinculado sólo consigo mismo, autónomo, no subordinado a lo otro ajeno a él.

Cuando el deseo se encuentra con otro deseo: *"En primer lugar, en tanto que no es todavía efectivamente reconocido por el otro, es este otro quien es el fin de su acción, es de este otro, es del reconocimiento por este otro que dependen el valor y su realidad humanas, es en este otro que se condensa el sentido de su vida. Él está pues "fuera de sí". Pero son su propio valor y su propia realidad que le importan, y quiere tenerlos en él mismo. Debe entonces suprimir su "ser otro"* (16).

El primer deseo se encuentra con que es para el otro deseo y no para sí mismo. Y esto es recíproco. Al ser para el otro está fuera de sí, no es para sí; entonces se vuelve necesario *suprimir* al otro deseo para que el primer deseo pueda finalmente ser sí mismo o ser para sí: no tener su ser atado al otro, sino vinculado consigo mismo. Pero el otro deseo también tendrá que suprimir al primero.

Este deseo de ser para sí requiere de la *mediación* del otro deseo, por eso Kojève afirma que el otro deseo es el fin de la acción: sólo mediante la supresión del otro deseo, el deseo puede realizarse como ser para sí.

Sin la mediación o el reconocimiento de parte del otro, el deseo sólo alcanzaría la certeza subjetiva de sí, no el *saber* de sí o el verdadero ser para sí: el deseo necesita reconocerse como ser para sí no sólo en sí mismo, sin relación y aislado de todo, sino que necesita encontrarse en lo otro para tener realidad objetiva, aunque sin dejar ser sí mismo (verse a sí mismo en lo otro).

Eso otro por lo que alcanza realidad objetiva es tanto la *cosa fabricada* como el otro deseo –que al ser suprimido (negado) y conservado será transformado en instrumento: en esclavo. Se le destruye como deseo humano, pues no se le reconoce autonomía; pero al mismo tiempo es conservado como cosa subordinada o un medio para cumplir un fin. Se trata de la supresión dialéctica: suprimir

conservando, pues de no ser dialéctica desembocaría en la destrucción o la muerte del otro deseo, con lo cual la mediación necesaria sería anulada, junto con la posibilidad del deseo de llegar a ser para sí.

La realidad objetiva del primer deseo, su verdadero ser para sí, es posible cuando el otro deseo lo reconoce como ser para sí, es decir, cuando el primer deseo impone su verdad en el otro subordinándolo a sí mismo: la subordinación del otro (deseo) al primer deseo es la prueba irrefutable de ser para sí (autónomo, libre) de este último.

Se impone la verdad al otro deseo. Mediante la primera acción antropógena (de origen humano), que es la *lucha sangrante* o acción negadora (destruir conservando), el primer deseo suprime su ser otro, esto es, acaba con su estar fuera de sí en el otro deseo.

Por otra parte, aceptar la subordinación por el *miedo a morir* en la lucha por el reconocimiento (aceptando la verdad impuesta por el otro) significa consentir en no salir de la verdad animal y permanecer en el mundo como cosa o ser natural, cosa fija y siempre idéntica a sí misma.

El primer deseo, el amo, se ha colocado por encima de la vida animal poniendo en riesgo su vida: la acción bajo la forma de la lucha es tal que este primer deseo ha conquistado su independencia frente al ser natural al no aceptar permanecer en el mundo como una cosa, atado al ser natural, teniendo su ser en este último. Conquista la conciencia de sí, por encima del mero sentimiento de sí. Del otro lado, ¿qué pasa con el vencido?

El otro deseo, el esclavo, no se reconoce como ser para sí porque no llevó la acción (la lucha) hasta sus últimas consecuencias. Finalmente existirá pero no por su propia acción, a la que finalmente renunció por el miedo a morir. Existirá en la forma de la coseidad: su ser queda fuera de él, no se ha hecho a sí mismo, el ser le está dado. ¿Por quién? Por el amo que le perdonó la vida. Su ser no está en él sino en el otro –algo propio de la cosa.

El esclavo, la conciencia servil, representa el deseo del otro, desea lo que el amo desea. ¿Y qué desea este último? No la cosa natural, pues desearla significaría constituirse como realidad subjetiva semejante a la cosa natural, alcanzando con ello el mero sentimiento de sí; no, el amo desea la cosa *fabricada* por el esclavo, no la cosa dada (natural) sino ya transformada por la acción humana –cosa que representa la libertad, pues ha sido creada humanamente.

El deseo del amo es el deseo del deseo (no de la cosa natural): deseo de una cosa producida por el deseo o la acción negadora humana, llamada por Kojève la segunda acción antropógena: el *trabajo*.

Y sin embargo, es el trabajo lo que va a permitir al esclavo liberarse de su subordinación al ser natural, aceptada por él mismo al renunciar a la lucha por el reconocimiento; y, como consecuencia de esto, va a liberarse de su subordinación al amo.

Para Kojève el trabajo es la actividad propia de la conciencia autónoma, que se alza por encima de la lucha (por el reconocimiento), la cual si bien es necesaria no es suficiente para que el deseo se realice como ser para sí.

Así: "El Amo, que no trabaja, no produce nada estable fuera de sí. Destruye solamente los productos del trabajo del Esclavo. Su goce y su satisfacción permanecen puramente subjetivos: no le interesan más que a él y no pueden ser reconocidos más que por él; no tienen "verdad", realidad objetiva revelada a todos" (17).

La acción negadora del amo se limita a consumir inmediatamente la cosa fabricada por el esclavo. Esto le permite no quedar atado al ser natural transformado por el esclavo mediante su trabajo, pero al mismo tiempo la satisfacción de su deseo y su respectivo goce permanecen puramente subjetivos, sin realidad objetiva: su acción sólo niega destruyendo una cosa (ya fabricada) que él mismo no ha producido; simplemente goza consumiéndola y no conserva algo que le sirva para reconocer en ello su propia acción y así reconocerse más allá de una mera certeza subjetiva inmediata. El amo, finalmente, es puro ser para sí (realidad subjetiva), sin ser en sí (realidad objetiva).

El amo no reconoce autonomía en el otro deseo, por eso hace de él una conciencia servil, sólo ve en ella una cosa de la que puede servirse. El esclavo queda subordinado al ser natural pues trabaja para transformarlo en producto o cosa fabricada, pero este mismo no es consumido por él sino por el amo; no trabaja para sí mismo, trabaja para el otro, y así, el resultado de su acción lejos de reflejar su ser para sí refleja solamente su *ser para otro*: se mantiene como ser dado o natural por tener su ser fuera de sí.

Sin embargo, esta posición de la conciencia servil será ventajosa para ella. El esclavo si reconoce la autonomía del amo, no la encuentra en sí mismo pero la encuentra en el otro; y el encontrarla fuera de sí es la causa para *esforzarse* y realizarla en sí mismo. El amo no necesita de este esfuerzo o trabajo, después de la lucha tiene en sí mismo la autonomía, y ésta sólo reposa en él, no se encuentra en el otro pues no se la ha reconocido (a la conciencia servil); pero tampoco la encuentra en una alteridad que sería el producto de su acción, pues ésta se limita a consumir lo producido por el esclavo sin dejar algo en lo que pudiera reconocerse.

Al no reconocer su autonomía o ser para sí en el ser otro o ser en sí —no está en el otro deseo, en la conciencia servil; y no está tampoco en algún producto de su acción, pues no trabaja— solamente la encuentra en sí mismo como algo *inmediato*, sin mediación, tiene la *certeza* de ello pero, precisamente, como no ve realizada su autonomía en el ser otro, en la realidad objetiva, en los otros deseos y productos de su acción, no pasa de la certeza de sí a la *verdad* de sí.

Al encontrar sólo en sí mismo, sin vínculo con el ser otro, su ser para sí, no se va a esforzar por alcanzarlo y realizarlo en sí mismo; ya no es necesario, ha llegado a serlo y punto; pero entonces va a permanecer como algo siempre idéntico a sí, estático, anulando precisamente lo que es el deseo humano: acto de trascender lo dado que le es dado y que es él mismo, o, ser lo que no es y no ser lo que es.

Para el amo el ser para sí se llega a tener finalmente como algo dado, su posición de dominio es un valor dado supremo que no puede superar, trascender o suprimir; y su acción (consumir lo producido por la conciencia servil) es tal que no se rebasa ni se trasciende a sí mismo.

Por dos situaciones fundamentales el esclavo se libera de la subordinación al ser natural y al amo: el *trabajo* y la *angustia de la muerte*.

Kojève sostiene que el esclavo ha experimentado en sí mismo la negatividad pura: ha sido el temor a morir en la lucha lo que lo ha llevado a aceptarse como conciencia servil; ha temido morir por causa del amo, pero este temor por perder su ser, la angustia de la muerte, le hace comprender que la existencia humana, a diferencia de las cosas, no se agota en alguna condición fija, estable y dada.

Comprende que ser amo y ser esclavo no es una condición dada y permanente, sino algo inestable y producto de la acción del deseo (humano).

Comprende que la autonomía reconocida en el amo y no en sí mismo no es algo estable y fijo, al igual que su propia condición de conciencia servil. Y al encontrar la autonomía fuera de sí, en el amo, va a querer realizarla en su ser, suprimiendo su condición servil.

El esclavo está dispuesto al cambio, a suprimir su ser dado, pero como supresión dialéctica, destruyendo y conservando el ser natural mediante el trabajo para el amo. Así, reconocerá su acción en una realidad externa a él (sus productos): realidad objetiva que siempre estará cambiando junto con él mismo.

El esclavo se reconoce entonces como acto de trascender lo dado que le es dado y que él mismo es: condición esencial para dejar de ser conciencia servil.

Esta comprensión la tiene por la angustia de la muerte y por lo propio de su acto: el trabajo. ¿Qué diferencia al trabajo del acto del amo como pura destrucción que nada conserva? Kojève afirma lo siguiente: "*El trabajo es al contrario un Deseo rechazado, una evanescencia detenida; o en otros términos, forma y educa. El trabajo transforma el Mundo y civiliza, educa al Hombre. El Hombre que quiere –o*

debe- trabajar, debe rechazar su instinto que lo empuja a "consumir" "inmediatamente" el objeto "bruto" (18).

El Amo satisface su deseo de manera inmediata, no encuentra *resistencia* para su deseo. No tiene que trabajar para *formar* el ser natural (realidad dada) en cosa fabricada (realidad humana), esto último lo hace el esclavo. Su acto es evanescente, desaparece, sin alteridad en la que pudiera reconocerse para sí. Su ser para sí sólo lo encuentra en él mismo, tiene la certeza inmediata de él, pero no lo encuentra en la realidad objetiva: en los productos de su acto o en otro deseo (a quien se lo ha negado).

Y al encontrar sólo en sí mismo el ser para sí el amo no se esforzará por realizarlo, él ya lo es, lo tiene como algo dado.

El esclavo, en cambio, se *esfuerza* por alcanzar lo que no es. El trabajar para el amo le enseña a no satisfacer inmediatamente su deseo: no consume de inmediato lo que produce, esto lo hace el amo, y por ello su acto (el trabajo) es deseo rechazado o evanescencia detenida, es decir, que al negar y transformar el ser natural en cosa fabricada (producto) no consume a esta última de inmediato, la prepara para un consumo que ni siquiera será el suyo.

El esclavo aprende a transformar, o formar y preparar algo para consumirlo no en el momento presente, sino más tarde.

Y esto es un proceso *formativo*, de transformación no sólo del ser natural que queda así humanizado –haciendo posible que el esclavo transforme lo otro, lo natural y dado, en algo propio y humano en lo que acabará reconociéndose: el producto de su acción, el mundo humano, será su propio reflejo-, sino también de transformación de sí mismo.

Notas

* La traducción de los textos en lengua francesa es mía

(1) Kojève, A., **Introduction à la lecture de Hegel**, Gallimard, France, 1997, Col. Tel 45, p. 11:

"Mais si le Désir animal est la condition nécessaire de la Conscience de soi, il n'en est pas la condition suffisante. A lui seul, ce Désir ne constitue que le Sentiment de soi".

(2) **Ibid.**, p.12:

"L'être qui mange, par exemple, crée et maintient sa propre réalité par la suppression de la réalité autre que la sienne, par l'assimilation, l'intériorisation d'une réalité étrangère, extérieure".

(3) Bataille, G., *Théorie de la religion*, **Oeuvres Complètes**, Gallimard, NRF, t. VII, Paris, 1992, pp. 291-292:

*"L'immanence de l'animal par rapport à son milieu est donnée dans une situation précise, dont l'importance est fondamentale. Je n'en parlerai pas à tout instant, mais ne pourrai la perdre de vue (...) **cette situation est donnée lorsqu'un animal en mange un autre.***

*Ce qui est donnée lorsqu'un animal mange un autre est toujours le **semblable** de celui qui mange: c'est en ce sens que je parle d'immanence.*

*Il ne s'agit pas d'un **semblable** connu pour tel, mais il n'y a pas transcendance de l'animal mangeur à l'animal mangé: il y a sans doute une différence, mais cet*

animal qui mange l'autre ne peut s'opposer à lui dans l'affirmation de cette différence.

*Des animaux d'une espèce donnée ne se mangent les uns les autres... Il est vrai, mais il n'importe si l'autour mangeant la poule ne la distingue pas de lui-même, de la même façon que nous distinguons de nous-mêmes un objet. La distinction demande une **position** de l'objet comme tel. Il n'existe pas de différence **saisissable** si l'objet n'a pas été posé. L'animal qu'un autre animal mange n'est pas encore donnée comme objet. Il n'y a pas, de l'animal mangé à celui qui mange, un rapport de **subordination** comme celui qui lie un objet, une chose, à l'homme, qui refuse, lui, d'être envisagé comme une chose (...)*

*Qu'un animal en mange un autre ne modifie guère une situation fondamentale: tout animal est **dans le monde comme de l'eau à l'intérieur de l'eau**".*

- (4) Hyppolite, Jean, **Génénesis y estructura de la Fenomenología del Espíritu de Hegel**, Ediciones Península, Barcelona, 1991, col. Historia/ciencia/sociedad 105, p. 145
- (5) **Ibid.**, p.148
- (6) Bataille, G., **op. cit.**, p.299:

"La position de l'objet clairement et distinctement connu du dehors définit généralement une sphère des objets, un monde, un plan sur lequel il est possible de situer clairement et distinctement, du moins en apparence, ce qui, en principe, ne peut être connu de la même façon (...)

Cela veut dire en d'autres termes que nous ne nous connaissons distinctement et clairement que le jour où nous nous apercevons du dehors encore comme un

autre. Encore est-ce à la condition où nous ayons d'abord distingué l'autre sur le plan où les choses fabriquées nous sont apparues distinctement".

(7) Bataille, G., **Ibid**, p.294:

*"L'animal ouvre devant moi une profondeur qui m'attire et qui m'est familière. Cette profondeur, en un sens, je la connais: c'est la mienne. Elle est aussi ce qui m'est le plus lointanement dérobé, ce qui mérite ce nom de profondeur qui veut dire avec précision **ce qui m'échappe** (...)*

Je ne sais quoi de doux, de secret et de douloureux prolonge dans ces ténèbres animales l'intimité de la leur qui veille en nous. Tout ce qu'à la fin je puis maintenir est qu'une telle vue, qui me plonge dans la nuit et m'éblouit, m'approche du moment où, je n'en douterai plus, le distincte clarté de la conscience m'éloignera le plus, finalement, de cette vérité inconnaissable qui, de moi-même au monde, m'apparaît pour se dérober".

(8) **Ibid.**, p. 298:

"(...) j'ai mis sur le même plan l'outil et l'objet fabriqué (...) l'outil est dès l'abord un objet fabriqué et, réciproquement (...) un objet fabriqué est en un certain sens un outil".

(9) Kojève, A., **op. cit.**, p. 12:

"Pour qu'il y ait Conscience de soi, il faut donc que le Désir porte sur un objet non-naturel, sur quelque chose qui dépasse la réalité donnée. Or, la seule chose qui dépasse ce réel donnée est le Désir lui-même"

(10) **Ibid**:

"(...) étant la présence de l'absence d'une réalité, est essentiellement autre chose que la chose désirée, autre chose qu'une chose, qu'un être réel ou statique et donné, se maintenant éternellement dans l'identité avec soi-même".

(11) **Ibid.**, p. 13:

"(...) est l'acte de transcender le donné qui lui est donné et qu'il est lui-même".

(12) Bataille, G., **op. cit.**, p. 297:

"La position de l'objet, qui n'est pas donnée dans l'animalité, l'est dans l'emploi humain des outils (...) C'est dans la mesure où les outils sont élaborés en vue de leur fin que la conscience les pose comme des objets, comme des interruptions dans la continuité indistincte (...)

*L'outil introduit l'extériorité dans un monde où le sujet **participe** des éléments qu'il distingue, où il **participe** du monde et y demeure "comme de l'eau est dans l'eau". L'élément auquel le sujet participe – le monde, un animal, une plante – ne lui est pas subordonné (de même, immédiatement, le sujet ne peut être subordonné à l'élément auquel il participe). Mais l'outil est subordonné à l'homme qui l'emploie, qui peut le modifier à son gré, en vue d'un résultat déterminé".*

(13) Bataille, G., **op. cit.**, p. 298:

"L'objet (...) a un sens qui rompt la continuité indistincte, qui s'oppose à l'immanence ou à l'écoulement de tout ce qui est (...) Il est rigoureusement étranger au sujet, au moi encore noyé dans l'immanence. Il est la propriété et la chose du sujet, mais n'en est pas moins impénétrable par lui".

(14) **Ibid.**, p. 299:

"(...) nous ne nous connaissons distinctement et clairement que le jour où nous nous apercevons du dehors comme un autre. Encore est-ce à la condition que nous ayons d'abord distingué l'autre sur le plan où les choses fabriquées nous sont apparues distinctement".

(15) Kojève, A., **op. cit.**, p. 13:

"(...) acte de transcender le donné qui lui est donné et qu'il est lui-même".

(16) **Ibid.**, p. 19. Subrayado mío:

*"Au premier abord, tant qu'il n'est pas encore effectivement reconnu par l'autre, c'est cet autre qui est le but de son action, c'est de cet autre, c'est de la reconnaissance par cet autre que dépendent sa valeur et sa réalité humaines, c'est dans cet autre que se condense le sens de sa vie. **Il est donc "en dehors de soi"**. Mais ce sont sa propre valeur et sa propre réalité qui lui importent, et il veut les avoir en lui-même. **Il doit donc supprimer son "être-autre"**".*

(17) **Ibid.**, p. 29:

"Le Maître, qui ne travaille pas, ne produit rien de stable en dehors de soi. Il détruit seulement les produits du travail de l'Esclave. Sa jouissance et sa satisfaction restent ainsi purement subjectives: elles n'intéressent que lui et ne peuvent donc être reconnues que par lui; elles n'ont pas de "vérité", de réalité objective révélée à tous".

(18) **Ibid.**:

"Le travail est par contre un Désir refoulé, un évanouissement arrêté; ou en d'autres termes, il forme-et-éduque. Le travail trans-forme le Monde et civilise, éduque l'Homme. L'homme qui veut – ou doit – travailler, doit refouler son instinct qui lui pousse à "consommer" "immédiatement" l'objet "brut".

3. Articulación de la existencia humana en el proyecto discursivo

En los años 1953 y 1954 Bataille escribió **La souveraineté**, en donde retoma una idea que ha trabajado desde antes en otras obras (como **Théorie de la religion**); se trata de la idea de la servidumbre humana, de la existencia humana articulada en el proyecto cuya consecuencia es la primacía del porvenir sobre el presente.

Se ha visto cómo se constituye la realidad subjetiva humana, la conciencia, distinguiendo al deseo humano del deseo animal. La realidad subjetiva humana busca reconocerse en el ser, en la realidad, y así se relaciona consigo misma a través de la mediación y no de manera inmediata. Esta mediación es la supresión dialéctica de lo otro: suprimir al ser dado, natural, y transformarlo en producto humano (cosa fabricada) u objeto –para un sujeto que se reconoce en él.

Este objeto es el medio o instrumento por el cual la realidad humana abandona el instante o el tiempo actual y se proyecta hacia un tiempo futuro, en espera de realizarse o de llegar a ser verdaderamente en ese porvenir- por lo que *no es lo que es, sino lo que no es*.

La realidad humana no es lo que es, sino lo que será. Esta espera de sí, de ser sí misma, le impide ser en el instante, en otras palabras, impide su soberanía pues la servidumbre consiste en negar el tiempo actual en provecho del porvenir: negación dialéctica que no es otra cosa que el trabajo.

Y el saber también es trabajo. Así lo explica Kojève en *L'idée de la mort dans la philosophie de Hegel* y en *La dialectique du réel et la méthode phénoménologique chez Hegel*, en donde el saber o pensamiento discursivo es el esfuerzo del entendimiento: trabajo.

Esto lo retoma Bataille en sus ensayos: *Hegel, la mort et le sacrifice* y *Hegel, l'homme et l'histoire* – y, por supuesto, en **La souveraineté**.

El siguiente capítulo explicará de qué manera la realidad humana, para Bataille, es servil (no soberana) al articularse en el proyecto discursivo que es el pensamiento. Si bien para Hegel el esclavo se libera de la servidumbre por medio del trabajo, que representa la libertad para el hombre, Bataille sostiene que el trabajo o la negación dialéctica representa la servidumbre de la existencia humana. Una verdadera liberación de esta existencia servil sólo es posible por una negación no dialéctica, la negatividad sin empleo, camino para la soberanía humana.

3.1. Servidumbre humana

La inmanencia o inmediatez es la animalidad. El animal está en un estado de inmanencia en relación con su medio. No hay trascendencia del animal al medio que lo rodea pues no pone a este medio como un objeto, si lo hiciera se constituiría como una conciencia que se distingue a sí misma de este medio, es decir, sería sujeto.

La relación de inmanencia del animal con su medio se manifiesta en la depredación. No hay en el animal un poder de trascenderse, de romper el vínculo inmediato con su entorno para así distinguirse de éste y transformarlo en lo otro, en objeto. Cuando un animal come a otro no lo pone como objeto distinguiéndolo de sí mismo, sólo obedece a un movimiento ininterrumpido similar al fluir del agua en el seno de las aguas.

Bataille afirma lo siguiente: "*Nada está dado para el animal a lo largo del tiempo. Es en la medida en que somos humanos que el objeto existe en el tiempo en donde su duración es aprehensible. El animal comido por otro está dado al contrario más acá de la duración, es consumido, destruido, y esto no es más que una desaparición en un mundo en donde nada está puesto fuera del tiempo actual*" (1).

Para entender estas palabras es necesario volver al capítulo anterior, en donde se habló de la cosa fabricada (objeto) y la conciencia de sí.

El animal consume de manera inmediata a su presa, y como consecuencia el devorador no se distingue a sí mismo del devorado. Se mantiene una continuidad entre los dos, que se encuentran en una realidad indiferenciada o ser *continuum*.

Con el deseo humano no sucede lo mismo. Se trata de una acción o negación (dialéctica) que a la vez suprime y conserva lo deseado; lo suprime como ser natural dado de manera inmediata y lo transforma en algo distinto, en cosa fabricada u objeto. No hay entonces un consumo inmediato de lo deseado, la satisfacción queda demorada para un momento futuro, con lo cual la destrucción de lo deseado no se agota en ese instante que es el tiempo actual; al contrario, la acción que destruye y conserva crea algo nuevo, la cosa fabricada, un instrumento o un *medio* orientado

hacia un *fin* y una realización que tendrán lugar más allá del instante actual, en un tiempo futuro.

Así, la existencia humana orienta su propia realización hacia un tiempo más allá del instante actual. En **La souveraineté** se encuentra lo siguiente: *"El hombre deviene en la actividad eficaz el equivalente de un útil, que él produce, es semejante a la cosa que es el útil, que también es un producto. Estos hechos tienen un alcance bien definido: el sentido del útil está dado en el porvenir, por lo que el útil producirá, en la utilización futura del producto; lo mismo que el útil, quien sirve –quien trabaja- tiene el valor de eso que será más tarde, no de eso que es"* (2).

Esto significa que la realidad humana no tiene valor en el instante actual, no vale por lo que es, pues dicho valor estará en función de lo que será en un tiempo futuro.

En el caso del animal la satisfacción inmediata del deseo, o consumo inmediato del ser natural, no permite que esa realidad subjetiva (animal) se distinga plenamente a sí misma de ese ser natural que la anega y del cual no sale por completo. La negación o destrucción de lo deseado, precisamente por ese consumo inmediato, se agota en el instante sin dejar una alteridad que, producto de esta negación, represente un medio que pueda orientar a esta existencia (animal) hacia un tiempo futuro.

Una alteridad semejante, ahora ya producto de una realidad subjetiva que niega lo deseado conservándolo, sería precisamente el objeto. Éste es lo que permanece luego de la destrucción del ser natural; y así: *"(...) el objeto existe en el tiempo en donde su duración es aprehensible"*.

Al negar y mantener lo negado, sin suprimirlo por completo, la realidad subjetiva (humana) que es el origen de esta negación rompe el vínculo inmediato con el ser natural que anteriormente la mantenía perdida en el ser *continuum* e indiferenciado.

La realidad subjetiva (humana) suprime algo (el ser natural) y lo conserva en otra forma distinta del mero ser natural. Y entonces algo permanece, no se agota en el mismo instante en que la acción negadora tiene lugar: es la cosa fabricada, el útil u objeto, que finalmente se va a interponer entre la realidad subjetiva que lo creó y el ser natural en el que el animal se encuentra como el agua dentro del agua.

Esta nueva realidad subjetiva, la humana, implica la supresión de la anterior, la animal; y a esto se refiere Kojève, a quien Bataille sigue de cerca, en la conferencia *L'idée de la mort dans la philosophie de Hegel*, al citar al propio Hegel: "*El animal muere, pero la muerte del animal es el devenir de la conciencia*" (3).

Al ser suprimida la realidad subjetiva animal, en vínculo inmediato con el ser natural, deviene esa otra realidad subjetiva que es la conciencia, que ha roto ese vínculo produciendo la cosa fabricada, el objeto, que le permite a ella constituirse como algo propio y distinto del mero ser natural, de la animalidad.

El vínculo inmediato se rompe porque la conciencia ha interpuesto al objeto entre ella, como realidad subjetiva que es, y el ser natural. La inmediatez cede su lugar a la mediación: la realidad subjetiva humana se relaciona con el medio entorno mediante la cosa fabricada, producto de una acción permanente por la cual el ser natural deja de serlo y es transformado en una realidad humana.

La realidad subjetiva se produce a sí misma al producir la alteridad en la que ella puede verse reflejada, en esa realidad objetiva que es su propio reflejo: la realidad humana.

Esta realidad subjetiva (humana) realiza una acción (suprimir y conservar) que hace de ella una existencia que no se agota o consume en el instante o tiempo actual. Al contrario, se trata de una existencia que, al crear la cosa fabricada o el instrumento, evita consumirse por completo en el instante y se orienta hacia otro momento o tiempo futuro; y esto es posible por la misma herramienta que ha creado, ese medio que la enfoca hacia un fin dentro de un proceso permanente en donde, al parecer, nunca hay un fin último, pues todo fin una vez alcanzado pasa a ser un medio para otro nuevo fin, y así sucesivamente.

El útil o la cosa fabricada no tienen valor en sí mismos, sino sólo en relación con el resultado esperado. Y no sólo el útil queda subordinado a este fin, también quien lo emplea se subordina a él.

Subordinación permanente, pues todo fin será pronto un medio para un nuevo fin, y así sucesivamente: *"El fin del empleo de un útil tiene siempre el mismo sentido que el empleo del útil: una utilidad le es asignada a su vez (...) El palo excava el suelo **para** asegura el crecimiento de una planta, la planta es cultivada **para** ser comida, es comida **para** mantener la vida de quien la cultiva..." (4); y quien la cultiva es un medio **para**, mediante el palo, excavar el suelo, que a su vez sirve **para** cultivar la planta, la cual alimentará a quien la cultiva, que a su vez excavará el suelo, etc.*

Así, la realidad humana existe en función de un fin lejano, siempre más allá de ella, y su realización se mantiene en el proyecto. Permanece inalcanzable para sí misma, más allá del aquí y ahora, siempre orientada hacia un tiempo futuro.

De esta manera, por el trabajo, se ve a sí misma prolongada de manera aparentemente interminable. No se consume toda entera en un aquí y ahora, lo cual representaría su muerte por no haber ya un tiempo futuro por el que siguiera prolongándose indefinidamente.

Al no realizarse de forma inmediata, en el aquí y ahora, se verá prolongada a lo largo del tiempo, siempre en espera de sí; espera que, al parecer, nunca termina porque esta realidad humana, como proyecto, no dejar de estar más allá de sí, subordinada a algo que todavía no es, a un fin y un tiempo futuros.

"El animal muere. Pero la muerte del animal es el devenir de la conciencia". Estas palabras de Hegel son explicadas por Kojève de la siguiente manera: el animal está limitado a una vida natural, no puede ir más allá de su existencia empírica, de un aquí y ahora (o inmediatez) del que no sale. Si saliera de él moriría. Nada hay para el animal más allá del tiempo actual.

Pero con el hombre esto es distinto. Niega su existencia inmediata, el estar fijo en un aquí y ahora, la rebasa sin morir; permanece vivo porque su negación suprime y conserva, crea: niega su existencia empírica natural y muere como animal, pero crea una obra, un mundo humano en el que se mantiene. Se trata de una negación, destrucción o muerte que da vida. Muerte o negatividad que no desemboca en nada pura, pues se manifiesta como algo: obra o producto.

El hombre niega principalmente su animalidad, es decir, el hecho de encontrarse en la vida como una ser dado, no creado por él mismo. Y al negar la animalidad que es su soporte se niega a sí mismo, se destruye; aunque suprimiéndose como animal, ser dado atado al aquí y ahora, se conserva en esa obra o mundo que es su producto.

Obra o mundo que ya no es ser dado, sino el ser que el humano se da a sí mismo. La realidad humana se hace a sí misma desvinculándose del lazo que la ata al ser natural, niega a este último y lo transforma en otra cosa, en un mundo humano en el que va a reconocerse. Pero esta separación del ser natural o supresión de la animalidad trae consigo la conciencia de la muerte.

A esto último se refiere Bataille con las siguientes palabras: *"Es la posición como tal del ser separado del hombre, es su aislamiento en la Naturaleza, y, en consecuencia, su aislamiento en medio de sus semejantes (...) No negando nada el animal, perdido sin oponerse a ello en la animalidad global, como la animalidad está ella misma perdida en la Naturaleza (y en la totalidad de eso que es) no desaparece verdaderamente"* (5).

Al separarse de la totalidad de eso que es, del ser natural dentro del cual el animal permanece como el agua dentro del agua, el hombre tendrá conciencia de la muerte, de su desaparición, pues ha hecho de sí un ser distinto, único, diferente, separado del medio entorno, y como tal una existencia particular con límites, esto es, finita (separada de la totalidad, ilimitada e infinita).

Reconociéndose como acción negadora permanente el hombre, o el Ser como Espíritu, se sabe finito. Niega su soporte animal y construye una obra o producto humano para reconocerse en él. Pero esta obra una vez realizada implica un fin o acabamiento, y es por ella que la realidad humana se sabe finita: ella es eso que hace de sí misma, ese producto suyo en el que se reconoce y se afirma. Y reconociéndose a sí misma en eso otro, en la realidad objetiva, el hombre llega a su fin realizándose plenamente.

Ahora bien, aparentemente este fin no es último. El hombre no deja de ser acción negadora: la realidad objetiva o producto reflejo de su existencia humana acabada, será a su vez negado, suprimido y transformado en otro nuevo producto, y así sucesivamente.

Al negar lo creado, esa realidad objetiva en la que se reconoce, el hombre se suprime o destruye a sí mismo, es él quien se da la muerte, una muerte voluntaria. Pero es una muerte o destrucción que da vida, pues una nueva obra seguirá a la anterior una y otra vez.

El hombre se refleja a sí mismo en su obra o producto y busca permanecer en éste, por ello aunque lo destruya o lo niegue dicha destrucción o muerte traerá consigo un nuevo producto. Así, la realidad humana se proyecta más allá del instante actual: se refleja en un producto que es un útil, es decir, un *medio* que la arranca del aquí y ahora proyectándola hacia un tiempo futuro.

Por ello esta existencia se articula en el mundo de la *duración*, permanece en el tiempo, intentando evitar la muerte –la cual representa para ella una amenaza.

Puede retomarse el ejemplo anterior: un hombre enfrenta al ser dado natural, un conjunto de arbustos. Este ser no es algo puesto por él, no es producto de su acción, de manera que no se reconoce en él. Pero lo niega, lo destruye; suprime ese ser dado a la vez que lo conserva transformándolo en un objeto o útil: un arado hecho de la madera de los arbustos. Un instrumento o producto suyo en el que puede reconocerse, pues ahora tendrá frente a sí una realidad humana y no un mero ser dado natural.

El *fin* era crear el arado destruyendo los arbustos. Pero este fin no es un fin último, es un *medio* para un nuevo *fin*: roturar la tierra. Y este nuevo fin tampoco es el último, es otro medio para un nuevo fin: sembrar plantas. Fin que tampoco será el último, sino un nuevo medio para otro fin: alimentarse con las plantas. Alimentarse tampoco es el último fin de este hombre, sino un medio para roturar de nuevo el suelo, que es un medio para sembrar, a su vez para alimentarse, con el fin de volver a roturar, sembrar, y así continuando con una operación servil, indefinidamente retomada e indefinidamente repetida.

Así, la existencia de este hombre que somos se ve proyectada siempre hacia un tiempo futuro y por lo tanto prolongado a lo largo del tiempo, intentando evitar la muerte. Un fin último, por el cual ella ya no pudiera proyectarse hacia un más allá, representaría la verdadera muerte. Ya no una muerte que da vida, sino el verdadero fin, sin más allá.

Por ello, para Bataille, la negación dialéctica es una negatividad útil frente a la cual hay otra: una negatividad sin empleo o parte maldita inaceptable para el *homo faber* (ser industrial, comprometido con el trabajo) y *cogitat* (ser pensante,

comprometido con la razón), una destrucción sin utilidad por la que la realidad humana se consume independientemente de la utilidad de este consumo.

La existencia que niega dialécticamente, que suprime y conserva transformando lo destruido en un producto nuevo, esta existencia no se agota, no se consume en el acto negador; al contrario, se proyecta hacia un tiempo futuro, rebasa el instante actual, ese tiempo presente o aquí y ahora en el que el acto tuvo lugar.

Así, la existencia humana permanece siempre en espera de sí. Se esfuerza permanentemente por alcanzarse a sí misma. ¿Cómo? Trabajando: empleando el tiempo presente en provecho del porvenir, subordinando el instante presente a un resultado esperado, calculado con anterioridad.

Esto es para Bataille la *servidumbre humana*, la interminable espera de sí que en realidad no logra evitar el miedo a la muerte, pues en la medida en que la existencia humana se encuentra siempre en espera de sí la muerte no deja de ser esa posibilidad que podría impedir al hombre su propia realización.

Permanente espera de sí que impide al hombre realizarse en un aquí y ahora total, en el instante actual, pues al articularse en el mundo de la duración, en el proyecto, queda subordinada siempre a un fin que no se lo permite.

3.2. El hombre: un extraño para sí mismo

¿Qué significa para el hombre la muerte del animal y el consecuente devenir de la conciencia? Romper el vínculo con la inmensidad inmanente dentro de la cual no hay ni separaciones ni límites, esa vida en la que el animal se encuentra como el agua dentro del agua.

Pero el hombre no deja de ser esa inmensidad inmanente, y por eso es consciente de una dualidad que consiste en entenderse a sí mismo como una existencia subordinada por haberse articulado en el mundo de la duración; pero al mismo tiempo, por pertenecer a esa inmensidad inmanente o ser *continuum* sin separaciones ni límites, el hombre se vuelve un extraño para sí mismo. Comprende que no es sólo esa existencia siempre en espera de sí, desvinculada de la totalidad de la vida.

El hombre ha roto el vínculo con una parte esencial de sí mismo desde el momento en que articula su existencia en el mundo de la duración: al negar al ser natural o la animalidad, su vínculo con la inmensidad inmanente, instrumentaliza a este ser natural transformándolo en objeto o útil, separa su existencia no sólo del resto de los seres (plantas, animales, etc.) sino de sí mismo.

Se aleja de sí mismo en tanto que existencia vinculada con la totalidad de la vida: se instrumentaliza y por lo tanto hace de su vida un objeto al que sólo puede *mirar desde fuera*, y por esto se vuelve un extraño para sí mismo —aunque no deja de cuestionarse si realmente él es sólo ese objeto, esa *cosa externa* para sí mismo.

Permaneciendo como un *medio* en busca de alcanzarse o realizarse, sin lograrlo nunca en el aquí y ahora, el hombre se vuelve un extraño para sí mismo, pues siempre es en función de un *fin* lejano: "*En la medida en que él es esa inmensidad inmanente, en que es el ser, en que es del mundo, el hombre es un extraño para sí mismo*" (6).

La realidad humana no se articula por completo en el mundo de la duración, se resiste a ello. Algo en ella no se subordina a la negación útil o dialéctica. Se resiste a ser puesta como objeto. Se trata de la inmensidad inmanente que coexiste, en el hombre mismo, con su propia existencia subordinada en el mundo de la duración.

Esta inmensidad que es la propia realidad humana le exige actuar de una forma diferente, actuar soberanamente: actuar sin que su acto sea el medio para un fin, actuar sin motivo o justificación en un bien último. Así, deja de vivir subordinándose a algo externo a ella y se afirma soberanamente en el aquí y ahora. Se consume toda entera en el instante actual, despreocupada del porvenir y de la duración. Llega a ser para sí sin demora y sin reserva, de manera inmediata, indiferente a la duración.

3.3. El saber como trabajo y totalidad.

Antes de responder a la pregunta de por qué el saber o el conocimiento es un trabajo, es necesario entender que el saber es un discurso.

En *L'idée de la mort dans la philosophie de Hegel* Kojève afirma lo siguiente: "La filosofía debe describir la **totalidad** de eso que **es** y existe. Ahora bien, esta totalidad implica de hecho el Discurso, y en particular el discurso filosófico. El filósofo tiene que ver no solamente con el Ser-estático-dado (...) o la **Sustancia** que son el objeto del discurso, sino también con el **Sujeto** del Discurso y de la filosofía: no le basta con hablar del Ser que le es dado; debe todavía hablar de sí mismo y explicarse a sí mismo en tanto que hablante del Ser y de sí" (7).

Después de citar unas palabras de Hegel en su Prefacio a la **Fenomenología...**, en donde el filósofo alemán dice: "(...) todo depende de que se exprese y comprenda lo Verdadero no solamente como **sustancia**, sino también como **sujeto**", Kojève explica que la filosofía no es solamente una *descripción verdadera* sino también una *descripción de lo verdadero*.

La filosofía no es sólo la revelación correcta y completa del Ser (descripción verdadera), del ser estático y dado, la sustancia o el ser dado y natural, sino que también es la descripción de esa revelación del Ser (descripción de lo verdadero). En el segundo caso el Ser se realiza íntegramente como Espíritu o realidad humana: sujeto o saber de sí.

La revelación del Ser es entonces una *descripción*, es lenguaje o discurso. Y también la descripción de esta revelación es discurso coherente o *logos*.

La filosofía da razón, por medio del discurso, del ser dado o de la sustancia; pero al mismo tiempo da razón, también por el discurso, de ese ser que revela al ser dado y que es el sujeto.

Tanto la sustancia como el sujeto son la totalidad de eso que es, por lo que la filosofía: "(...) *debe explicar cómo y por qué el Ser se realiza no solamente en tanto que Naturaleza o Mundo natural, sino también como Hombre y Mundo Histórico*" (8).

Tanto el mundo natural (sustancia) como el mundo humano o histórico (sujeto) se realizan y revelan por el *logos* o discurso coherente.

El sólo describir el ser dado y natural se lleva a cabo por la acción humana que es el lenguaje, y como tal es negación, es decir, destrucción. Acto que suprime y conserva: transformación del ser dado, del mundo natural, en mundo humano (por ejemplo, ciencia natural).

Lo que en un principio se presenta sólo como *sustancia*, una realidad que el hombre como conciencia o razón simplemente observa y describe dando cuenta de ella (razón observante, según Hegel), se revelará pronto como *sujeto*, pues la misma conciencia o razón que observa y describe, por el mismo hecho de describir y dar cuenta de esa realidad dada mediante el lenguaje, se descubre y reconoce a sí misma en el objeto de su descripción (la razón reconoce que no es sólo observadora, sino también razón activa: revelar al ser dado es ya actuar sobre él).

¿Cómo es la acción negadora del lenguaje? Kojève se refiere a ella al explicar lo que para Hegel es la fuerza y el trabajo del entendimiento (o pensamiento).

A propósito del *logos* o discurso coherente en relación con el entendimiento Kojève dice: "Observando este discurso, Hegel constata que se trata no de un dato pasivo, sino del resultado de una "actividad" que puede ser llamada un "trabajo" y que exige una gran fuerza, proporcionada por lo que él llama el "Entendimiento" (...) "Entendimiento" significa aquí eso que hay de verdadera y específicamente humano en el Hombre, porque es la facultad del discurso, que lo distingue del animal y de la cosa" (9).

Y Bataille: "Para Hegel, es al mismo tiempo fundamental y por completo digno de asombro que el entendimiento del hombre (es decir el lenguaje, el discurso) haya tenido la fuerza (se trata de una potencia incomparable) de **separar** de la Totalidad sus elementos constitutivos" (10).

El entendimiento o el pensamiento son discursivos. La totalidad de lo real no puede ser revelada por el hombre de manera instantánea; sino que el pensamiento, como discurso, revela uno a uno los elementos constitutivos de la totalidad separándolos de esta misma –elementos al parecer inseparables del todo, ligados entre sí por lazos espaciales, temporales y materiales indisolubles, pero que el entendimiento como fuerza de abstracción si logra separar.

Cuando el pensamiento discursivo describe un objeto lo separa y aísla del resto del universo: la mesa ocupa un lugar en el mundo real y es inseparable de su entorno (el suelo, la silla, el librero, la puerta, el techo); pero el hombre puede aislarla por el pensamiento y hasta colocarla en un entorno distinto (en un jardín, junto al árbol, etc.). Las cosas tal y como están en el mundo real dado no pueden oponerle resistencia a esta fuerza del pensamiento que consiste en separarlas y reordenarlas de manera distinta. Por eso es una potencia absoluta. Una potencia no meramente

ficticia, pues separando y volviendo a disponer las cosas de otro modo el hombre lleva a cabo efectivamente sus proyectos técnicos que, realizados por el trabajo, transforman realmente el aspecto del mundo natural tal y como está dado y crean el mundo humano.

Al nombrar y describir una entidad el pensamiento discursivo crea el *concepto*: la misma entidad pero desligada de su aquí y ahora dado, en el que se encontraba originalmente. El acto de nombrar es un acto de supresión: suprime la existencia de la cosa en su singularidad. El nombre suprime esta mesa que está aquí, pero la conserva en otro plan: el del discurso, en donde la mesa va a existir como *sentido* o *concepto*.

Suprimiendo la cosa en su singularidad la palabra la reafirma en el nivel universal del concepto: el concepto *mesa* no difiere de la mesa real, con la que se relaciona, pero esta última existe aquí y ahora, en este espacio y tiempo precisos que constituyen su singularidad, mientras que su concepto está en todas partes, no está sujeto a un aquí y ahora determinados.

Ahora, el concepto no existe fuera del mundo real (en un mundo suprasensible), pues existe en el discurso mismo y además es comprendido por un hombre concreto. La potencia absoluta del pensamiento separa la esencia de su soporte material natural: por ejemplo, la esencia "mesa" es separada de esta mesa que está frente a la silla, junto al librero, etc., pero esta esencia deviene sentido o idea de un discurso pronunciado o escrito en el seno del mundo, en la realidad efectiva, con la suficiente fuerza para transformar a esta última.

Así, el pensamiento discursivo es un *trabajo*: es una potencia absoluta que *separa* la esencia de su soporte material natural, de la realidad en la que originalmente se encuentra, integrándola en una nueva realidad producida por esta potencia.

Esta nueva realidad efectiva y concreta es el discurso coherente y es un *saber*. De manera que el saber es un *saber hacer*: un trabajo.

Para Kojève: "(...) la **separación** de la "esencia" de su soporte **natural** no es un elemento que tenga lugar espontáneamente en el seno de la Naturaleza, sino el resultado de una "actividad" del Entendimiento, o de un "trabajo" que exige una "fuerza" dotada de una "Potencia absoluta" (11).

Por eso el saber es un trabajo: la totalidad de lo que es y existe sólo puede ser revelada por el entendimiento o pensamiento discursivo, y éste es una potencia absoluta que separa de la realidad dada los elementos que la constituyen para crear otra nueva realidad efectiva que es el discurso, el saber. Lo que era meramente una realidad dada, la sustancia, es transformada en realidad revelada por el pensamiento o discurso: en un mundo humano, en sujeto o Espíritu —el sólo acto de describir el ser dado y natural con el fin de revelarlo tal y como es, es ya producir un discurso, un saber, y por lo tanto una nueva realidad que anteriormente no existía, ya no la mera realidad dada sino una realidad producto del entendimiento. La revelación misma del ser dado y natural, de la sustancia, es ya el acto de la potencia absoluta del pensamiento; y así, en dicha revelación, el sujeto reconoce su trabajo, su obra, en otras palabras, se reconoce a sí mismo como sujeto.

Por medio de esta potencia absoluta o acción negadora (entendimiento, pensamiento o discurso) el hombre se separa del mundo natural (en donde el animal

está como el agua dentro del agua) y se opone a él, constituyéndose como una realidad (humana) esencialmente distinta del resto de las existencias empíricas puramente naturales –proceso por el cual el Ser deviene Espíritu: producción de sí mismo y saber de sí.

El hombre se constituye como ser separado, aislado y libre, no determinado por el ser natural y por lo tanto como productor de sí mismo:

Dotado de una "potencia absoluta", que deviene en él una "fuerza" efectiva "digna de asombro", el Hombre produce en la "actividad", o el "trabajo" racional, o penetrado por el "Entendimiento", un mundo real contra-natura, creado por su "libertad separada" (...): el Mundo técnico o cultural, social o histórico (...). No es más que comprendiendo al Hombre como Negatividad que se le comprende en su especificidad (...) haciendo de él un Yo que piensa y habla, o que "separa" la esencia de su "conexión" natural o dada con la existencia" (12).

Por medio de esta potencia absoluta el hombre separa su esencia del soporte material natural en el que está originalmente, la animalidad o lo inmediato del aquí y ahora; y así, separada de este soporte la esencia del hombre, lo que es, adquiere existencia empírica en el discurso.

El hombre articula entonces su existencia en un *proyecto discursivo*: lo que es dejará de ser algo dado en un aquí y ahora, pues la fuerza del entendimiento lo saca de esa realidad dada e inmediata del mundo natural para integrarlo en el discurso en donde va a existir como proyecto, como una existencia en proceso de realización y por lo tanto subordinada a un fin o resultado por venir. La existencia humana no va a

ser algo que le haya sido dado de antemano, sino lo que ella *hace* de sí misma. Articulándose como proyecto discursivo el hombre se hace a sí mismo –y el Ser deviene Espíritu, producción y saber de sí.

Por el pensamiento discursivo el hombre separa lo que es del soporte natural (la animalidad) y deviene *concepto* en el *discurso* (el nuevo soporte material, ya no natural), y es en este en donde va a existir empírica o efectivamente, con una existencia propia diferente de las existencias puramente naturales. Pero existe como proyecto discursivo que llegará a realizarse plenamente cuando ese discurso o proyecto haya transformado por completo el mundo natural o el ser dado en mundo humano (y a su vez *revele* esta transformación). Entonces el concepto y el ser, el pensamiento y la realidad, ya no estarán separados.

¿Qué significa esta transformación completa del ser dado y natural en mundo humano (Espíritu)? Para responder esto es necesario retomar el tema de la realidad humana articulada en el proyecto en relación con la posibilidad de un *fin último*.

El deseo humano es acción negadora dialéctica que suprime lo negado y lo conserva, suprime el mero dato natural y lo transforma en cosa fabricada u objeto. Así, la satisfacción del deseo no es inmediata y la destrucción de lo deseado no se agota en el instante en el que tiene lugar. Con el deseo humano se conserva lo que antes era mero ser dado y natural bajo la forma del útil o producto humano.

La realidad humana, esencialmente acción negadora (deseo), no se consume o no se agota en el instante en el que sucede el acto negador, pues al transformar el mero dato natural en útil este último pasa a ser un *medio* que la orienta hacia un tiempo más allá del instante en el que el deseo animal sí se agota.

Para la realidad humana la satisfacción del deseo quedará orientada hacia ese tiempo que rebasa al instante actual. Es importante recordar aquí que se está hablando del deseo humano y no del animal, y como se expuso anteriormente este deseo tiene como fin el *reconocimiento* de sí mismo como realidad subjetiva autónoma, es decir, como una realidad que se hace a sí misma precisamente a través de esa acción negadora que es el trabajo —en este sentido la satisfacción del deseo humano no significa satisfacer necesidades fisiológicas como el hambre, lo cual es mero deseo animal, sino lograr el reconocimiento de sí como realidad subjetiva que existe y se realiza por sí misma (o Espíritu).

Que el animal muera y esta muerte sea el devenir de la conciencia significa la ruptura del humano con el vínculo que, como realidad subjetiva animal que era, lo mantenía hundido en una inmanencia dentro del ser natural (como el agua dentro del agua). Y en esta inmanencia la realidad subjetiva (animal) como deseo o acción negadora que es se agota cuando el acto negador tiene lugar: la satisfacción del deseo es inmediata, de lo negado o suprimido por el deseo nada queda pues es consumido en su totalidad. La realidad subjetiva en este caso no deja algo que pudiera desvincularla de ese instante en el que sucede la acción orientándola hacia un tiempo futuro (además, si algo quedara eso mismo representaría su propia duración, su permanencia en la vida). Finalmente esta realidad subjetiva o mera

certeza (y no conciencia) de sí termina perdiéndose o confundiéndose con el ser natural con el que no logra romper el vínculo de inmanencia.

Este vínculo se termina cuando el deseo suprime el dato natural y lo transforma en producto, útil o medio por el cual una nueva realidad subjetiva (humana) evita agotarse en el instante de la acción supresora y se recobra para sí misma precisamente anteponiendo entre ella y el ser natural el útil o medio que va a *proyectarla* hacia un tiempo más allá del momento presente –con lo cual la realidad humana se encadena en el mundo de la duración: se prolonga a lo largo del tiempo.

Lo que caracteriza a este proceso dialéctico de negación es que una vez suprimido el dato natural y transformado en un producto, cosa fabricada, útil o medio, como útil que es este último no tiene valor en sí mismo, pues sólo vale en función de algo distinto de él, por eso es un medio para alcanzar un fin. Y entonces la realidad humana queda articulada en el proyecto, por lo que *el hombre no es lo que es sino que es lo que no es*: en esta búsqueda de reconocimiento de sí como realidad subjetiva autónoma, producto de sí misma, la realidad humana suprime lo que ella no es, el mero dato natural, lo que es y existe sin necesidad de su intervención; y una vez suprimido llega a ser algo formado por la realidad humana, el *producto* en el que ella finalmente se reconocerá en su autonomía y libertad. Sin embargo, este *producto* será un medio que, como tal, orientará de nuevo a esta realidad hacia un nuevo fin que, una vez alcanzado como producto, se habrá transformado en un medio más para otro fin, y así sucesivamente.

Este proceso es la historia. Durante el mismo la realidad humana se dirige hacia un fin que la trasciende, siempre más allá de su aquí y ahora. Pero este fin trascendente no lo es en el sentido de un más allá sobrenatural, pues llegará a ser alcanzado dentro de una realidad que habrá sido humanizada por completo, en la que ya nada queda por negar dialécticamente: ya no habrá más mero dato natural por suprimir y transformar, la realidad subjetiva será absoluta, esto es, no habrá algo distinto de ella que se le oponga en el sentido de una realidad extraña, inaccesible.

Hay un *fin último*: el momento en el que la realidad humana se reconozca por completo en su autonomía (cuando el *Ser* haya devenido Espíritu en su totalidad). No como una realidad subjetiva en el sentido de una simple certeza de sí, sino como un verdadero saber de sí, pues se habrá realizado en su totalidad en la realidad efectiva y concreta en la que ella misma puede constatar su culminación.

Para entender el significado de esta realización completa del mundo humano según la cual se logra la negación total del mero ser dado es necesario revisar los temas desarrollados por Kojève sobre el hombre como *proyecto discursivo* y *concepto*; y el hombre como *error*, en el sentido de un sujeto opuesto al objeto. Ambos temas son tratados en *La dialectique du réel et la méthode phénoménologique chez Hegel*.

El hombre, mediante el pensamiento discursivo o entendimiento, separa lo que es del soporte natural (animalidad) y deviene *concepto* en el discurso. Pero: "*La totalidad real del Ser no es solamente Ser (...) sino también revelación del Ser o Pensamiento (...) y esta totalidad revelada es Espíritu*" (13).

Estas palabras de Kojève explican las siguientes de Hegel: "(...) *todo depende de que se exprese y comprenda lo verdadero no solamente como **sustancia**, sino también como **sujeto***"; es decir, la totalidad de lo real no es sólo sustancia o ser como mero dato natural, sino también sujeto o revelación de esta sustancia y, a la vez, del sujeto por el cual ella es revelada.

Esta revelación es precisamente el pensamiento discursivo, que no sólo describe y explica al ser natural (sustancia) sino también al sujeto que lleva a cabo esta revelación. Y esta revelación de la totalidad del *Ser* como sustancia y sujeto que es el pensamiento discursivo es el concepto.

Para Kojève el concepto es doble y uno: 1) como pensamiento o sujeto el concepto es *pensamiento de una entidad real*, esto es, saber, conocimiento, acto de conocer o de pensar; 2) como objeto el concepto es *entidad real realmente pensada*, objeto o cosa (pensada).

El concepto no es una noción abstracta desvinculada de la realidad. Es realidad comprendida conceptualmente: el concepto implica al *discurso* revelador de lo real y al mismo tiempo a eso *real* revelado por el discurso. El pensamiento (discurso, sujeto) y la realidad (sustancia, objeto) se mantienen perfectamente adecuados uno con respecto al otro, sin la menor oposición entre ellos; y así el concepto, que parecía ser doble (pensamiento, sujeto, discurso y saber por un lado; realidad, objeto y sustancia en el lado opuesto), es en verdad uno: *realidad comprendida conceptualmente*.

¿Qué significa entonces para el hombre existir como proyecto discursivo? No es existir como una noción abstracta sin vínculo con la realidad efectiva, sino como proceso de realización de sí mismo en esta realidad.

Proceso de formación que desemboca en la descripción de la totalidad de lo real por la que el *pensamiento* y el *Ser* dejan de oponerse –comprendiéndose lo verdadero como sustancia y sujeto.

En palabras de Bataille: *"Es el carácter esencial –y nuevo- de la filosofía hegeliana el **describir la totalidad de lo que es**. Y en consecuencia, al mismo tiempo que ella **da cuenta de todo eso que aparece a nuestros ojos**, da cuenta solidariamente del pensamiento y del lenguaje que experimentan –y revelan- esta aparición.*

Según yo, dice Hegel, todo depende de que se exprese y comprenda lo Verdadero no (solamente) como sustancia sino también como sujeto" (14),

Para la filosofía hegeliana, según Bataille (que sigue de cerca a Kojève), la totalidad de lo que es aparece ante la mirada humana. Esta totalidad engloba tanto a la sustancia como al sujeto. Esta mirada (humana) es la *mirada del sujeto*: primero mira algo distinto de ella, una alteridad que es el mundo natural no formado por quien mira, y finalmente se mira a sí misma en el lugar de esa alteridad –en un primer momento el sujeto enfrenta a un objeto distinto de él, pero luego se reconoce a sí mismo en el objeto.

¿Cómo se llega a esto? Por el trabajo. El ser humano es fundamentalmente deseo o acción negadora de lo dado, y el fin de este deseo es realizarse como una realidad subjetiva mediante la negación o supresión dialéctica de lo que se presenta como algo distinto, extraño y exterior a él. Negar es asimilar e interiorizar esa realidad exterior suprimiéndola como algo extraño e inaccesible al deseo (humano), pero conservándola (pues no desaparece) mediante su transformación en algo semejante al agente que realiza la negación.

Al suprimir lo otro como realidad *extranjera* e *inaccesible*, el agente humano se coloca en el lugar de la alteridad extraña y termina por encontrarse y reconocerse a sí mismo en ella, la cual deja de ser extraña para devenir *realidad subjetiva* (humana) *total*, es decir, que ya no se enfrenta a otra realidad otra que no sea la suya: es el Espíritu mismo.

El deseo humano busca constituirse como una realidad subjetiva autónoma total, pero en un principio enfrenta algo distinto que le ofrece resistencia, una realidad extraña e inaccesible. Este deseo humano no se satisface con ser sólo una mera certeza subjetiva o un puro saber de sí desvinculado de lo otro que no es él, precisamente de esa realidad que se le presenta como extraña. El verdadero saber o reconocimiento de sí requiere de la alteridad, no se logra si no es a través de lo otro. Pero esto último se le presenta en una completa extrañeza e inaccesibilidad.

Por ello el deseo humano va a suprimir eso otro e inaccesible para realizarse ahí y reconocerse en el lugar de esa alteridad que, precisamente, perderá su carácter de extraña e inaccesible. ¿Cómo se conquista ese lugar? Haciendo de lo otro extraño un *objeto*, mediante el trabajo.

El objeto es el producto de la supresión que conserva y transforma lo extraño e inaccesible en una *realidad objetiva*, esto es, a la medida del agente que lleva a cabo la acción negadora; una realidad sobre la que puede operar y en la que finalmente va a reconocerse él mismo como realidad subjetiva producto de sí misma y reflejada como tal en esa objetividad que es su obra.

Sin embargo, la perfecta adecuación del pensamiento con la realidad que es la totalidad de lo real no solamente como sustancia sino también como sujeto, se alcanza a través de un proceso dialéctico, de supresión dialéctica, que antes de llegar a su fin, a su completa realización, deja ver otra cosa: la oposición entre el pensamiento y la realidad. Y es a esto último a lo que Kojève llama el *error*.

Si el discurso, cuyo fin es revelar la realidad, no dice lo que ésta es en verdad – y, recordémoslo, *verdad* no es la mera realidad, es realidad *revelada* por el discurso–; si el *pensamiento* no lo es de una entidad *real*, esto significa que el sujeto permanece frente a algo extraño e inaccesible, desconocido e inasimilable: el sujeto (pensamiento, saber) no se encuentra o no se reconoce en el lugar de lo otro –este último se presenta como algo otro que el discurso no alcanza a decir, como *lo otro del discurso*. No hay adecuación entre el discurso revelador y la realidad que se pretende revelar.

En este sentido el hombre mismo es un error. Según Kojève: "(...) se podría definir al hombre como un error que se mantiene en la existencia, que **dura** en la realidad. Ahora bien, dado que **error** significa desacuerdo con lo **real**, dado que es **falso** eso que es otro que es, se puede decir también que el hombre que se engaña es una Nada que anonada en el Ser, o un "ideal" que está presente en lo real" (15).

¿Una nada que anonada en el Ser? El discurso, en este caso, no dice *lo que es*, dice *algo que no es* (*eso otro que eso que es*), y en este sentido hace de este no ser, de esta no existencia o de este algo inexistente o no real, una *presencia*, es decir, hace de este no ser o de este "ideal" una presencia. Pero una presencia que en realidad no es: lo que el discurso dice, este no ser, no tiene realidad efectiva, y por esto mismo se presenta como "*una Nada que anonada en el Ser*", como una acción negando lo que es, suprimiéndolo.

Kojève da un ejemplo a propósito de este discurso que dice algo que no es: si en la Edad Media un poeta hubiera escrito "*en este momento* un hombre vuela sobre el océano", esto hubiera sido un error, algo sin realidad efectiva, pero *existiendo en el discurso* como una ausencia hecha presente, o como la presencia de una nada en el ser real. Y esta nada, ausencia o error se mantuvo durante varios siglos. Ahora bien, si *actualmente* releemos esta frase estaremos leyendo una verdad, porque es casi seguro que *en este momento*, por ejemplo, algún aviador esté volando sobre el Atlántico.

El hombre puede transformar un error en verdad. En el ejemplo anterior el hombre comenzó engañándose al hablar de un animal terrestre de la especie *homo sapiens* como de un animal que vuela, pero al final ha enunciado una verdad hablando del vuelo de un animal de esta especie.

Así lo explica Kojève: "*No es el discurso (erróneo) lo que ha cambiado para devenir conforme al Ser dado (...); es este Ser quien fue transformado para devenir conforme al discurso.*

*La acción que transforma lo real dado en vista de hacer verdadero un error humano, es decir un discurso que estaba en desacuerdo con esto dado, se llama **Trabajo**; es trabajando como el hombre ha construido el avión que ha transformado en verdad el error (...) del poeta" (16).*

El hombre como un *error* que se mantiene como una nada anonadando en el ser, o un "ideal" presente en lo real, es lo mismo que el hombre como *proyecto discursivo*: el hombre se va formando como tal, como humano (el *Ser* deviene Espíritu) al ir dejando de ser dato natural (animalidad) o mero ser dado –algo no hecho por sí mismo.

Este ser dado tiende a hacer del hombre un ser instalado sólo en el aquí y ahora, más allá del cual dejaría de existir.

Precisamente la acción negadora del trabajo y el entendimiento le permiten romper el vínculo con ese aquí y ahora inevitable para el animal, y una vez rota esa atadura el hombre puede proyectarse hacia un tiempo futuro que por el momento, en el instante en que se efectúa la acción negadora, no tiene realidad efectiva.

Esta proyección hacia el futuro, sin realidad efectiva en el instante del acto negador, es precisamente el error, o esa nada anonadando en el ser, o ese "ideal" presente en lo real de los que habla Kojève. ¿En qué ser? En el ser dado. Y este último finalmente será suprimido, quedando en su lugar el *concepto* pero ya realizado por completo en la realidad efectiva –con lo cual deja de ser un mero "ideal".

Una vez que el concepto se realiza como realidad efectiva el pensamiento y el Ser dejan de ser opuestos, pues el pensamiento será *pensamiento de una entidad real* y el Ser, o la realidad, será *entidad realmente pensada*. Esto es el Espíritu.

¿Cuándo termina la transformación activa del ser dado? Recordemos que el hombre es *deseo de reconocimiento*, y la historia es precisamente el proceso de la satisfacción (realización) progresiva de este deseo. Así, según Kojève: "*La Historia se detiene cuando el Hombre no actúa ya en el sentido fuerte del término, es decir, ya no niega (...) Y el hombre no lo hace más cuando lo Real dado le da plenamente satisfacción (...) realizando plenamente su Deseo (...) que es en el Hombre un Deseo de reconocimiento universal de su personalidad única en el mundo*" (17).

De nuevo Hegel: "(...) *todo depende de que se exprese y comprenda lo Verdadero no (solamente) como sustancia sino también como sujeto*". Lo verdadero no es el mero ser dado. Este mismo ser es comprendido por el sujeto, y deja de ser tal: ser dado, en el momento de ser revelado por el discurso. Ya no es mero ser dado desde el momento en que la acción negadora del pensamiento discursivo o entendimiento lo suprime como tal, transformándolo en algo distinto, en ser revelado y comprendido.

Con esto el propio sujeto se reconoce a sí mismo en el anterior ser dado, pues reconoce su propia potencia negadora (la fuerza del entendimiento) en la explicación que da de ese ser natural. Y entonces lo otro, antes extraño e inaccesible, será asimilado e interiorizado por el sujeto, quien finalmente se reconocerá en esa alteridad.

El sujeto reconoce que el ser dado como lo otro extraño e inaccesible no es sólo el ser natural, esa naturaleza que lo rodea pero que finalmente logra describir discursivamente y por lo tanto asimilarla; sino que ese ser dado es él (el propio sujeto) en tanto no se haya revelado y comprendido a sí mismo mediante el pensamiento discursivo.

La potencia o acción negadora de este pensamiento suprime también lo que hay de mero ser dado en el sujeto, la animalidad, y lo transforma en algo distinto, en hombre. Por eso la muerte del animal es el devenir de la conciencia. Lo que había de extraño, confuso e inaccesible para el sujeto o el hombre, esa alteridad o animalidad incomprensible, deja de serlo pues es asimilado por el sujeto por medio de la potencia negadora del entendimiento (pensamiento discursivo): el sujeto se reconocerá en esa alteridad de la que ha sido suprimida toda extrañeza inaccesible para el conocimiento.

Eso otro inaccesible era el mero ser dado, lo no puesto por el hombre (¿acaso por Dios?, tal vez; pero a este hombre le interesa sólo lo puesto por él, o que todo sea puesto por él), pero que mediante el trabajo (manual e intelectual) quedó suprimido y transformado en obra humana, en un reflejo en el que el hombre (*homo faber* y *cogitat*; trabajador, industrioso y racional, pensante) puede reconocerse.

El pensamiento discursivo describe la totalidad de lo que es: tanto la sustancia (el ser dado y natural) como el sujeto (el agente de la acción negadora, que se revela como transformador del ser natural y de sí mismo). Esta totalidad "*aparece ante nuestros ojos*".

¿Qué aparece y ante qué ojos? Aparece la plena realización del deseo humano, del deseo de reconocimiento de sí como un ser hecho por sí mismo en la totalidad de lo que es. La satisfacción de este deseo se habrá logrado plenamente, pues se habrá suprimido todo ser dado y la realidad humana se reconocerá en la totalidad de lo que es, siendo ella misma esta totalidad.

Notas

* La traducción de los textos en lengua francesa es mía

- (1) Bataille, G., *Théorie de la religion, Oeuvres Complètes*, Gallimard, NRF, t. VII, Paris, 1992, p.292:

"Rien n'est donné pour l'animal à la longueur de temps. C'est dans la mesure où nous sommes humaines que l'objet existe dans le temps où sa durée est saisissable. L'animal mangé par un autre est donné au contraire en deçà de la durée, il est consommé, il est détruit, ce n'est pas qu'une disparition dans un monde où rien est posé en dehors du temps actuel".

- (2) Bataille, G., *La souveraineté, Oeuvres Complètes*, Gallimard, t. VIII, Paris, 1991, p. 266. Subrayado mío:

*"L'homme devient dans l'activité efficace l'équivalent d'un outil, qui produit, il est semblable à la chose qu'est l'outil, qui lui-même est un produit. Ces faits ont une portée bien définie: le sens de l'outil est donné par l'avenir, dans ce que l'outil produira, dans l'utilisation future du produit; **comme l'outil, celui qui sert-qui travaille- a la valeur de ce qui sera plus tard, non de ce qui est**".*

- (3) Estas palabras se encuentran en las Conferencias de Jena (1805-1806) de Hegel. Son interpretadas por Kojève en *L'idée de la mort dans la philosophie de Hegel*. Y a su vez son retomadas por Bataille en *Hegel, la mort et le sacrifice* (1955).

(4) Bataille, G., *Théorie de la religion*, O.C., Gallimard, NRF, t. VII, p. 298. Subrayado mio:

"La fin de l'emploi d'un outil a toujours le même sens que l'emploi de l'outil: une utilité lui est assigné a son tour (...) Le bâton creuse le sol afin d'assurer la croissance d'une plante, la plante est cultivée pour être mangée, elle est mangée pour maintenir la vie de celui qui la cultive..."

(5) Bataille., G., *Hegel, la mort et le sacrifice*, O.C., Gallimard, NRF, t. XII, p. 332:

"C'est la position comme telle de l'être séparé de l'homme, c'est son isolement dans la Nature, et, en conséquence, son isolement au milieu de ses semblables (...) L'animal ne niant rien, perdu sans s'y opposer dans l'animalité globale, comme l'animalité est elle-même perdue dans la Nature (et dans la totalité de ce qui est) ne disparaît pas vraiment".

(6) Bataille, G., *Théorie de la religion*, p. 306:

*"Dans la mesure où il est l'immensité immanente, où il est l'être, où il es **du** monde, l'homme est un étranger pour lui-même"*.

(7) Kojève, A., *L'idée de la mort dans la philosophie de Hegel*, **Introduction à la lecture de Hegel**, Gallimard, col. Tel 45, p. 530:

*"La philosophie doit décrire la **totalité** de ce qui **est** et existe. Or, cette totalité implique en fait le Discours, et en particulier le discours philosophique. Le philosophe a donc affaire non pas seulement à l'Être-statique-donné (...) ou à la **Substance** qui sont l'Objet du Discours, mais encore au **Sujet** du Discours et de la philosophie: il ne lui suffit pas de parler de l'Être qui lui est donné; il doit parler de lui-même et s'expliquer à soi-même en tant que parlant de l'Être et de soi"*.

(8) **Ibid.**:

"(...) doit expliquer comment et pourquoi l'Être se réalise non pas seulement en tant que Nature et Monde Naturel, mais encore comme Homme et Monde historique".

(9) **Ibid.**, p. 541:

"Or, en observant ce discours, Hegel constate qu'il s'agit là non pas d'une donnée passive, mais du résultat d'une "activité" qui peut être appelée un "travail" et qui exige une très grande force, fournie par ce qu'il appelle ici l'"Entendement" (...) "Entendement" signifie ici ce qu'il y a de vraiment et de spécifiquement humain dans l'Homme, car c'est la faculté du discours, qui le distingue de l'animal et de la chose".

(10) Bataille, G., *Hegel, la mort et le sacrifice*, p. 331. Subrayado mío:

"Pour Hegel, il est en même temps fondamental et tout à fait digne d'étonnement que l'entendement de l'homme (c'est-à-dire le langage, le discours) ait une force (il s'agit d'une puissance incomparable) de séparer de la Totalité ses éléments constitutifs".

(11) Kojève, A., **op. cit.**, p.543:

*"(...) la **separation** de l' "essence" de son support **naturel** est nos pas un événement qui a lieu spontanément au sein de la Nature, mais le résultat d'une "activité" de l'"Entendement", ou d'un "travail" qui exige une "force" douée d'une "puissance absolue".*

(12) *Ibid.*, p. 547. Subrayado mio:

*"Doué d'une "puissance absolue", qui devient en lui une "force" effective "digne-d'étonnement", l'Homme produit dans l "activité", ou le "travail" rationnel, ou pénétré par l "Entendement", un Monde réel contre-nature, créé par sa "liberté separée" (...) le Monde technique ou culturel, social ou historique (...) Ce n'est qu'en comprenant l'Homme comme Négativité qu'on le comprend dans sa spécificité (...) faisant de lui un **Moi qui pense et qui parle**, ou qui "sépare" l'essence de sa "conexión" naturelle ou donnée avec l'existence".*

(13) Kojève, A., *La dialectique du réel et la méthode phénoménologique chez Hegel*, **Introduction à la lecture de Hegel**, Gallimard, col. Tel 45, p. 449:

"La totalité réel de l'Être est non pas seulement Être (...) mais encore révélation de l'être ou Pensée (...) et cette totalité révélée est Esprit".

(14) Bataille, G., *Hegel, la mort et le sacrifice*, p. 328. Subrayado mio:

*"C'est le caractère essentiel –et nouveau- de la philosophie hégélienne de **décrire la totalité de ce qui est**. Et en conséquence, en même temps qu'elle **rend compte de toute ce qui apparait à nos yeux**, de rendre compte solidairement de la pensée et du langage qui expriment –et révèlent- cette apparition.*

Selon moi, dit Hegel, tout dépend de ce qu'on exprime et comprenne le Vrai non pas (seulement) comme substance, mais tout autant comme sujet".

(15) Kojève, A., *op. cit.*, p. 463:

*"(...) on pourrait définir l'homme comme une erreur qui se maintient dans l'existence, qui **dure** dans la réalité. Or, puisque **erreur** signifie **desaccord** avec le réel, puisque est **faux** ce qui est **autre** que ce qui est, on peut dire aussi que l'homme qui se trompe est un Néant qui néantit dans l'Être, ou un "ideal" qui est présent dans le réel".*

(16) *Ibid.*, p. 464:

"Et ce n'est pas le discours (erroné) qui a été changé pour devenir conforme à l'Être donné (...); c'est cet Être qui fut transformé pour devenir conforme au discours.

*L'action qui transforme le réel donné en vue de rendre vraie une erreur humaine, c'est-à-dire un discours qui était en desaccord avec ce donné, s'appelle **Travail**; c'est en travaillant que l'homme a construit l'avion qui a transformé en vérité l'erreur (...) du poète".*

(17) *Ibid.*, p. 467. Subrayado mío:

*"L'Histoire s'arrête quand l'Homme n'agit plus au sens fort du terme, c'est-à-dire ne nie plus (...) Et l'Homme ne le fait plus quand le Réel donné lui donne pleinement satisfaction (...) en réalisant pleinement son Désir (...) qui est chez l'Homme un **Désir de reconnaissance universelle de sa personnalité unique au monde**".*

4. Fuerza de negatividad: posibilidad e imposibilidad

Para Hegel el hombre es una noche, la noche terrible del mundo, una nada vacía, un *poder* de negatividad y como tal es posibilidad. Poder que es destruir, pero a la vez transformar: trabajo.

Tanto para Hegel (Kojève) como para Bataille el *Ser* se revela en la realidad humana, aunque de manera distinta.

En el caso de Hegel se revela como totalidad acabada, en el hombre mismo. Negándose como inmediatez pura se transforma, mediante el trabajo, en una totalidad hecha por y para sí misma. El *Ser* se auto produce como Sujeto: es la totalidad de lo que es, más el saber de esa totalidad: un saber de sí.

En este sentido el *Ser* se presenta inherente o unido inseparablemente a sí mismo, como una Mismidad. Auto contenido. Lo cual es posible luego de un largo esfuerzo de trabajo y conocimiento, en suma, de negatividad.

Para Bataille, en cambio, el *Ser* (en el hombre) se revela como *éxtasis*, un *salir de sí* permanente que vuelve imposible la adherencia a sí mismo. También en el hombre, el *Ser* se manifiesta como negatividad; pero una negatividad que nada transforma, una negatividad pura o negatividad sin utilidad.

4.1. Negación dialéctica y negatividad sin empleo

4.1.1. Negación dialéctica: trabajo y pensamiento discursivo (saber).

En el ensayo *La dialectique du réel et la méthode phénoménologique chez Hegel* Kojève afirma que la dialéctica no es un método filosófico, ni un procedimiento de investigación. No es algo externo a la realidad, que se aplica a ésta para comprenderla. La realidad misma es dialéctica, y es así porque ella implica un elemento negativo o negador.

Sin embargo, el ser puro no es dialéctico. El ser como sustancia no es dialéctico: "(...) *no es el Ser puro y simple (...) quien posee una estructura trinitaria o dialéctica, sino lo Lógico- real, el Concepto o lo Verdadero, es decir el Ser revelado por el Discurso o el Pensamiento (...) el Ser no puede ser revelado por el Pensamiento, no hay un Pensamiento en el Ser y del Ser, más que porque el Ser es dialéctico*" (1).

El Ser es dialéctico en términos de sustancia y sujeto. La realidad es dialéctica en la medida en que es realidad concebida o concepto realizado. El Ser o la realidad aislados no son dialécticos; ni tampoco el pensamiento, aislado; es dialéctico por sí mismo. La dialéctica no es un método del pensamiento que, de manera externa a la realidad, se aplique a esta misma para comprenderla; sino que el carácter dialéctico es propio de la *realidad pensada o revelada*: la realidad, o el Ser, realizados como saber de sí. En otras palabras: realidad concebida o concepto realizado –el Ser en proceso de pensarse a sí mismo: el devenir *pensamiento del Ser*, y el devenir *Ser del pensamiento*.

El carácter dialéctico está en el *Ser*, pero en la medida en que éste se revela como lo que es; y esta revelación es el pensamiento, el discurso o el pensamiento discursivo –Hegel: “(...) *todo depende de que lo verdadero no se aprehenda y se exprese como sustancia, sino también y en la misma medida como sujeto*” (2).

Lo *verdadero* no es solamente el mundo natural o el ser dado *revelado*, sino también la *revelación de la revelación del mundo natural*: observar la realidad dada, el ser natural, y describir esto, no es todavía lo verdadero propiamente. Hasta aquí pareciera que algo otro, externo a quien observa y describe, se revela y punto. Como si quien observa lo hiciera sólo de una manera pasiva, sin actuar sobre aquello que observa. Pero llega el momento en el que quien observa se *revela a sí mismo* como observador activo, pues describir implica un *acto* o una *acción* por parte del observador (y este último termina por encontrarse a sí mismo en el ámbito de lo observado).

Este observador se reconoce a sí mismo como acción. Reconoce su acto de observar y describir: al dar razón de lo observado, precisamente este dar razón se le revela como un acto suyo, revelándose a sí mismo como acción, como alguien que no es externo a la realidad observada, pues él mismo se encuentra en esa realidad, él es esa realidad misma. Así, lo verdadero no solo es sustancia, sino también sujeto.

Este proceso es dialéctico. El *Ser* sabiéndose a sí mismo real, revelándose como realidad efectiva.

Kojève sostiene que *el Ser se realiza no solamente en tanto que Naturaleza, sino también en tanto que Hombre*. El *Ser* como totalidad es quien se realiza: el Absoluto se realiza –no solamente como sustancia, sino también como sujeto. Y esta totalidad realizada es el Espíritu o Espíritu Absoluto.

Kojève habla de una *realización* (por parte del *Ser*). Realización que es un llegar a ser verdadero. ¿En qué sentido verdadero? Por una parte llegar a ser por sí mismo, por su propia acción; y, por otra, llegar a saber de sí o revelarse a sí mismo íntegramente, en su totalidad.

Realización implica proceso, lo contrario a algo estático y siempre idéntico a sí mismo.

Este proceso del *Ser* (de la realidad) es su propio devenir: *no ser lo que es*, o *no ser una realidad efectiva ya acabada; sino ser lo que no es*, mantenerse como un proceso por el cual va dejando de ser lo que se ha llegado a ser (como realidad efectiva concluida), al tiempo que se deviene algo otro que aún no se es.

Este *no ser lo que es, sino ser lo que no es* deja ver la potencia negadora o la negatividad propia del *Ser*.

Lo que ha llegado a ser (realidad efectiva acabada) es suprimido (negado) en vista de algo otro que aún no es. Sin embargo, lo suprimido o aquello que había llegado a ser como realidad efectiva acabada no desaparece del todo, permanece o es conservado en eso otro que ahora llega a ser. Es mantenido en una nueva realidad efectiva, en una nueva realización, de manera que este proceso implica un enriquecimiento: lo suprimido es transformado en una nueva realidad efectiva, se mantiene en esta última como una realidad superior a la que antes era.

Primero, el *Ser* se encuentra realizado como mera naturaleza (sustancia): realidad que se desconoce a sí misma, mero ser dado que no es el producto de su propia acción. Segundo, como potencia negadora que es el *Ser* éste se suprime como mera naturaleza y comienza a devenir algo otro; un devenir que es un proceso, proceso que es trabajo y saber: y eso otro en lo que deviene es la realidad humana (sujeto), una nueva realidad producto y revelación de sí misma –

momento en el que el Ser en su conjunto (sustancia y sujeto) se realiza como Espíritu.

El Ser actúa o trabaja para negarse como ser dado y realizarse por sí mismo. Y al ir haciéndose a sí mismo va reconociendo lo que es, reconocimiento que es revelación o saber.

La supresión del Ser como mero mundo natural significa su transformación y devenir en realidad humana en dos sentidos: 1. Trabajo: negación del ser natural y su transformación en mundo humano a través de la historia (sucesión de civilizaciones, culturas). 2. Conocimiento: tanto del ser natural (ciencias naturales) como de la propia historia (humanidades, ciencias sociales).

Así, la realidad humana es el *devenir sujeto del Ser*, la realización de este último como saber de sí: proceso o devenir sujeto del ser puro y simple (sustancia), o revelación de sí del Ser en su totalidad. ¿Revelación de qué? Ante todo de la potencia negadora o negatividad del propio Ser –de esa supresión que conserva llamada negación dialéctica.

Potencia negadora que es *obra de muerte*. El devenir sujeto del Ser, la revelación o el saber de sí de este mismo, significa tener conciencia de esta negatividad o acto de supresión u obra de muerte: la conciencia de la muerte. La realidad humana, el devenir sujeto del Ser, es la conciencia de éste como negatividad, potencia destructiva u obra de muerte.

Esta conciencia revela, para Hegel, *lo más terrible que hay*: la obra de la muerte; lo cual *requiere* a su vez *de la mayor fuerza*. El devenir sujeto de la realidad, mediante el trabajo y el saber, implica un esfuerzo de supresión del ser dado (o natural) para devenir ser propio (producto de sí mismo) y consciente de

sí. Y lo *terrible* es precisamente la conciencia de esta supresión, anonadamiento o destrucción permanente revelada en el seno del mismo *Ser*.

El devenir sujeto del *Ser* es la realización de este mismo como realidad humana. Realización bajo la forma de la potencia destructiva, acción o trabajo que suprime al ser natural transformándolo en mundo humano (saber de sí). El sujeto (ser propio o para sí, consciente de sí) se constituye por la supresión dialéctica de sí mismo en tanto que mero ser dado.

Pero precisamente la constitución del sujeto va a la par de la supresión de sí como ser dado, esto es, hay sujeto siempre y cuando se *mantenga* en acto este proceso de suprimir lo dado. Es sobre la base de un mundo empírico, de una realidad efectiva o concreta, y de su supresión, que se constituye el sujeto. Un sujeto que es tal, ser para sí y consciente de sí, en la medida en que permanece el proceso de supresión u obra de muerte –la muerte como trabajo.

Ahora bien, esta obra de muerte es negación dialéctica (**Aufhebung**). Potencia negadora o potencia de muerte, pero una *potencia que transforma en vida la muerte que porta en sí misma*. El ser dado natural es suprimido y a la vez conservado en otra realidad concreta: el mundo humano, histórico y cultural –y esta nueva realidad concreta es superior a la anterior, al ser dado, pues representa el devenir sujeto de la realidad.

Anteriormente se explicó de qué manera el trabajo es una acción útil o, también se puede decir así, una negatividad útil. El devenir sujeto del *Ser*, la constitución del sujeto, implica suprimir en términos dialécticos el ser dado, esto es, transformarlo en algo otro que mero ser dado o no realizado por sí mismo: en cosa fabricada o instrumento.

Así, el devenir sujeto del *Ser* significa su transformación en cosa fabricada o instrumento. Y lo es en dos sentidos: por una parte, como producción de sí mismo (producto), el *Ser* se apropia de sí constituyéndose como ser para sí por su propio esfuerzo; por otra parte, al devenir cosa fabricada (producto), es decir, instrumento y por lo tanto un *medio*, se constituye como *medio para un fin*.

¿De qué fin se trata? Del *Ser* mismo como fin. El devenir sujeto del *Ser* (de la realidad) es el proceso de auto constitución de éste en su totalidad. Sujeto: el *Ser* que es por y para sí mismo: Absoluto.

La cosa fabricada, la obra o el producto son el medio a través del cual el *Ser* que deviene sujeto constata que es por y para sí mismo, y no mero ser dado. El *Ser* es su propia obra.

Pero ser por y para sí mismo sólo es posible a través de la *mediación* de lo otro. ¿Qué significa entonces el devenir sujeto del *Ser*? La revelación de la potencia negadora del *Ser* como ser por y para sí, pero por medio de lo otro, del ser dado suprimido y transformado en obra, mundo humano o Espíritu. Es en esto último en donde el *Ser* absoluto se reconoce como tal.

El devenir sujeto del *Ser* sólo es posible por la mediación que tiene lugar en la realidad efectiva y objetiva. Es en el producto de su acto negador en donde el *Ser* se constituye como sujeto, revelación o saber de sí. Y este acto es un acto útil, pues permite la constitución de la verdadera realidad subjetiva: realidad por y para sí misma. Si bien lo otro (el ser dado) es suprimido, negado o destruido, este acto que es obra de muerte trae consigo el nacimiento de la subjetividad —en este sentido es necesario repetir lo siguiente: el *Ser* es potencia negadora o potencia de muerte, pero una potencia que transforma en vida la muerte que porta en sí misma, y por esto la potencia negadora es un acto útil.

El trabajo y el saber no son acciones separadas, sin relación entre sí. Transformar el ser dado natural en obra humana, en Espíritu, requiere de la fuerza del pensamiento discursivo.

Saber es *saber hacer*. En esto se encuentra la estructura trinitaria o dialéctica del Ser. Se trata del siguiente proceso: primero está el ser dado natural; en un segundo momento actúa la potencia negadora del entendimiento, esa *potencia más digna de asombro, la más grande de todas o la potencia de muerte*, según el Prefacio de la **Fenomenología**..., acto que suprime al ser dado y lo transforma en *realidad discursiva*, en donde *lo que es como ser dado se niega en vista de algo que aún no es, pero será*: el Ser deviene *proyecto* discursivo –ausencia o nada hecha presente–, en donde permanece sólo como negación de lo dado o negatividad en vías de realizarse como positividad: la *negación* de la realidad anterior o del ser dado, por medio del pensamiento discursivo, se transformará en la *afirmación* de una nueva realidad que, finalmente como tercer momento, se va a realizar más allá del soporte empírico discursivo, produciendo una nueva realidad efectiva y objetiva.

A propósito de esta estructura trinitaria o dialéctica del Ser, de acuerdo con lo dicho antes, Kojève sostiene que el ser puro y simple no es dialéctico, sino sólo el ser revelado por el pensamiento o el discurso. Así: "*Si el Ser en su totalidad no es solamente Ser puro y simple (...), sino Verdad, Concepto, Idea o Espíritu, -es únicamente porque él implica en su existencia real una realidad humana o hablante (...). Sin el Hombre el Ser sería mudo: estaría ahí (...), pero no sería verdad*" (3).

El devenir sujeto del Ser es la realización de la *verdad*, del concepto o del Espíritu; es la revelación del Ser total por y para sí, llevada a cabo por la potencia de negatividad del mismo Ser..

Devenir y realización son dos términos importantes. Se habla de un proceso y de la culminación del mismo. El ser puro y simple que sólo existe en el presente puro es negado por la potencia o fuerza del entendimiento, se le suprime como lo que es (ser dado natural, no producido por sí mismo ni consciente de sí), y este acto genera una nueva realidad, la realidad discursiva, en la cual el Ser queda negado como ser dado pero al mismo tiempo se le afirma como algo que aún no es. El Ser se constituye como proyecto discursivo y el tiempo porvenir predomina sobre el presente, lo negado –por eso la importancia de *no ser lo que es, sino ser lo que no es*.

Así, actúa la obra de muerte que es el pensamiento discursivo o entendimiento, pues lo que sólo es aquí y ahora es suprimido, pero al mismo tiempo se le conserva en una realidad superior en la que queda transformado: el discurso. Y es en esta nueva realidad en donde comienza a existir en vista de un fin, de algo aún inexistente pero que se va realizando paulatinamente en el mismo presente –a partir del proyecto.

Este proceso es el devenir concepto de la realidad, su devenir como sujeto, verdad o revelación (saber, conciencia) de sí: realidad humana o Espíritu.

Ahora bien, este proceso o devenir llega a realizarse o llega a su culminación en el momento en que el fin deja de ser un porvenir y se hace presente. Volviendo a la estructura trinitaria o dialéctica del Ser esto se explica así:

Primero, al encontrarse el *Ser* inmerso en el soporte natural existe sólo en el presente, en la inmanencia o lo inmediato del estar en el mundo como el agua dentro del agua.

Segundo: el *Ser* nulifica esta forma de existir negando el soporte natural que lo ata al presente y se constituye como realidad discursiva; comienza a realizarse a partir de la negación de su realidad dada y natural que, como supresión dialéctica que es, va transformando al ser dado natural en *Ser* que se constituye por y para sí mismo, en sujeto. Proceso que significa el abandono del estado de existencia en el presente puro y se orienta hacia un tiempo porvenir, hacia un fin que aún no es, un no ser que se va realizando en el presente: lo que es en el tiempo presente está determinado por lo que ha proyectado ser, por el fin o porvenir. ¿Cuál fin? Su realización plena y acabada como *Ser* por y para sí mismo: Absoluto.

Sin embargo, en tanto que ese fin no se haya hecho presente el *Ser* permanecerá como realidad discursiva o discurso (proyecto discursivo) opuesto a una realidad que aún no ha logrado abarcar, o como concepto en vías de realización, en proceso de constituirse como una realidad total. La negación dialéctica se mantiene como proceso de supresión del ser dado, de esa realidad que aún permanece ajena al discurso, al pensamiento discursivo: el *Ser* existe como sujeto (saber de sí) en vías de realización.

Tercero: el proyecto discursivo del *Ser* finalmente se realiza por completo. Termina la oposición entre el discurso, el *Ser* como proyecto discursivo en vías de realización, y el ser dado. El *Ser* termina como devenir sujeto, ahora ya es Sujeto o Espíritu en su totalidad y no en vías de realización: Espíritu Absoluto o plena realización y total saber de sí. El fin se ha hecho presente. El concepto se ha

realizado como realidad absoluta, de manera que el concepto es por completo real y la realidad es conceptual en su totalidad.

No hay ya un porvenir porque éste se ha realizado finalmente como presente. Acontece o se realiza el fin, pero esto significa que el Ser ha entrado en la *realidad de la muerte*, en el momento en que deja de ser definitivamente: no en esa muerte que es *muerte diferida*, esto es, el fin aún no hecho presente o la muerte como porvenir; sino ese instante en que el Ser es verdaderamente herido de muerte, cuando ésta lo toca no desde la lejanía sino cuando ya es una realidad en el aquí y ahora.

4.1.2. Negatividad sin empleo: gasto improductivo y no saber

En *Hegel, l'homme et l'histoire*, precisamente en un apartado que se titula *El fin de la historia*, Bataille escribe lo siguiente:

En el punto al que he llegado se encuentra una inevitable decepción. En el fondo, esta decepción es la del hombre buscando en el muerte el secreto del ser y no encontrando nada, a falta de poder en el mismo instante conocer y cesar de ser: debe contentarse con un espectáculo. Puedo imaginar –y representar– un acabamiento del discurso tan perfecto que a continuación, otros desarrollos no tendrán ya sentido, no dirían nada y dejarían sentir el vacío que deja el fin del discurso. Pero abordo así el problema último del hegelianismo. Este momento último de la imaginación implica la visión de una totalidad de la cual ningún elemento constitutivo puede ser separado, y que, en consecuencia, en último lugar, lleva todo elemento al momento en que la

muerte lo toca; que, además, extrae la verdad de cada elemento de esta absorción próxima en la muerte. Pero esta contemplación de la totalidad no es posible realmente. Ella no está menos fuera de nuestro alcance que la de la muerte.

Introduzco de esta manera el postulado del "fin de la historia". El discurso de Hegel no tiene sentido más que acabado y no se acaba más que en el momento en que la Historia misma, o todo se acaba. Porque, si no, la Historia continúa, y otras cosas todavía deberán de ser dichas. La coherencia del discurso queda entonces cuestionada, e inclusive su posibilidad (4).

La negación de la animalidad (lo dado, natural) significa el devenir sujeto del Ser, su devenir como Espíritu o realidad humana –así, Bataille se refiere al: "(...) desarrollo dialéctico fundamental del hegelianismo, que se refiere **al Espíritu –es decir al hombre (...)**" (5). Y este proceso o desarrollo dialéctico llega a su completa realización cuando el Ser o la realidad en su totalidad es Espíritu, realidad humana o sujeto: Espíritu Absoluto. Momento en que la realidad ha sido negada en su totalidad como ser dado, y como consecuencia es Espíritu o Saber Absoluto.

Este desarrollo dialéctico consiste en la negación del ser dado mediante su transformación en realidad discursiva, en proyecto discursivo, en donde el Ser se niega como lo que es (ser dado) en el tiempo presente en vista de algo que será: Ser por y para sí mismo en su totalidad. El Ser se mantiene en proceso de realización, como una *obra en proceso*, obra que es él mismo. Lo que sostiene y da vida al Espíritu es precisamente el mantenerse como obra en proceso a partir de la negación del ser dado.

Al decir Bataille: “*Al punto al que he llegado se encuentra una inevitable decepción*”, se refiere al momento en que el Espíritu ha dejado de ser obra en proceso puesto que ya es *obra plenamente realizada*. Si lo que sostenía y daba vida al Espíritu era el mantenerse como obra en proceso de realización, negando eso otro extraño que se le oponía, lo dado, lo que existía sin ser producto de su acción; resulta entonces que ahora, al ser suprimido en su totalidad lo otro, el Espíritu deja de ser obra en proceso, pues ya es obra acabada, de manera que la negación como acción útil y eficaz se termina y, al parecer, el Espíritu llega a su fin en el sentido de que ya no se sostiene, de que ya no le queda más vida –pues ésta dependía de mantenerse como negación o acto útil.

Una vez que el *Ser* en su conjunto ya es Espíritu (sujeto) o saber de sí, resulta que ya no hay lugar para la acción eficaz. Y si ya nada hay por negar o suprimir: ¿cómo es posible el Espíritu que solamente es en tanto que se mantiene la negatividad como acción eficaz (trabajo)?.

La *decepción* referida por Bataille es la siguiente: el saber absoluto, la revelación total del *Ser*, sólo es posible cuando ya no queda nada por ser negado, cuando el ser dado ha sido negado en su totalidad, cuando lo otro extraño y opuesto al Sujeto, al Espíritu, deja de ser tal y es integrado por éste –pues deja de haber oposición entre el Espíritu y lo otro, el Espíritu se reconoce por completo en eso otro que es su obra o producto, que es él mismo.

Así, el *Ser* como proyecto discursivo, realidad subordinada a un fin por venir, alcanza ese fin y por lo tanto se revela a sí mismo en su totalidad, revela cada uno de los elementos que lo componen como totalidad, y a lo que se llega entonces es al *fin del discurso*, cuando se revela el vínculo de los elementos que constituyen a esta totalidad. Por eso, en el momento en que *el secreto del ser* se

revela, en ese preciso momento el Ser, como Espíritu o realidad humana (sujeto o saber de sí acabado), *cesa de ser*, y en este sentido la *decepción* es la del *hombre buscando en la muerte el secreto del ser y no encontrando nada, a falta de poder en el mismo instante conocer y cesar de ser*, por lo que *esta contemplación de la totalidad no es posible realmente, pues no está menos fuera de nuestro alcance que la de la muerte*.

Anteriormente, en el capítulo primero, se citaron las siguientes palabras de Kojève: "*La Negatividad no es otra cosa que la finitud del Ser (...) o la presencia en él de un verdadero porvenir, **que jamás será su presente (...)***" (6). La negatividad es el proceso mediante el cual el Ser desvincula lo que es del soporte natural, gracias a ello deja de existir sólo en el tiempo presente, nulificándose; anonadamiento que hace posible que lo que es esté subordinado a lo que será. Lo que es se articula en el proyecto discursivo, y así el Ser –no se olvide: constituyéndose como realidad humana o Espíritu- se orienta hacia un porvenir o fin. Esto significa, entonces, que el Ser tiene un fin, una meta o un límite, más allá de los cuales no se puede prolongar.

A su vez, esto significa que el Ser –como Espíritu o realidad humana- tiene conciencia de la muerte, pues tiene frente a sí un fin o límite más allá del cual no podrá continuar; es consciente de que cuando ese fin o porvenir se realice como presente la muerte habrá tenido lugar. Por esto Kojève habla de *un verdadero porvenir, que jamás será su presente*, pues la presencia y realización de este fin implican la muerte del Espíritu.

La conciencia de la muerte sólo es posible cuando la muerte es un fin porvenir, algo aún no hecho presente, pues una vez que la muerte tiene lugar el Espíritu deja de ser, y no es posible conocer cuando se ha dejado de ser.

Este fin o porvenir al cual Espíritu está subordinado es su propia realización como Espíritu Absoluto, Ser por y para sí mismo en su totalidad, sin resto alguno de ser dado. Al tener lugar este fin el Ser se habrá realizado plenamente como Espíritu, será en su totalidad Espíritu y por lo tanto se revelará a sí mismo también en su conjunto, esto es, llegará al saber absoluto. Pero resulta que este momento implica, en el mismo instante, la muerte del Espíritu.

En la cita anterior de Bataille éste afirma que el hombre, al buscar en la muerte el secreto del ser y no encontrando nada, *debe contentarse con un espectáculo*. Esto es: es posible anticipar y *representar* el instante de la muerte, el momento en el que la totalidad del Ser se revela (como Espíritu) y que no es otra cosa que la muerte del Espíritu.

Momento en que el ser dado ha sido negado dialécticamente en su totalidad y se ha transformado en producto u obra humana, en Espíritu; cuando éste ha dejado de ser obra en proceso –trabajo o acción eficaz, proyecto discursivo en donde el presente queda subordinado al porvenir- y ya es obra acabada. Llegado este momento, afirma Bataille, el hombre (el Ser como realidad humana) siente realmente eso que él es, se abre para él eso que es verdaderamente: *fuerza de negatividad*. Entonces el hombre: "(...) *podrá sentir, como nunca antes lo sintió, eso que (...) es: esa fuerza de Negatividad, un instante suspendiendo el curso del mundo (...)*" (7).

Una vez que se ha llegado al fin, cuando éste tiene lugar en el presente, el hombre por primera vez siente o experimenta eso que verdaderamente es: fuerza de negatividad. Pero Bataille no se está refiriendo a la negación dialéctica o el trabajo, sino a una negatividad que *suspende el curso del mundo*. ¿Qué curso?

Precisamente el de la acción eficaz, negación dialéctica o trabajo (subordinación del presente al porvenir).

La realización plena del *Ser* como Espíritu, en la realidad humana, implica la revelación de lo que el *Ser* es por excelencia: *negatividad sin empleo* o gasto improductivo. Realizado como Espíritu en su totalidad, el *Ser* no se agota como negatividad, sigue siéndolo: pero ya no se trata de la acción negadora que transforma *eso que es* en otra cosa, en producto u obra, en suma ya no se trata de la negación dialéctica, del trabajo. Lo que continúa es la negatividad sin empleo, una negatividad que no se traduce en trabajo pues ya no es una acción eficaz. Una negatividad o destrucción que no es un medio para un fin, que no está subordinada al algo distinta de ella misma (a un producto en el futuro), sino una destrucción sin otro fin que no sea ella misma y en la que, por lo tanto, predomina el instante presente sobre el porvenir. Un consumo sin otro fin que él mismo –sin razón de ser en algo otro de él mismo, por ejemplo un producto, que pudiera justificarlo.

Bataille continúa así: "(...) *un instante suspendiendo el curso del mundo, reflejándolo porque en un instante lo rompe, pero no reflejándose más que una impotencia para romperlo. Si le pareciera romperlo verdaderamente, no reflejaría más que una ilusión, porque no lo rompe. El Hombre en verdad no refleja el mundo más que recibiendo la muerte (...)*" (8).

Es el instante de la muerte, del instante del fin hecho presente. Pero: ¿por qué la *impotencia para romper* el curso del mundo? Al llegar al momento de la realización del fin se termina la acción eficaz, la negación dialéctica o potencia transformadora. Queda sólo la *belleza impotente*, la impotencia o la *soberanía* que nada cambia ni transforma, pues ya no es acción eficaz.

En *Hegel, la mort et le sacrifice* Bataille cita lo que llama un texto capital de Hegel, el Prefacio de la **Fenomenología...**, en donde se lee lo siguiente: "*La belleza impotente odia al entendimiento porque éste le exige algo de lo que ella no es capaz*" (9). En efecto, el entendimiento es pensamiento discursivo, es potencia de negación o acción eficaz, pues transforma eso que es en otra cosa: en discurso. Niega *eso que es* y lo transforma en proyecto discursivo, en algo que será: obra o producto humano diferente de *eso que* (simplemente) es. Y en este sentido el entendimiento es *trabajo*. Pero cuando el *Ser*, articulado como proyecto discursivo, se realiza plenamente, cuando el concepto es real en su totalidad y la realidad es, también en su conjunto, concepto, entonces la negatividad como acción eficaz termina. No así la negatividad en general.

La negatividad continúa como destrucción que nada cambia ni transforma, y por esto es impotente, pues ya no es acción eficaz, sino negatividad sin empleo. Momento en el que el *Ser*, transformado en su totalidad en Espíritu, en realidad u obra humana, enfrenta su propia muerte, su propia negación, pero ya no dialéctica: una supresión de sí mismo, de la obra que ha llegado a ser, que ya nada conserva.

Y sólo hasta este momento del fin hecho presente, del instante de la muerte, se revela el *Ser* en su totalidad. Revelación acompañada inevitablemente de la muerte de quien ha llegado al fin (por eso la necesidad de anticipar o de *representar* este instante). Momento soberano en la medida en que no es posible asirlo, mantenerlo, retenerlo o poseerlo: "*El Hombre en verdad no refleja el mundo más que recibiendo la muerte. En este momento, él es soberano, pero porque la soberanía le escapa (sabe también que, si la mantuviera, ella dejaría de ser eso que es...)* Él dice lo que el mundo es, pero su palabra no puede perturbar el

silencio que se extiende. Y no sabe nada sino en la medida en que el sentido del saber que tiene se sustrae a él" (10).

Y también: "*Si se piensa que esta puesta al desnudo de todas las cosas (...) sucede, según Hegel, en el lugar mismo en que el ser natural se hizo hombre y lo supo al saber lo que la muerte es, no nos queda más que callarnos. En efecto, el discurso en el extremo de todo lo posible coloca finalmente a quien lo escucha en el vacío de una noche en la que la plenitud del viento impide escuchar hablar" (11).*

La puesta al desnudo de todas las cosas es la revelación del Ser en su conjunto (y en el hombre) una vez que se ha llegado al fin del discurso, sólo posible cuando la muerte de la totalidad tiene lugar. Esta totalidad se revela verdaderamente cuando es tocada por la muerte, en el instante de la muerte. Por eso la contemplación de este instante, de este acontecimiento, es imposible: es presenciar la muerte. ¿Cómo presenciar el instante en el que todo sucumbe, cuando la muerte tiene lugar, si se trata de la desaparición misma de quien pretende presenciarlo?

Una vez realizado el Ser en su totalidad como Espíritu o realidad humana, éste alcanza su verdad, se reconoce realmente; es el momento soberano de la revelación fundamental, referido por Bataille cuando habla del instante en el que el hombre siente lo que él es, cuando puede *sentir, como nunca antes lo sintió, eso que es, fuerza de Negatividad, un instante suspendiendo el curso del mundo.*

También podría decirse así: es cuando se revela, en el hombre, lo que el Ser es fundamentalmente, pero no como si este último fuera un objeto para la reflexión,

como algo distinto de la realidad humana y que, a la distancia (desde fuera) se le presentara a la mirada; sino como lo que la realidad humana misma es: la manifestación del *Ser*, de la vida, como *negatividad sin empleo*, y no esa potencia negadora que suprime, conserva y transforma (el trabajo).

La realización completa del *Ser* como proyecto discursivo, una vez terminada la oposición entre el discurso (o el concepto) y la realidad, ese momento en el que el concepto ha devenido real y la realidad es conceptual, en su totalidad; este momento del *fin del discurso* —cuando éste lo dice todo, o dice la totalidad de lo que es (y por lo tanto se dice a sí mismo): el saber absoluto— implica necesariamente, para Bataille, la negación o supresión no dialéctica del propio discurso.

Así, el *saber absoluto* implica necesariamente la *experiencia* del **no saber**: al llegar al saber absoluto el discurso *dice* la totalidad (de lo que es), el discurso es esta misma totalidad reflejada racionalmente en él; y, sin embargo, la palabra de este discurso advierte Bataille, *no puede perturbar el silencio que se extiende*, pues al llegar al extremo de lo posible dicha palabra *coloca en el vacío de una noche en la que la plenitud del viento impide escuchar hablar*. **la noche del no saber**.

Aunque sigue sin respuesta lo siguiente: ¿cómo presenciar el instante del fin y el derumbamiento del todo, al tener lugar la muerte, si esto implica la desaparición de quien debería de presenciarlo? Si bien no es posible, en el mismo instante, conocer y dejar de ser; si lo es el recurrir al *espectáculo*. Imaginar, *representar* o *simular* el momento del acabamiento del discurso.

Anticipar ese instante en el que el todo sucumbe. Esto permite al Ser (revelándose como realidad humana o Espíritu) *sentir, como nunca antes lo sintió, eso que es: fuerza de Negatividad, un instante suspendiendo el curso del mundo.* Instante suspendiendo la acción eficaz del trabajo por la que el Ser se ha constituido como sujeto en su totalidad –sujeto realizado en su propia obra (humana), constatando su existencia autónoma (por y para sí) en esa obra-, que revela ahora un movimiento distinto: la supresión o destrucción no dialécticas, que nada conservan, de esa obra misma.

Esta fuerza de negatividad referida por Bataille no es la dialéctica (el trabajo), la acción eficaz, sino el sacrificio: *“Del sacrificio, puedo decir esencialmente, sobre el plan de la filosofía de Hegel, que (...) el Hombre ha revelado y fundado la verdad humana sacrificando: en el sacrificio destruyó al animal en sí mismo, no dejando subsistir, de él mismo y del animal, más que la verdad no corporal que describe Hegel, quien, del hombre, hace –según la expresión de Heidegger- un ser para la muerte (...), o –según la expresión de Kojève mismo- “la muerte que vive una vida humana” (12).*

Bataille encuentra en la **Fenomenología...**, por su propio movimiento que al desembocar en el saber absoluto también lo hace en el no saber –pues, nos dice, *el discurso en el extremo de todo lo posible coloca finalmente a quien lo escucha en el vacío de una noche en la que la plenitud del viento impide escuchar hablar-*, esa fuerza o potencia de negatividad del sacrificio. Y la encuentra en lo que él llama un *texto capital* de la **Fenomenología...**, en el Prefacio, y que es el siguiente:

*La muerte (...) es lo más terrible que hay, y mantener la muerte, es lo que exige la mayor fuerza (...) la vida del Espíritu no es la vida que se espanta frente a la muerte y se preserva de sus estragos, sino aquella que soporta la muerte y se conserva en ella. El Espíritu no obtiene su verdad más que encontrándose a sí mismo en el desgarramiento absoluto. Él no es esta potencia como lo Positivo que se desvía de lo Negativo, como cuando decimos de alguna cosa: esto no es nada o es falso y así, habiéndolo liquidado, pasamos a otra cosa; no, el Espíritu no es esta potencia más que en la medida en que **contempla lo Negativo de frente y permanece cerca de ello** (...) (13).*

El Ser, para Bataille, se manifiesta en la realidad humana o Espíritu cuando asume la fuerza de negatividad que es. Asunción consistente en aceptar o ponerse a la altura de esta negatividad o muerte. Pero no la supresión que conserva, de la obra de muerte o la muerte como obra que es el trabajo (negatividad que transforma en vida la muerte que porta en sí misma); sino la negatividad sin utilidad, semejante a la manifestada por la *belleza impotente que, en los combates, sólo sabe matar* –sin hacer del oponente un esclavo, pues de hacerlo ella misma quedaría subordinada a la obra, a la acción eficaz, articulada en el mundo del trabajo. Lejos de esto, *sacrifica* al oponente: lo suprime sin conservarlo.

Esta fuerza de negatividad (sin empleo) del sacrificio es la manifestación privilegiada de la negación de la realidad corporal o animal, del ser dado natural, fundamento de la verdad humana o espiritual; y no así la negatividad de la acción eficaz o el trabajo.

Y esta supresión o destrucción no dialécticas: el sacrificio, verdad fundadora de la realidad humana o del Espíritu pues no deja ya lugar a rastro alguno de ser dado, cuando el Ser se ha realizado en su totalidad como Sujeto (saber absoluto), implica al mismo tiempo la muerte de este último.

Cuando la totalidad de eso que es, la sustancia, se ha transformado en sujeto a partir de la negatividad de la acción eficaz, en ese momento del fin antes por venir ahora hecho presente –la realización plena del Ser como Espíritu: Espíritu Absoluto- se revela la totalidad en su conjunto a través del discurso del Sabio (del filósofo que puede contemplar este conjunto, encarnado en él mismo, y describirlo). Pero este momento es también el del fin del discurso, cuando el Sujeto es herido de muerte y cesa de ser, el momento de la supresión no dialéctica o del sacrificio del Sujeto y del discurso –de manera que de nuevo surge la pregunta: ¿cómo presenciar lo que se revela en el momento mismo en que quien lo presencia deja de ser?

No debe olvidarse además que lo presenciado en esta revelación es el propio Sujeto, es decir, quien presencia, pues como afirma Hegel: *todo depende de que lo verdadero no se aprehenda y se exprese como sustancia sino también como sujeto.*

Así, el hombre busca en la muerte, *contemplando lo negativo de frente y permaneciendo cerca de ello*, el secreto del Ser, y nada encuentra, sostiene Bataille, pues no es posible en el mismo instante conocer y dejar de ser. Al ser herido de muerte el Sujeto o el Espíritu, cuando ha llegado al *fin* o a la realización plena de sí mismo mediante la acción eficaz, en ese instante quiere presenciar la revelación de sí mismo en su totalidad; pero sólo presencia algo que se le sustrae, un vacío o una ausencia de sí mismo, por lo que *no encuentra nada.*

Por eso, afirma Bataille, deberá *contentarse con un espectáculo*:

La manifestación privilegiada de la Negatividad es la muerte, pero la muerte en verdad no revela nada. Es en principio la muerte de su ser natural, animal, lo que revela al Hombre a sí mismo, pero la revelación nunca tiene lugar. Porque una vez muerto, el ser animal que lo soporta, el ser humano mismo ha dejado de ser. Para que el hombre al fin se revele a sí mismo debería morir, pero le sería necesario hacerlo viviendo -mirándose dejar de ser. En otros términos, la muerte misma debería ser conciencia (de sí), en el momento mismo en el que ella aniquila al ser consciente. Es en cierto sentido lo que tiene lugar (...) de una manera fugitiva, insible (...) por medio de un subterfugio. En el sacrificio, quien sacrifica se identifica con el animal herido de muerte. Así, él muere viéndose morir, e incluso en cierta forma, por su propia voluntad, con el alma del sacrificio. ¡Pero esto es una comedia! (14).

Para Hegel, según Kojève y Bataille, que el *Espíritu contemple lo negativo de frente y permanezca cerca de ello* y a partir de esto obtenga su verdad, significa que el *Ser* se revela enteramente como una realidad forjada por y para sí misma, distinta del mero ser dado, en la medida en que asume la negatividad o muerte que es. Por esto la muerte del ser dado natural, animal, hace posible el devenir del sujeto, la realidad humana o el Espíritu (del *Ser* como Sujeto, y no sólo sustancia). Esta asunción de la negatividad o muerte del animal antropóforo del hombre (su ser dado) significa, para la propia realidad humana, tener conciencia de esta muerte que ella misma se da (muerte voluntaria) al producirse como ser por y para sí.

La muerte es conciencia (de sí) en el momento mismo en que ella aniquila al ser consciente (al sujeto). Negando al ser natural, al animal antropóforo (el soporte natural), el hombre es *una muerte que vive una vida humana* (Kojève): vivir, en vida, la muerte. El hombre se niega a sí mismo (muerte voluntaria) al negar su soporte animal, y lo hace para ser por y para sí; para hacer de sí su propia obra en la totalidad del Ser, llegando a ser este último.

Este proceso de negatividad (del ser dado) es fundamentalmente, para Kojève, *trabajo*. Esta muerte voluntaria, o *muerte que vive una vida humana*, se traduce o se resuelve en trabajo. Trabajo en el sentido de que muriendo el hombre se realiza como hombre: este proceso (de negación) o el encaminarse hacia el *fin* (siendo consciente de este fin: la realización de sí mismo) implica la muerte. El hombre se encamina hacia su *fin*, esto es, hacia su muerte, y de esta manera *anticipa su muerte*. Negándose para realizarse como ser libre, histórico e individual, único y diferente del resto de los seres naturales dados y esforzándose con esto para que la totalidad del Ser se refleje en él, a la vez se suprime o deja de ser.

Su realización implica su muerte. Realizándose tiene presente su muerte, ese *fin* hacia el cual se encamina. Realizándose va anticipando su *fin*: no sólo su realización plena como ser por y para sí, sino también su muerte. Pero sólo así se produce por y para sí mismo.

En este sentido la muerte es una posibilidad, o la posibilidad por excelencia, pues implica un quehacer, el más importante: el hacerse libremente, por y para sí mismo. Muriendo es como el hombre se hace.

Es la posibilidad de morir, la muerte como conciencia de sí o *la muerte que vive una vida humana*: separándose del ser natural, negando al animal antropóforo que lo ata al conjunto de la vida (ser *continuum*), el hombre se vuelve libre e individual y se produce por sí mismo; pero, al mismo tiempo, enfrenta la posibilidad de su desaparición (futura) –mientras que el animal, encontrándose unido al conjunto de la vida (al estar como el agua dentro del agua), en realidad no desaparece: “*El animal no negando nada, perdido sin oponerse (...) en la animalidad global, como la animalidad está ella misma perdida en la Naturaleza (y en la totalidad de eso que es) no desaparece verdaderamente*” (15).

Lo que nos funda como realidad humana es el tener presente la muerte, el mirar cara a cara lo negativo y permanecer cerca de ello. Pero, precisamente, esta negatividad fundadora de nuestra verdad es la misma que nos destruye: “*Es por esto que la conciencia que tiene de sí debe reflejar (...) este movimiento de negatividad que lo crea, que justamente hace de él un hombre por la razón de que un día lo matará*” (16).

Es necesario que *la muerte sea conciencia de sí en el momento en que ella aniquila al ser consciente*. Sólo esta muerte que vive una vida humana funda la realidad humana. De no ser así, esta última no sería posible:

Su propia negatividad lo matará, pero para él, en adelante, ya nada será: su muerte es creadora, pero si la conciencia de la muerte –de la maravillosa magia de la muerte- no lo toca antes de que muera, será para él, mientras viva, como si la muerte no debiera alcanzarlo, y esta muerte por venir no podrá darle un carácter humano. Así es necesario, a cualquier precio, que el hombre viva en el moment en que muere verdaderamente, o que viva con la impresión de morir verdaderamente (17).

¿Esta muerte que toca al hombre antes de que muera, para Bataille, es la *obra* de muerte de la acción eficaz (el trabajo)? ¿Es la supresión dialéctica o potencia de negatividad que transforma en vida la muerte que porta en si misma? Para Bataille no.

La *obra* de muerte que es acción eficaz o trabajo, este proceso o potencia de negatividad por el cual es negado el ser natural (el animal antropóforo), si bien suprime o destruye a este último al mismo tiempo construye o forma al sujeto, a la subjetividad, por lo que es una muerte productiva o útil. Ahora bien, aunque este proceso o trabajo tiene presente el *fin*, es decir, implica la conciencia de este fin, de este límite o muerte, más allá de los cuales ya no es posible ser; aunque este proceso formativo (de la subjetividad) implica la conciencia de la negatividad que finalmente matará al sujeto en vías de formación, al mismo tiempo este proceso *mantiene a distancia* este *fin*. Recordemos las palabras de Kojève citadas anteriormente: “*La Negatividad no es otra cosa que la finitud del Ser (...) o la presencia en él de un verdadero porvenir, que jamás será su presente*” (18).

Mientras se mantiene el proceso formativo de la subjetividad de la acción eficaz el *fin* no toca al hombre, es como si la muerte no pudiera alcanzarlo, pues se trata de *la muerte que jamás será su presente*. Hay conciencia de la muerte, pero como de una irrealidad que no tiene cabida pues es mantenida a distancia.

En este punto Bataille difiere de Kojève. La obra de muerte o acción eficaz no es en verdad la contemplación, por parte del Espíritu (el *Ser* realizado como realidad humana), de lo negativo y la permanencia cerca de ello. Vivir con la impresión de morir de verdad, ser tocado por la muerte en vida sólo es posible por el *sacrificio*. Aunque si es cierto que, para Bataille, el movimiento de la **Fenomenología...** que lleva el discurso al extremo de lo posible, hasta el saber

absoluto o hasta el *fin del discurso*, desemboca como antes se dijo en la supresión no dialéctica (el sacrificio) de este discurso, de este saber o de esta subjetividad que ha alcanzado el límite de su formación real y efectiva por la vía racional.

¿Cómo puede la muerte tocar al hombre antes de que muera? ¿Cómo puede alcanzarlo en vida y así *fundar verdaderamente la realidad humana*? ¿Cómo es posible estar vivo en el momento de morir? O: ¿cómo vivir con la impresión de que se muere de verdad? No mediante la obra de muerte del trabajo, sino del sacrificio; pero de este último como subterfugio, representación o simulacro.

Con este subterfugio, espectáculo o representación se asiste a la muerte del *otro*, o a la propia muerte en el lugar del *otro* –puedo representarme como la víctima de un sacrificio, contemplo mi propio cuerpo en el momento de ser herido de muerte identificándome con su agonía, que es mi agonía; por un momento soy invadido por lo que Bataille llama el *horror sagrado*, la emoción ininteligible de mi aniquilamiento, pero finalmente no muero, quien muere es el *otro*, a quien contemplo y con quien me confundí por un momento.

Este cuerpo herido de muerte es lo que hay de mí de ser dado natural, el soporte animal o animal antropóforo que me obliga a llevar una existencia que me ha sido dada. Así, representando la muerte o el aniquilamiento de este animal obtengo una libertad absoluta o soberana, pues me desvinculo por completa de esa existencia dada; y sin embargo, lo que obtengo, la soberanía, al mismo tiempo se me sustrae por haberme desligado de la realidad empírica, concreta, de manera que esta libertad soberana es conquistada al precio de mi propia desaparición –por esto la soberanía es eso que escapa, de lo que no es posible apropiarse. No se puede poseer.

Resulta entonces que permanezco vivo, pues todo ha sido un *simulacro*. Representación cercana a ese momento soberano imposible, dado que no podemos conocer y cesar de ser al mismo tiempo. De ahí la necesidad del *espectáculo*:

(...) la necesidad del espectáculo, o generalmente de la representación, sin la repetición de los cuales podríamos, frente a la muerte, permanecer extraños, ignorantes, como aparentemente lo están las bestias. Nada es en efecto menos animal que la ficción, más o menos alejada de lo real, de la muerte.

El Hombre no vive solamente de pan sino de comedias por las que se engaña voluntariamente. En el Hombre, es el animal, el ser natural quien come. Pero el Hombre asiste al culto y al espectáculo. O todavía, puede leer: entonces la literatura prolonga en él, en la medida en que ella es soberana, auténtica, la magia obsesiva de los espectáculos, trágicos o cómicos.

*Se trata, al menos en la tragedia, de **identificarnos con el personaje que muere, y de creer morir mientras que estamos vivos** (...) (19).*

Para Bataille la propia **Fenomenología...** de Hegel *revela* esta negatividad del sacrificio en la medida en que lleva el discurso o el saber al extremo de lo posible: hasta el saber absoluto, y por lo tanto lleva hasta el límite la fuerza de negatividad del *Ser* que se constituye como Espíritu o realidad humana, esto es, como revelación de sí mismo como totalidad: "(...) *no podría decirse que Hegel desconoció el "momento" del sacrificio: este "momento" está incluido, implicado en todo el movimiento de la Fenomenología —en donde es la Negatividad de la muerte, en tanto que el hombre la asume, la que hace un hombre del animal*

humano (...) no supo en qué medida tenía razón (...) con qué exactitud describió el movimiento íntimo de la Negatividad (...)" (20).

Bataille explica que Hegel recibió de manera violenta el choque de la muerte. De una manera más violenta a como la recibe el hombre del sacrificio –esto es, de los hombres entregados a este rito ancestral. ¿Por qué? Recordemos que, en la **Fenomenología...**, Hegel sigue el movimiento de negatividad por el cual el *Ser* se constituye como Sujeto en su totalidad. Una vez realizado por completo como Espíritu (realidad humana) el *Ser* se refleja, o se revela, en su totalidad: el *Ser* se refleja en su conjunto en la realidad humana. Pero también este es el momento en que la muerte hiere al *Ser*, cuando es llevada a un límite tal la potencia de negación, que esta misma de acción eficaz que era se torna en gasto improductivo. Una vez que el *Ser* se ha realizado como Espíritu mediante el trabajo o la negación dialéctica, y puede constatarlo en la obra que ha hecho de sí mismo, en ese momento contempla también la aniquilación de esa obra, de su obra, de él.

Y el choque es muy violento pues lo que se refleja, o se revela, es la aniquilación del *Ser en su totalidad*. Se trata de un movimiento que arrastra a la **totalidad** de lo que es.

En este sentido podría decirse, de acuerdo con Bataille, que la **Fenomenología...** como obra o discurso, al llegar al límite extremo, al límite de lo posible –en donde termina la negatividad útil o dialéctica- nos permite contemplar: "*(...) el espectáculo que nunca mirarán más que unos ojos cerrados, pero que veo todavía, y que frente a mis ojos desorbitados es tan maravilloso como angustiante*" (21).

Espectáculo montado por el propio Hegel, en donde la negación es representada conscientemente, esto es, por medio del pensamiento discursivo, del razonamiento; pero que en un momento dado deja el lugar a una *negatividad sustraída a la conciencia*, al saber, al Sujeto: negatividad que lo aniquila, permitiéndole solamente tener la *experiencia* de ese horror sagrado, en donde el sujeto queda *en el vacío de una noche en la que la plenitud del viento impide escuchar hablar*.

La **Fenomenología**... es discurso: obra o trabajo, y como tal es acción eficaz, subordinada a un *fin*. Este último es precisamente el acabamiento del discurso, el saber absoluto, la sabiduría plena o la formación completa del Sujeto (de la subjetividad). Así, la obra de Hegel, en la medida en que está subordinada a este *fin*, es trabajo servil y por lo tanto en ella no se alcanza la verdadera soberanía del Ser. En la **Fenomenología**... el Ser se revela como una obra en proceso, existiendo con vista a ese *fin*, luchando y trabajando por alcanzarlo, y en este sentido la soberanía queda fuera del Ser en la medida en que éste permanece articulado en el dominio de la acción eficaz.

Sin embargo: "(...) *la conciencia sabia y la ordenación sin fin de un pensamiento discursivo, esta conciencia, este ordenamiento, tienen todavía un punto oscuro*" (22). Este *punto oscuro* revela lo que escapa a la conciencia sabia, al saber absoluto o al Sujeto realizado como totalidad de lo real.

La realización más rica del Ser, lograda por la acción eficaz, manifiesta como Espíritu o realidad humana, se revela en el discurso: en la obra en que es descrita la totalidad de lo que es. Momento en el que es posible finalmente contemplar, o presenciar, esta totalidad. Y sin embargo, en este límite alcanzado, cuando el *fin* ha pasado de un porvenir a un presente hecho realidad, cuando ya no queda

lugar para la acción eficaz y sólo resta contemplar la obra concluida, en ese momento un movimiento violento arrastra de tal forma al Ser en su totalidad que le revela una negatividad que lo destruye.

Se le revela entonces la verdadera soberanía que él es y se ve enfrentado a una fuerza de negatividad tal que al mismo tiempo que lo sitúa en la cumbre de sí mismo lo destruye sin permitirle contemplar ni presenciar cosa alguna: es el *punto oscuro*, o la fisura que, dentro del propio ordenamiento discursivo de la obra de Hegel, *deja ver lo otro* de la conciencia sabia o del Sujeto. Y lo deja ver, precisamente, cegándolo.

4.2. Ser, posibilidad, acción eficaz y alteridad

El saber absoluto, la revelación total del Ser o la puesta al desnudo de todas las cosas, sólo es posible cuando ya nada queda por ser negado; cuando lo otro extraño y opuesto al Espíritu deja de ser extraño y es integrado por éste. El Espíritu se reconoce en eso otro, su obra o producto, que es él mismo.

Se llega al *fin* o a la realización plena del Ser como Espíritu, al Espíritu Absoluto. El *fin* no es más un porvenir sino una realidad hecha presente. En este momento el Espíritu es herido de muerte. Así, como antes se dijo, la *decepción* obedece a que el hombre (el Ser como Espíritu) busca en la muerte el secreto del ser y no encuentra nada, al no poder conocer y dejar de ser al mismo tiempo, por lo que *esta contemplación de la totalidad no es posible*.

Así, el hombre *debe contentarse con un espectáculo*: anticipar y representar el instante de la muerte. Hegel mismo anticipó este momento en el que todo

sucumbe, esa puesta al desnudo de todas las cosas, el momento de *la visión de una totalidad de la cual ningún elemento constitutivo puede ser separado, y que, en consecuencia, en último lugar, lleva todo elemento al momento en que la muerte lo toca.*

Lo anticipó en la **Fenomenología...**, en donde sigue el movimiento o la fuerza de negatividad por la cual el Ser, como Espíritu o realidad humana, llega al límite de sus posibilidades, al umbral en donde precisamente se dibuja la sombra de *lo otro*, extraño, en donde el Espíritu termina por abismarse y es refutado como Sujeto, en la noche del no saber.

De esta manera, siguiendo a Hegel, Bataille dice en **L'expérience intérieure** lo siguiente:

Si yo "imito" el saber absoluto, heme aquí por necesidad Dios mismo (...) El pensamiento de este yo mismo –de la ipse- no ha podido hacerse absoluto más que deviniendo todo. La Fenomenología del Espíritu compone dos movimientos esenciales acabando un círculo: este acabamiento por grados de la conciencia de sí (de la ipse humana), y el llegar a ser todo (llegar a ser Dios) de esta ipse acabando el saber (y de este modo destruyendo la particularidad en él, acabando así la negación de sí mismo, llegando a ser el saber absoluto)" (23).

El sabio o filósofo -en este caso Hegel, y Bataille imitándolo- ha llegado al momento de la totalidad del Ser como Espíritu o saber de sí y su revelación, por lo que se identifica con Dios, es Dios mismo –la totalidad de lo que es, sabiéndose como tal.

Ahora, llegar a este momento es entrar en la realidad de la muerte, pues la negación dialéctica deja el paso a la negatividad que nada conserva ni transforma, a la belleza impotente. Así, la *obra* realizada del Ser como Espíritu pasa a ser destruida soberanamente, esto es, sin conservarse nada de ella.

Hegel anticipó este momento, pudo sentir ese *desgarramiento del Espíritu, contemplando lo Negativo de frente y permaneciendo cerca de ello*. Entró, mediante la escritura de la **Fenomenología...**, en la realidad de la muerte, sintiendo esa fuerza de negatividad que nada conserva. ¿Y qué pudo contemplar? Nada, señala Bataille; pues no es posible en el mismo instante conocer y dejar de ser. Esta *nada* o *vacío* es *la noche en la que la plenitud del viento impide escuchar hablar*, en donde el Espíritu (el Sujeto) se abisma y se pierde.

Por esto Bataille dice de Hegel: "(...) *imagino (...) el horror de estar en el fondo de las cosas – de ser Dios. Hegel, en el momento en que se cerró el sistema, creyó dos años volverse loco*" (24).

Experiencia no confesada por Hegel en la **Fenomenología...** sino –de acuerdo con Bataille– en una carta dirigida a un conocido llamado Windischmann, quien se quejaba del pesar en que lo había dejado su desarrollo intelectual. Y Hegel, a manera de respuesta, le dice conocer esa zozobra, vivida por él mismo en un momento determinado del desarrollo de su propio trabajo:

Esté usted seguro de que, en el estado de alma que me describe, este trabajo es por una parte (...) descenso en las regiones oscuras en donde nada se muestra firme, determinado y cierto, en donde brillan luces un poco por todas partes, pero bordeadas por abismos; luces que, turbadas por el medio que las rodea, proyectan reflejos engañosos en vez de aclarar; regiones en donde cada sendero que comienza, se detiene bruscamente, se

pierde en lo indeterminado y nos arranca a nosotros mismos de nuestro destino y dirección. Conozco por mi propia experiencia este estado del alma, o más bien de la razón (...) He sufrido durante algunos años de esta hipocondría hasta perder fuerzas; cada hombre sin duda ha conocido un punto crítico tal en su vida, el punto nocturno de la contradicción de su ser (...) (25).

En un artículo de 1947, publicado en la revista **Critique: De l'existentialisme au primat de l'économie**, Bataille explica que esta experiencia de Hegel obedeció a que, al llegar al límite extremo y, por lo tanto, al saber absoluto, el filósofo vivió el rechazo de la subjetividad, la destrucción de su particularidad o negación de sí mismo. Cosa que: "(...) no se deduce de un texto filosófico, sino de una carta a un amigo, en la que le confió que, durante dos años, creyó volverse loco"; y además: "La razón fue la necesidad en la que se encontró de renunciar en sí mismo al individuo (representándose la necesidad de no ser más, él, el ser particular, el individuo que era, sino la idea universal, de caer si se quiere en la inanidad divina – en una palabra de ser **Dios**, pero debiendo, **queriendo** morir, sintió volverse loco). Esto no duró una noche, o dos días, sino dos años" (26).

La exigencia del Ser realizado en su totalidad como Espíritu excede al ser particular del filósofo, quien sigue y describe este proceso, anticipando su plena realización. Se trata de una necesidad, de una fuerza de negatividad tal que exceden al individuo o a los individuos mediante los cuales se realiza. Necesidad inmanente e impersonal del Ser. En palabras de Bataille: "(...) necesidad al mismo tiempo impersonal e interior pero inmanente al espíritu al que se impone (...) no dejando escapatoria (...) Hegel no podía más que obedecer a su propia razón – o perderla" (27).

En aquel artículo de 1947 Bataille señala que la **Fenomenología...** más que una construcción intelectual es *la aparición y la supresión de la subjetividad en el mundo*. El largo proceso histórico por el cual el Ser se constituye en su totalidad como Espíritu, Sujeto o saber de sí, implica una continua sucesión de desgarramientos, de trabajos, de errores, de caídas y de revueltas propias de una epopeya agotadora de la particularidad del sujeto en vista de la universalidad del objeto, de la conciencia de sí como de un universal (28).

Esta epopeya presentada en la **Fenomenología...** lleva a Bataille a pensar que el propio Hegel tuvo la experiencia de ese consumo intenso de la subjetividad, de su propio yo particular –finalmente destruido, negado o suprimido por un movimiento agotador que permitió la realización del Espíritu.

La realidad humana involucrada en esta epopeya es llevada a la altura de la muerte, pues la historia de la subjetividad, del devenir Espíritu (o Sujeto) del Ser, transita por un movimiento de guerras, opresiones, angustias y esfuerzos propios de una inmensidad desencadenada, vivido por el mismo Hegel. Por esto Bataille puede decir: *“La dura verdad de la **Fenomenología...** es que el espíritu es la misma cosa que la historia, que su tensión y su reposo se reducen al efecto lejano de la lucha sin piedad de la cual la tierra fue el lugar”* (29).

Epopeya agitada y sangrienta por la cual el yo particular es reducido a lo universal, a ese yo que es un nosotros, al Espíritu Absoluto. Proceso que para Bataille es la destrucción que escandaliza y sofoca, pero al mismo tiempo exigido por la razón.

Las huellas de esta epopeya o destrucción escandalosa y agotadora que termina con la realización total del Ser como Espíritu quedaron manifiestas en la persona del propio Hegel en su vejez: *“Y el sosiego asolado que aparece sobre*

los rasgos de Hegel viejo, cuyo aspecto agobia y tranquiliza, no es de ninguna manera el olvido de la imposibilidad de la cual él ha salido, sino más bien la imagen: una imagen de muerte y de acabamiento" (30).

Así, Hegel vivió el desgarramiento del Espíritu y, verdaderamente, pudo contemplar lo negativo de frente y permanecer cerca de ello.

En otras palabras Hegel pudo conocer la existencia que nos excede como seres particulares, manifiesta como una necesidad inmanente e impersonal, esa fuerza de negatividad que rebasa al yo particular, sin la cual el Espíritu no se realiza pero que al mismo tiempo arrastra hacia la muerte a las individualidades que hacen posible esta realización.

En este sentido la individualidad es consumida intensamente hasta el límite de morir. Y lo encontrado por Bataille en la obra de Hegel, lo revelado por esa descripción del proceso del devenir Espíritu del *Ser en la Fenomenología...*, fue la: "*(...) necesidad en nosotros de llevar a la individualidad al extremo de la tensión, pero para destruirla" (31).* Así, Hegel supo de *la muerte que vive una vida humana.*

La individualidad rica, continúa Bataille en el artículo de 1947, demanda intensamente a la subjetividad ser eso que ella no es: universal. Para acceder a la universalidad verdadera, para ser el Espíritu Absoluto o para *serlo* todo y saberse ese todo, la individualidad llega al extremo de la tensión, al momento en que es consumida por completo.

En *L'expérience intérieure* se habla de dos movimientos esenciales de la **Fenomenología...**: uno es el acabamiento por grados de la conciencia de sí (de la *ipse* humana), y el otro es el llegar a ser todo (llegar a ser Dios) de esta *ipse* acabando el saber.

¿Qué significa este llegar a ser todo de la *ipse* acabando el saber? Imaginemos a Hegel, en la **Fenomenología...**, siguiendo y describiendo la fuerza de negatividad del *Ser* hasta el límite extremo. Ha vivido la supresión o la muerte de cada una de las figuras del Espíritu para llegar a la conciencia de sí universal, lo cual significa una experiencia agotadora. Finalmente llega al momento en el que, en él mismo, el *Ser* se presenta como una realidad hecha por y para sí agotando todas sus posibilidades, una realidad que además se sabe a sí misma como totalidad más allá de la cual nada hay. Es en el filósofo o sabio, en Hegel, en quien la totalidad de lo que es se refleja –él es esta totalidad sabiéndose tal, pero también es suprimido por este universal que lo excede.

Ahora bien, imitando a Hegel al seguirlo en la **Fenomenología...**, Bataille refiere lo siguiente en **L'expérience intérieure**: "(...) **el saber absoluto (...)** es **no saber definitivo**. Suponiendo que llegue ahí, sé que ahora no sabría nada más de lo que sé" (32).

Si lo sé todo o si el *Ser* se sabe en su totalidad en mí (sabio, filósofo) entonces no habrá *nada* más que pueda ser y saberse; pero esto deja ver que algo *otro* comienza a dibujarse: ese *nada más que puede saberse y ser*, que ahora se presenta (si pudiera hablarse de presencia) como lo **incognoscible**. No lo aún desconocido que más tarde será conocido, pues si se ha llegado al límite extremo no puede haber ya un "más tarde", sino lo que queda fuera de la *posibilidad* del saber, lo *otro* del saber.

Una vez cerrado el sistema en la **Fenomenología...**, se dibuja lo *otro* o el *Ser* heterogéneo: el *Ser* ya no como posibilidad o acción eficaz, poder ser (realización de sí) y saber, sino como **imposibilidad**.

El Ser heterogéneo, irrepresentable pues queda fuera del saber o del conocer, se dibuja ahora como la verdadera totalidad: lo totalmente otro o la alteridad radical. No en el sentido de *ser* y *saber*, como *Ser* que es *pensamiento* y *pensamiento* que es *Ser*, sino la totalidad de lo que es como lo **otro** del *Ser* que es *pensamiento*. El todo fuera del *Ser total* como *saber total*, fuera de la correspondencia *Ser total* = *Saber total*, excediendo esta igualdad.

Una vez cerrado el sistema *Ser* = *saber* (pensamiento) se abre para quien ha llegado a este límite extremo lo *otro* que excede al sistema: lo ininteligible e incognoscible. Así: "(...) *en este momento preciso se formula la cuestión que hace entrar la existencia humana, divina... en la más profunda oscuridad sin retorno: ¿por qué es necesario que haya eso que sé? ¿Por qué es una necesidad? En esta pregunta está oculto un desgarramiento extremo, tan profundo que sólo el silencio del éxtasis responde*" (33).

En el límite extremo algo queda para siempre sin respuesta: el *Ser* heterogéneo, ya no como posibilidad o acción eficaz (trabajo y saber), ahora como imposibilidad: si en el límite extremo del saber absoluto resulta que *todo lo real es racional y todo lo racional es real*, lo ininteligible está en la imposibilidad de explicar por qué esto real y racional es —momento al que se llega sólo en el límite extremo, no antes, pues el saber absoluto o *todo eso que yo sé* implica necesariamente *todo eso que no sé para siempre* (34).

En una nota a pie de página del artículo de 1947, *De l'existentialisme au primat de l'économie*, Bataille se refiere al *Ser* ajeno a la posibilidad de la acción eficaz en los siguientes términos: "*No sé nada, absolutamente nada. No puedo conocer eso que es. Permanezco, no pudiendo relacionar eso que es con lo conocido, perdido en lo desconocido*" (35).

El *Ser* heterogéneo e imposible, ajeno a la acción eficaz del trabajo y del saber, es referido por Bataille como *eso que es*: lo incognoscible; lo que se dibuja una vez cerrado el sistema del saber absoluto, la existencia como lo *otro* de la posibilidad o la acción eficaz. Lo *otro* siempre sustraído o fuera de la negatividad útil y por lo tanto fuera del círculo (sistema) *Ser = Pensamiento* (saber); el *Ser* en términos de *no saber*.

¿Qué significa el *Ser* en términos de posibilidad? Para responderlo es necesario retomar algo de lo expuesto en el capítulo dos del presente trabajo sobre el *mundo discontinuo*.

Posibilidad es acción eficaz, y acción es negación. El *Ser* como posibilidad es la realidad humana o el Espíritu esforzándose por ser por y para sí mismo: libre y autónomo. Semejante logro necesita de la negación de lo otro.

Cuando el *Ser* se encuentra en un estado de inmanencia no hay Espíritu. Es la animalidad: estar en el mundo como el agua dentro del agua. Predomina una continuidad indiferenciada, el ser *continuum*, en donde todo lo que hay se mantiene unido y se mueve junto, se encuentra fusionado en una profunda intimidad sin distinciones. Esta vida íntima es la del ser *communiel* (comunal).

El *Ser* deviene Espíritu con el *poder de trascenderse*. Sale de las tinieblas de la vida íntima, animal, por la fuerza de la negatividad o la acción transformadora que le permiten constituirse como realidad subjetiva (Espíritu), abandonando el estado de impersonalidad en el que se encontraba como ser *communiel*. Este último es, precisamente, una realidad impersonal pues en ella todo lo que hay está absorbido en la indistinción, sin contornos, ni formas, ni figuras, ni límites.

El devenir del *Ser* como Espíritu es la constitución de la subjetividad, de la conciencia o la realidad humana. Realidad propia, distinta, producto de sí misma a partir de ese poder de trascenderse, de separarse o de romper el vínculo con la continuidad indistinta. *Poder* que es la fuerza de negatividad como acción eficaz o trabajo. Así, el Espíritu comienza en el momento en que el *Ser* se separa de la vida íntima, en donde todo se mantiene unido indistintamente, para constituirse como realidad autónoma y propia.

Esta nueva realidad, ahora subjetividad y conciencia, sólo puede ser esto (Espíritu) por medio de lo otro: el verdadero reconocimiento de sí como realidad propia y libre no puede lograrlo únicamente desde sí misma, necesita afirmar y reconocer su subjetividad a partir de algo otro que no sea ella, el no yo.

Se construye negando lo otro de lo cual se ha separado: el ser *continuum*, impersonal e indistinto, total y radicalmente extraño para una realidad que, en oposición a este ser indiferenciado, se ha constituido como una realidad distinta y consciente de su distinción. Consciente de ser por y para sí misma, de ser su propia obra y de tener un límite, una forma, un contorno. Para esta nueva realidad ahora ya hay *mundo* –el ser *communiel* no lo es–: el mundo de la claridad y la distinción. En donde la realidad consciente de sí, el sujeto, se diferencia claramente de lo otro que no es él, el objeto. Y tanto el sujeto como el objeto no se confunden, pues en cierta medida se ha roto el vínculo de profunda inmanencia que los cohesionaba indistintamente. Tanto uno como el otro tienen límite, forma y contorno.

La anterior continuidad indiferenciada cede el paso al mundo *discontinuo*. Mundo en donde la realidad subjetiva, replegada en sí misma, se encuentra separada de lo otro que no es ella, del objeto también replegado en sí mismo. Separados ambos por un abismo.

En este proceso de llegar a ser por y para sí y en la medida en que para ello es necesario lo otro, pues la realidad subjetiva sólo puede reconocerse en una realidad otra que la suya, esta subjetividad suprime y transforma el ser *continuum* que para ella representa la extrañeza radical, creando una alteridad a su medida, esto es, semejante a ella misma y sin ningún rasgo de extrañeza.

Esta realidad subjetiva se construye un mundo a su medida. Entre ella y el objeto, que representa la alteridad, se forma una realidad *homogénea* sin diferencias fundamentales: el sujeto se reconoce en lo otro que no es él, en el objeto, pues finalmente este último es el reflejo del primero, uno y otro son lo mismo.

Mundo homogéneo en donde todo es familiar, conocido, en donde la realidad subjetiva encuentra su propio reflejo por todas partes. En este sentido el Espíritu, la subjetividad, se reconoce como una totalidad que abarca al conjunto de todo lo que hay. Él lo es todo. Y sin embargo, permanece una verdeara alteridad, por completo radical, pues hay no otro mundo sino *lo otro del mundo*. Lo otro del Espíritu. El afuera del mundo homogéneo, del mundo que es Espíritu en su totalidad. El afuera por el cual el Espíritu no puede ser totalidad. El afuera en donde el Espíritu se abisma y se pierde como tal. El Ser heterogéneo o *lo otro del Ser* como *posibilidad*.

El *Ser* como *posibilidad* es el Espíritu: acción o negatividad que suprime y transforma. Obra o producto de sí mismo. Ahora bien, fuera de la posibilidad permanece una realidad ajena a los efectos de esta acción eficaz, lo otro de la posibilidad, el *Ser* como imposibilidad: *eso que es* o la belleza impotente que nada transforma. Lo incognoscible, pues no lo toca la acción eficaz del trabajo y del saber. Aquello frente a lo cual Bataille sólo puede decir, en medio del silencio del éxtasis: *no sé nada, absolutamente nada, no puedo conocer eso que es, permanezco perdido en lo desconocido.*

El *Ser* como posibilidad es entonces Espíritu: acción eficaz o producción de sí; es obra, su propia obra. Obra que es la subjetividad o el saber de sí, el reconocimiento de su propia realización. Y este proceso produce un mundo homogéneo en donde todo lo que hay es a la medida de la subjetividad, es su reflejo (es la propia subjetividad). Subjetividad que se va a reconocer como totalidad. De esta manera el Espíritu, o la Subjetividad, constituyen el *Ser* en su conjunto.

El *Ser*, en su conjunto, es subjetividad. La totalidad de lo que es, es sujeto.

La totalidad se encuentra así concentrada en un lugar: en el Sujeto. El *Ser* deviene una presencia presente para sí misma. El *Ser* como posibilidad es el *poder* de presenciarse: manifestación o revelación de sí. Un poder de mirarse, de reconocerse y, por lo tanto, de ponerse o encontrarse en un lugar, precisamente en la obra en la que se puede contemplar. Una obra que es la realidad total. No está perdido o ausente de sí.

En esto hay una *voluntad* (deseo) *de totalidad*: el devenir Espíritu del *Ser* en el sentido de ser por y para sí mismo, y saber de sí. Un querer dar razón de todo *eso que es*, esto es, de sí mismo. Querer o *deseo de reconocimiento* de sí como absoluto.

Ahora, esta voluntad o deseo llega a un límite. Al llegar al límite extremo o al extremo de la posibilidad, al saber absoluto, se dibuja entonces *eso que es* como lo radicalmente otro, lo imposible: el *Ser* mismo rebasando o excediendo la posibilidad, a la acción eficaz, en donde ya no se puede actuar eficazmente. Realidad desbordando al Sujeto, al Espíritu, arruinándolos.

Como imposibilidad el *Ser* no se encuentra en lugar alguno. En **L'expérience intérieure** Bataille afirma lo siguiente: "*El ser está en ninguna parte*" (36). No se concentra de manera definitiva en la subjetividad (saber de sí). Lejos de presenciarse se pierde en una ausencia de sí.

Este movimiento que excede al *Ser* llevándolo a su pérdida es una fuerza de negatividad sin utilidad alguna, no productiva, pues tiene el sentido opuesto al de la producción de la subjetividad. No produce obra, arruina.

Antes se dijo que el *Ser* deviene Espíritu con el poder de trascenderse, de salir de la vida íntima sin formas ni contornos. Por este poder se constituye como realidad subjetiva abandonando la impersonalidad del ser *communiel*. Realidad distinta y consciente de su distinción; con límite, forma y contorno. El *Ser* es Sujeto en su totalidad.

Sin embargo, la fuerza de negatividad del *Ser*, la misma que en un momento dado le permitió constituirse como Sujeto, al llegar al límite de la posibilidad o al extremo de la acción eficaz, se trastoca en un movimiento que desborda y excede a esta subjetividad llevando de nuevo al *Ser* a la impersonalidad de la vida íntima.

4.3. El Ser heterogéneo e imposible

En el Prólogo a la **Fenomenología...** Hegel afirma: *el hombre no es lo que es, sino que es lo que no es*. Habla de la negatividad que es la realidad humana. O puede decirse que el Ser en su totalidad es negatividad, pero específicamente en la realidad humana es consciente de la negatividad que él es. La realidad humana es la conciencia de la negatividad (muerte) del Ser.

La realidad humana surge como una *cabeza ensangrentada* en el conjunto de la realidad. Bataille cita las siguientes palabras de una conferencia de Hegel en su artículo *Hegel, la mort et le sacrifice*:

El hombre es esta noche, esta Nada vacía (...) Es la noche, la interioridad – o – la intimidad de la Naturaleza lo que existe aquí: (el) Yo personal puro. Anochece alrededor de las representaciones fantasmagóricas: surge entonces bruscamente aquí una cabeza ensangrentada; allá una aparición blanca; y desaparecen también bruscamente. Es esta noche la que se percibe si se observa a un hombre en sus ojos: las miradas se hunden entonces en una noche que deviene terrible; es pues la noche del mundo la que se presenta a nuestros ojos (37).

¿Qué es esta noche, esta nada vacía, esta intimidad en la naturaleza? ¿Qué es este Yo personal puro? ¿Y esta cabeza ensangrentada, la aparición blanca, que surgen y desaparecen tan bruscamente como aparecieron? ¿Y esta noche en los ojos del hombre –noche terrible?

Es la realidad humana como negatividad o potencia negadora.

En medio del ser dado y natural se produce un desgarramiento, un movimiento brusco y violento. Se manifiesta una potencia destructiva o acción en contra de este ser natural: la realidad humana. Fuerza que es una *puesta en cuestión* o *puesta en juego* de la realidad misma. Un rechazo frente al ser dado, su negación. En el seno del *Ser* o de la realidad se manifiesta una potencia que rechaza (pone en cuestión) ese estado de inmediatez o inmanencia en el que se encuentra el mismo *Ser*: el estar en el mundo como agua dentro del agua, sin haberse hecho a sí mismo o auto producido.

Este rechazo o negación es precisamente una acción, un acto por el cual el *Ser* busca y se esfuerza por realizarse no solamente como naturaleza (sustancia), sino también como Espíritu o realidad humana –Sujeto o saber de sí.

La realidad humana es esta negación, este rechazo o acto; en suma, es potencia negadora o negatividad. Y en este sentido el ser humano pone en cuestión la realidad al negarla como mero ser dado. Él mismo es esta realidad, se encuentra inmerso en ella; tiene un soporte natural, su animalidad, que tiende a mantenerlo en el mundo como el agua-dentro del agua y por lo tanto unido al conjunto de la realidad –perdido en el *continuum* indiferenciado en donde todo se mantiene junto.

La potencia negadora consiste en separarse del *continuum* para constituirse como realidad propia, producida por sí misma. Este proceso o trabajo de auto producción se realiza y sólo es posible a partir del ser dado, de su negación.

Negando al ser dado el hombre se niega a sí mismo, niega al animal antropóforo que él es. Niega su animalidad en vías de realizarse como hombre acabado. Negación dialéctica o acto que suprime y conserva transformando lo suprimido en algo distinto de eso *que* (simplemente) es. La acción negadora no

deja de operar sobre *eso que es*. No puede operar, para Hegel, sobre nada; y en este sentido es acción útil o productiva –en una nota a pie de página de Hegel, *la mort et le sacrifice* Bataille escribe: "(...) Pero de todas maneras, Hegel, hostil al **ser sin hacer** – a *eso que es simplemente*, y no es **Acción** (...)" (38). La acción siempre por encima de *eso que* (simplemente) es.

El hombre, como potencia negadora, rompe el vínculo con el ser *continuum*; trabaja para realizarse libremente por sí mismo y por eso niega al ser dado, él mismo se niega como tal; y esto significa suprimir el ser natural, pero dialécticamente. Este ser dado lo forzaba a estar en el mundo como el agua dentro del agua, y pronto quedará suprimido y transformado, en su totalidad, en realidad humana o Espíritu.

La puesta en cuestión es por la totalidad del *Ser*, por su realización como Espíritu. Puede hablarse entonces de una *voluntad de totalidad*, de una *voluntad* del *Ser* por realizarse por y para sí mismo –lo cual se manifiesta en su devenir como Espíritu o realidad humana.

En suma, el hombre es *negatividad*. Rechaza, niega, pone en cuestión o en juego al ser dado (a sí mismo como animal antropóforo). El hombre es *deseo*, aquello que lo vuelve inquieto y lo empuja a la acción, al trabajo o la transformación de *eso que* (simplemente) es en producto humano, saber o Espíritu.

Hay en el hombre una exigencia de ser todo, una voluntad de totalidad en este devenir como realidad humana o Espíritu del *Ser* en su conjunto. El hombre quiere ser por y para sí mismo, niega al ser natural (dado) que lo mantiene como algo cuyo ser le ha sido dado por la vida natural. Negar al ser natural no significa constituirse independientemente de él: primero porque sin éste no hay proceso de

negación, y segundo porque el hombre sólo puede ser (por y para sí) en una realidad concreta. Esta última es el ser natural negado y transformado en realidad humana o Espíritu.

El hombre trabaja sin descanso para volver razonable el mundo, actúa sobre el mero ser dado y natural para transformarlo en obra humana, de manera que la totalidad de la realidad es transformada en Espíritu. Esto le permite al hombre pensarse como un todo: es el Espíritu y el Saber Absolutos; el acabamiento del hombre, o del Ser en su conjunto, como realidad humana. En este sentido la realidad humana lo es todo, y esto por la acción que es el trabajo.

La acción apunta al *fin* porvenir: la realización total del Ser como realidad humana o Espíritu. La acción es la negatividad por la cual negando la naturaleza y negándose como ser (dado) natural el hombre se vuelve libre, pues se hace por y para sí, se realiza produciéndose en el mundo: *pero se vuelve libre sometiéndose al trabajo*.

El hombre realiza la exigencia de serio todo, yendo hasta el límite de todas sus negaciones o, mejor dicho, llevando hasta el límite la negatividad que es. ¿De qué límite se trata? De la transformación en *poder* de toda la nada (esa noche o nada vacía) que él mismo es. Límite que es el poder del hombre de transformar en acción toda su negatividad.

En este punto cabe la siguiente pregunta: ¿es realmente ir hasta el límite el transformar en *poder*, en acción útil o productiva esa nada, potencia negativa o negatividad que el hombre es? Hay en el hombre el *poder* de transformar en acción su negatividad. Esto, según Bataille, lo vio muy bien Hegel (por eso: *el hombre no es lo que es, sino que es lo que no es*) Pero esto no es llegar al límite.

Casi al inicio de *L'expérience intérieure*, refiriéndose a esta negatividad o puesta en cuestión que es el hombre mismo, Bataille escribe lo siguiente: "*La experiencia interior responde a la necesidad en la que me encuentro —la existencia humana conmigo— de poner todo (...) en cuestión (...) **sín reposo admisible**" (39).*

Si el hombre asume la negatividad que es y la transforma en acción (útil), si transforma en poder esa nada que es, lo hace con vistas a un porvenir o *fin*: su propio acabamiento como hombre y, por lo tanto, la realización del Ser como Espíritu. Y, efectivamente, se vuelve libre negando la naturaleza y negándose como ser natural. Pero *se vuelve libre sometándose al trabajo*. Sometimiento u obstáculo para la verdadera soberanía.

Si la negatividad en el hombre queda subordinada a algo, si sólo se realiza en vista de algo que no sea ella misma, entonces no se ha llegado al límite. El problema está en el *fin*, pues éste significa no ir más allá, detenerse en un punto o *reposar*, y así, la negatividad no es extrema, libre y soberana.

Asumir la negatividad, para el hombre, significa poner en cuestión lo que él es y, en suma, poner en cuestión al conjunto del Ser. Puesta en cuestión que no se detiene en momento alguno, y en este sentido no termina con el hombre como un ser acabado —del Ser como Espíritu: cuando el hombre, una vez negada y transformada en obra humana la totalidad de la realidad, se limita sólo a *contemplar y describir* esta obra, como si ya nada más hubiera para él.

Precisamente el *reposo* rechazado por Bataille es la contemplación de la obra humana que el hombre, habiendo transformado en acción la negatividad, ha realizado por sí mismo. Así, la experiencia interior no se detiene aquí, ni en algún

otro fin o límite, y por eso ésta: "(...) es la puesta en cuestión (...), en la **fiebre** y en la **angustia**, de eso que un hombre sabe por el hecho de serlo" (40).

La negatividad no se termina, no se agota transformándola en acción (útil). El hombre no agota la negatividad en la acción, no transforma toda la *nada* que es en *poder*. Más allá de la acción (útil) y el poder, del reposo, continúa lo opuesto a este último: la *fiebre* y la *angustia*.

Negando la naturaleza y a sí mismo como ser dado natural se produce por y para sí mismo, se produce en el mundo y, así, transforma la totalidad del Ser en obra humana. Todo lo que es se realiza como Sujeto o saber de sí. El hombre deviene entonces el absoluto, es igual a todo y es la conciencia del todo.

La negatividad queda transformada por el hombre en acción y poder eficaz: el hombre acabado, absoluto. La totalidad del Ser como obra humana (Espíritu). El hombre como *reflejo* de la totalidad que ha llegado al límite más allá del cual no puede ser.

Y, sin embargo, aún habiéndose llegado a este límite la negatividad no queda agotada y continúa la puesta en cuestión o la negación del hombre. Puesta en cuestión que suspende ese *fin*, meta o resultado del hombre como absoluto. Suspende en el sentido de no admitir dicho *fin*. Y así se revela otra exigencia, no la de la puesta en cuestión que se detiene en el *fin* o respuesta, sino otra que los rebasa dejando a quien se entrega a ella en la fiebre y en la angustia, pues esta puesta en cuestión radical no tiene término: "(...) no lleva a puerto alguno (...) sino a un lugar de extravío, de no sentido" (41), es repetida infinitamente y sin descanso.

Como se dijo antes Bataille ingresó al curso de Alexandre Kojève, una lectura comentada de la **Fenomenología...** de Hegel, en 1934. Se llevó a cabo en la Escuela Práctica de Altos Estudios de 1933 a 1939. En el año de 1937 Bataille envió una carta a Kojève en donde se refiere al *fin de la historia* (algo que se discutía mucho y se daba por supuesto entre algunos asistentes del curso, como el caso del propio Kojève, no el de Bataille) y a lo que, al parecer por primera vez, Bataille llamó la *negatividad sin empleo*. En la carta se encuentra lo siguiente:

Admito (como una suposición verosímil) que desde ahora la historia está acabada (...) Sea lo que sea, mi experiencia (...) me ha conducido a pensar que ya no tenía nada que hacer (...)

Si la acción (el "hacer") es —como dice Hegel— la negatividad, la cuestión es entonces saber si la negatividad de quien no tiene "nada que hacer ya" desaparece o subsiste en el estado de "negatividad sin empleo": personalmente, no puedo decir más que en un sentido, siendo yo mismo exactamente esta "negatividad sin empleo" (no podría definirme de manera más precisa) (...) Imagino que mi vida (...) la herida abierta que es mi vida - ella sola constituye la refutación del sistema cerrado de Hegel.

(...) En lo que a mí concierne, la negatividad que me pertenece no ha renunciado a emplearse más que a partir del momento en el que ya no tenía empleo: es la de un hombre que ya nada tiene que hacer (42).

A qué fin de la historia se refiere? Al momento de la realización plena del Ser como Espíritu, cuando el Ser ha llegado al saber de sí en su totalidad en la realidad humana: el ser dado, natural, se encuentra negado y transformado por completo en obra humana. Es el momento del hombre universal (hombre = Ser

total), quien ha realizado la voluntad de totalidad, pues ahora él es todo el Ser y la conciencia de ese todo (Dios mismo). Así, nada queda por hacer, la negatividad ha sido llevada al límite extremo (aparentemente) sin quedar ningún resto de ser dado y natural. El hombre se apoya en esta totalidad inmóvil que él mismo es, en esta suficiencia alcanzada.

Para Bataille Hegel encarnaba a este hombre universal, pues había llegado a ese aparente límite extremo. ¿Qué le quedaba *por hacer* entonces al filósofo alemán? En *De l'existentialisme au primat de l'économie* Bataille se refiere a él en los siguientes términos: "*Hacia el final de su vida, Hegel no cuestionó más el problema: repetía sus cursos y jugaba a las cartas*" (43).

Al detenerse la negatividad, pues ya nada queda por hacer, Hegel repetía los mismos cursos una y otra vez, mataba el tiempo leyendo periódicos y jugando a las cartas.

¿Realmente había llegado al extremo? En *L'expérience intérieure* se lee lo siguiente: "*Para terminar, Hegel llegó a la **satisfacción**, y le volvió la espalda al extremo*" (44). No llegó, según Bataille y, lejos de ello, permaneció en un *reposo admisible* (para él).

Hegel, el hombre universal, encarnaba a la realidad humana que ha ido hasta el límite de todas sus negaciones y transformando en acción (útil) la negatividad que es. Aparentemente ya nada quedaba por negar y se apoyó en esta totalidad inmóvil y suficiencia alcanzada. Le volvió la espalda al extremo, pues la negatividad, la noche o la nada vacía que somos, y el Ser con nosotros, no se agota transformándola en acción; lejos de esto se mantiene como una negatividad sin empleo, como una supresión que nada conserva ni transforma, sino, al

contrario, destruye la obra realizada anteriormente: al hombre universal y supuestamente acabado.

Bataille puede decir de sí, abandonándose a esta negatividad sin empleo, que él es ésta misma, pues la encarna (*siendo yo mismo exactamente "esta negatividad sin empleo"*), y como consecuencia también él es la *herida abierta* que *constituye la refutación del sistema cerrado de Hegel*: el desgarramiento que abre el sistema cerrado *Ser = pensamiento* y *pensamiento = Sér*. Así, el *Ser* rompe los límites en los que pretendió encerrarlo el hombre de la negación dialéctica (el *Ser* concentrado en sí mismo como Sujeto) para, en vez de ello, revelarse como *ruissellement* o flujo incontenible.

Flujo, juego o deslizamiento imposible de limitar, arrastrando con su movimiento todo lo que toca, llevándolo a la pérdida. Flujo que perturba, desgarrar y anula a quienes se abandonan a él.

A propósito del *Ser* como *ruissellement* o flujo, Bataille en **L'expérience intérieure** le dice al lector lo siguiente:

La vida nunca está situada en un punto particular: pasa rápidamente de un punto al otro (o de múltiples puntos a otros), como una corriente o como una especie de fluido eléctrico. Así, en donde quisieras aprehender tu sustancia intemporal, no encuentras más que un deslizamiento, los juegos mal coordinados de tus elementos perecederos.

Más lejos, tu vida no se limita a este inaprensible fluir interior, fluye también hacia fuera y se abre incesantemente a eso que corre o brota hacia ella. El torbellino durable que te compone choca con torbellinos semejantes con los cuales forma una basta figura animada de una agitación medida. Ahora bien, vivir significa para ti no solamente los flujos y los juegos huidizos de luz

que se unifican en ti, sino los pasajes de calor o de luz de un ser al otro, de ti a tu semejante o de tu semejante a ti (inclusive en el instante en que me lees el contagio de mi fiebre te alcanza): las palabras, los libros, los monumentos, los símbolos, las risas no son más que otros tantos caminos de este contagio, de este pasaje. Los seres particulares cuentan poco y encierran inconfesables puntos de vista, si se considera lo que anima, pasando del uno al otro en el amor en los espectáculos trágicos, en los movimientos de fervor (...) Igualmente, ¿qué significan los dos amantes, Tristán e Isolda, considerados sin su amor, en una soledad que los abandona a alguna ocupación vulgar?, dos seres pálidos, privados de lo maravillosos; nada cuenta más que el amor que los desgarran conjuntamente (...)" (45).

Hegel, al darle la espalda al extremo y abandonarse a una ocupación vulgar (repetir sus cursos, leer periódicos y jugar a las cartas), permaneció como un ser pálido y privado de lo maravilloso.

A propósito del Ser como flujo que excede cualquier límite, en el Prólogo a **Madame Edwanda**, se encuentra lo siguiente: *"El ser nos está dado en un desbordamiento **intolerable** del ser, no menos intolerable que la muerte (...) el pensamiento (la reflexión) no se acaba en nosotros más que en el exceso. Fuera de la representación del exceso, ¿qué significa la verdad, si no vemos eso que excede la posibilidad de ver, eso que es intolerable ver, como, en el éxtasis, es intolerable de gozar; si no pensamos eso que excede a la posibilidad de pensar?" (46).*

Somos desgarrados en tanto que seres acabados y suficientes por este *ruissellement* o flujo incontenible del Ser, flujo que anula nuestro supuesto acabamiento y nuestra suficiencia.

El Ser como flujo y desbordamiento excede la posibilidad de ver (clara y distintamente) y de pensar. La mirada y el pensamiento fijan un límite al Ser: ese punto hasta donde se puede mirar y pensar, hasta donde se puede comprender racionalmente eso que es, es el límite o el horizonte manifestando al Ser como algo acabado y completo, sin falla. Sin embargo, más allá de este horizonte se (des) dibuja el Ser heterogéneo, el tumulto del flujo excediendo a la mirada y al pensamiento –así, eso que excede a la posibilidad (de ver y de pensar) nos deja ciegos y en el silencio del éxtasis.

Por eso, al principio de **Méthode de méditation**, Bataille cita las siguientes palabras de René Char: “Si el hombre no cerrara soberanamente los ojos, terminaría por no ver eso que vale la pena de ser visto” (47).

Volviendo al hombre universal encarnado por Hegel: ¿qué significa? El hombre último. Realizado por completo, acabado, como absoluto, en quien se refleja la totalidad del Ser.

La realidad humana se habrá realizado como absoluto, como reflejo (revelación o saber) de todo lo que es; ella será la conciencia. (el saber) de ese todo, y por lo tanto será ese mismo todo.

Para el hombre universal todo termina ahí. La realidad humana es todo el Ser, puede mirarse y pensarse en su totalidad: su mirada alcanza el horizonte hasta donde puede contemplarse en toda su extensión, sin la más mínima falta. Para esta mirada no hay una verdadera alteridad, pues ella misma encuentra su propio reflejo en cualquier lugar al que se dirija.

¿Realmente todo termina ahí? No. La negatividad no tiene límite, ningún horizonte la detiene. ¿Qué seguiría después de este hombre universal o último hombre? El hombre no dejará de ser deseo (*nada vacía* o *noche*: negación), pero

ahora se tratará del *deseo del hombre sin deseo* o el hombre como *pura falta* (48) o falta de nada: no la falta o el deseo de algo todavía por alcanzar, pues ya todo ha sido alcanzado (realizado); ahora se tratará del hombre sabiéndose como *falta* y *deseo puros*, no de algo.

El hombre se revela así como *inacabado* o, mejor dicho, en él el *Ser* se revela *inacabado* –al entregarse a la negatividad extrema y radical, el hombre ya no se detiene en respuesta, horizonte o suficiencia algunos. Suspende toda respuesta y reactiva lo infinito, pues se mantiene en otra *exigencia* que no es ya la de la puesta en cuestión limitada por la respuesta, sino la que permanece más allá de todo *fin* o límite; puesta en cuestión radical, o puesta en juego, repetida infinitamente y sin descanso, sin llegar a algo último y definitivo, revelando al *Ser* como falta pura (no suficiencia).

Al llegar el último hombre a ser el reflejo de la totalidad, cuando el *Ser* se revela como totalidad en el hombre (siendo el hombre esta totalidad), en ese momento algo *otro* se anuncia –una presencia en nada distinta de una ausencia-, algo *otro* de ese *Ser* completo y acabado reflejado en el hombre, de manera que el *Ser* se revela como falta pura e imposibilidad de acabamiento- el hecho mismo de que *ya nada le falta*, pues se refleja en su totalidad y nada queda fuera de él, implica encontrarse en falta pura. La totalidad implica lo *otro*, aquello que ésta no encierra.

La negación dialéctica es acción de suprimir y conservar al mismo tiempo, transforma la totalidad de *eso que es* (ser dado, natural) en *obra humana*, con lo cual la totalidad del *Ser* se refleja en la realidad humana, la cual es esta misma totalidad. Esta acción negadora no deja de operar sobre *eso que es* pues, para

Hegel, la acción no opera sobre nada. Y al actuar sobre eso *que* es el hombre existe haciéndose a sí mismo en el mundo, en la realidad concreta.

Ahora, ¿qué pasa una vez que se ha hecho –cuando es el reflejo del Ser en su totalidad? ¿Deja de existir pues, aparentemente, sólo podía ser actuando sobre eso que es? ¿Y cuando eso que es ha sido transformado en su totalidad en obra humana y ya no hay lugar para la acción eficaz?

La realidad humana no deja de existir, es negatividad. Seguir existiendo significará entonces continuar como negatividad, solo que esta negación ya nada tendrá que negar (útilmente) y será una negación que nada transforma (Bataille en su carta a Kojève: *la negatividad que me pertenece no ha renunciado a emplearse más que a partir del momento en el que ya no tenía empleo: es la de un hombre que ya nada tiene que hacer*, negatividad sin utilidad, vacía de contenido); ya no será una acción útil o productiva, sino negación sin utilidad.

Negatividad vacía de contenido o afirmación que nada afirma. Lejos de esto, la negación dialéctica afirma algo concreto: niega o suprime eso *que* es, pero lo conserva y transforma en algo nuevo, termina por referirse a algo concreto, y en este sentido puede decirse que su *discurso* tiene referente real. La negatividad sin empleo en todo caso, como *discurso*, se mantiene en una permanente supresión, sin conservar ni transformar, y así, no tiene referente real, no se refiere a algo concreto (una realidad producida): *esto* o *aquello*; es afirmación carente de contenido, de referente real. Es un discurso suprimiéndose como discurso, llegando al silencio del éxtasis, hasta ese *vacío de una noche en la que la plenitud del viento impide escuchar hablar*.

Es importante hacer otra pregunta. Cuando todo está acabado, cuando el hombre ya nada tiene que hacer, pues ha transformado la negatividad que él es en *poder* (posibilidad), en acción útil: ¿de dónde le viene al hombre esa *exigencia* de mantener la negatividad que es pero *más allá de su posibilidad*?

Asumir la negatividad que el hombre es o asumir, por parte del hombre, la negatividad del *Ser*, significa hacerse cargo de esa negatividad, para hacerse a sí mismo. Tomar las riendas de esa negatividad para existir por y para sí. Esto significa, para el hombre, crearse como *posibilidad*, *poder* o *poder ser*. y, con el hombre, el *Ser* es posibilidad.

Este hombre auto produciéndose como *posibilidad*, haciéndose en el mundo como *poder ser* llega a un límite. Se agota como posibilidad o poder ser, pero no se agota como negatividad: ya no puede transformar su negatividad en acción o poder –no puede hacer suya o no puede disponer más de esta negatividad que él es.

Así, esta *exigencia* de mantenerse y de preservar como negatividad deja de ser algo propio del hombre, algo que le pertenece, pues ha llegado al límite extremo en donde ya no puede asumir a apropiarse de la negatividad que es el conjunto del *Ser*, ya no puede transformarla en poder o acción para su propia formación.

Sin embargo, la negatividad continúa en él y en el conjunto del mismo *Ser*, ahora como negatividad sin empleo, y se mantiene así como una nueva exigencia: ¿pero de dónde le viene esta otra exigencia? De la *falta pura*, de eso que hay fuera de todo cuando el todo excluye todo afuera, de lo *inaccesible*, de lo *desconocido* que el hombre mismo, y el *Ser*, son. Viene de lo *otro*, lo

heterogéneo. De aquello que el *Ser*, en su proceso de auto constitución (como Espíritu o realidad humana), no logra asimilar o volver inherente a sí mismo.

Al ser consciente de la negatividad que él es, el hombre asume esta fuerza y la transforma en poder y acción para realizar su voluntad de totalidad. El *Ser* en su conjunto queda transformado en obra humana, en saber de sí. La realidad humana es el todo y la conciencia del todo. El *deseo* de reconocimiento que es el hombre queda satisfecho, pues hacia cualquier lugar al que dirija la mirada encontrará siempre su reflejo: el todo es obra humana.

Sin embargo, este círculo o sistema perfectamente cerrado implica necesariamente lo que, para siempre, quedará fuera de él. En *L'expérience intérieure* Bataille señala lo siguiente: "(...) **el saber absoluto, circular, es no saber definitivo**. Suponiendo en efecto que yo lo alcanzara, sé que no sabré ahora nada más de lo que ya sé" (49).

Nunca deja de haber lo *otro*, fuera del horizonte o límite hasta el que se extiende la mirada en busca de su propio reconocimiento como totalidad. Eso *otro* excediendo a esta mirada y cegándola soberanamente, revelándole al hombre la *falta* que es. El hombre, sin dejar de ser *deseo*, será entonces *el deseo del hombre sin deseo*, hombre como *pura falta* o *falta de nada*: continúa como *deseo*, pero no como *deseo* de algo pues nada ha quedado ya por ser transformado en realidad humana y en este sentido el *deseo* de reconocimiento está satisfecho; sino como *deseo puro*, insatisfacción permanente sin *fin* o meta concretos.

Eso que le falta al hombre, para siempre *fuera* de su *posibilidad* o acción eficaz, excediendo al hombre (y al *Ser*) como posibilidad, excediendo su mirada y pensamiento, eso mismo es el *Ser* imposible: ahí precisamente en donde *el hombre ya no puede*, al no poder transformar en acción la *nada* o negatividad que

es; en donde sólo queda abandonarse a la negatividad sin empleo. *Ser imposible*: desde su *afuera* (fuera del círculo de la totalidad), le exige al hombre mantenerse como negatividad y deseo puro.

El hombre es así esa *noche terrible, nada vacía o noche del mundo: negatividad y muerte*. Muerte también terrible. Muerte que el Espíritu, o la realidad humana, está obligado a mantener para seguir siendo Espíritu o ser autónomo y obra de si mismo. Muerte o permanente supresión que conserva y transforma: por esto el Espíritu contempla lo negativo y permanece cerca de ello, sin apartarse. Pero también, y en mayor medida para Bataille, muerte o supresión que ya nada conserva ni transforma.

A propósito de la negatividad sin empleo, un amigo cercano de Bataille: Maurice Blanchot, escribió lo siguiente en *L'entretien infini*: "*Se diría que el hombre dispone de una capacidad de morir que rebasa con mucho y en cierta forma infinitamente lo que le falta para entrar en la muerte y, de este exceso de morir, él ha sabido hacerse admirablemente un poder; por este poder, negando la naturaleza, ha construido el mundo, se ha puesto a trabajar, ha devenido productor, auto productor*" (50).

¿A qué se refiere Blanchot con *entrar en la muerte*? A estar muerto, a la muerte en el sentido de ser un cadáver. Antes de esta muerte hay otro morir, esa capacidad de morir que rebasa lo que le falta al hombre para entrar en la muerte (y ser un cadáver). No es el morir de ser un cadáver (estar muerto), sino ese morir que, en palabras de Hegel, es *mantenerse en la obra de la muerte*; y es un *exceso de morir* (Blanchot) por no tratarse del estar muerto y ser un cadáver, no existir más. Exceso que consiste en negar, suprimir o destruir *eso que es*, el ser dado natural; negación del hombre mismo, su propia supresión como *eso que es*

(animal antropóforo), por lo que *el hombre no es lo que es, sino que es lo que no es*.

Esta negación o auto supresión permite al hombre producirse libremente y producir el mundo. Este exceso de morir que él es, y no el simple estar muerto como cadáver (muerte biológica), es *la muerte que vive una vida humana* (Kojève): morir permanente sin dejar de vivir; movimiento de negación o destrucción asumido por el hombre y configurándolo como un *poder* y una *posibilidad* propios, y transformándolo en la acción por la cual construye el mundo y a sí mismo.

Aunque, continúa Blanchot: "*(...) esto no basta: le queda en todo momento como una parte de morir que no puede investir en la actividad; lo más frecuente es que él no lo sepa, no tiene el tiempo; pero si llega a presentir este exceso de nada, este vacío inutilizable (...) si se deja asir por lo infinito del fin, entonces le es necesario responder a otra exigencia, aquella que no es ya la de producir, sino de dilapidar, ya no de triunfar, sino de fracasar, ya no de hacer obra y de hablar útilmente, sino de hablar vanamente y de desocuparse; exigencia cuyo límite está dada en "la experiencia interior"*" (51).

Exceso de morir, exceso de nada o vacío inutilizable: es la negatividad que lo atraviesa, ese permanente morir infinito (no la muerte biológica) o lo infinito del fin, pues es morir infinitamente: exceso de morir ya no transformable en actividad eficaz, imposible de ser reapropiado para hacerse con ello un poder, una posibilidad o un poder ser.

Se le presenta ahora al hombre otra exigencia: sin dejar de ser esa negatividad atravesándolo, pues no deja de existir como negatividad, ahora niega sin construirse un mundo y sin construirse a sí mismo en ese mundo, su negación

ya no es fructuosa: no obra, sino des obra (*désœuvrer*), no habla útilmente sino vanamente (discurso anulándose como discurso, ejemplo: la propia obra **L'expérience intérieure**). No produce mundo auto produciéndose en él, en toda caso *des configura* ese mundo *des configurándose* a si mismo al abandonarse a la negatividad que lo atraviesa y de la que ya no se puede apropiarse para transformarla en *su poder*.

Fue en un artículo de 1947, *De l'existentialisme au primat de l'économie*, en donde Bataille –luego de citar unas líneas del relato de Blanchot: **Thomas l'obscur** (1941), mismas que anteriormente había citado en **L'expérience intérieure**, al inicio de la cuarta parte titulada *Post-scriptum au supplice (ou la nouvelle théologie mystique)*- escribió lo siguiente: "(...) *el pensamiento de Lévinas (...) no difiere del de Blanchot y del mío*" (52).

No se presentará aquí exhaustivamente la relación entre estos tres autores – en el caso de Lévinas, Bataille no se refiere a su pensamiento en general, sino específicamente a su obra **De l'existence à l'existant** (1947)-, sólo se dará una breve explicación, a partir de lo que se ha venido exponiendo sobre Bataille, en relación con unas líneas del propio Blanchot –precisamente las citadas en el *Post-scriptum au supplice*. Un poco para redondear el final de este trabajo.

Thomas, el personaje del relato de Blanchot, tiene una experiencia con la noche similar a la experiencia interior de Bataille. El relato la describe así:

Pronto, la noche le pareció más sombría, más terrible que no importa qué otra noche, como si ella hubiera salido realmente de una herida del pensamiento que ya no se pensaba, del pensamiento tomado irónicamente como objeto por otra cosa que el pensamiento. Era la noche misma. Las imágenes que hacían su oscuridad lo inundaban. No veía nada y, lejos de encontrarse

agobiado, **hacia de esta ausencia de visión el punto culminante de su mirada**. Su ojo, inútil para ver, adquiría proporciones extraordinarias, se desarrollaba de una manera desmesurada y, extendiéndose sobre el horizonte, dejaba a la noche penetrar en su centro para recibir el día. Por este vacío, era la mirada y el objeto de la mirada quienes se mezclaban. No solamente este ojo que nada veía aprehendía alguna cosa, **aprehendía la causa de su visión. Veía como objeto eso que hacía que él no viera. En él, su propia mirada entraba bajo la forma de una imagen en el momento en que esta mirada era considerada como la muerte de toda imagen** (53).

Bataille, en el Prólogo a **Madame Edwarda**, escribe que el *Ser*, eso que es, nos está dado en un desbordamiento intolerable como la muerte. Y continúa así: **fuera de la representación del exceso, ¿qué significa la verdad, si no vemos eso que excede la posibilidad de ver, si no pensamos eso que excede la posibilidad de pensar?**

El hombre, obedeciendo a esa exigencia de la voluntad de totalidad, actúa sobre la realidad (ser dado, natural) y la transforma en obra humana. Siguiendo esa exigencia llega a serlo todo, más la conciencia de ese todo. El *Ser* es Sujeto o saber de sí en su totalidad: Espíritu (realidad humana) Absoluto. Al pensarse a sí mismo el hombre se *mira* como una totalidad: el *Ser* acabado.

Pero esta mirada no puede ver algo que se le escapa –poniendo con ello en juego y arruinando al hombre y al *Ser* como totalidad-, la *tache aveugle* (punto ciego), como la llamó Bataille en la sección titulada *Hegel* de **L'expérience intérieure**.

La realidad humana, pensándose como totalidad, pretende contemplarse a sí misma mirando al *Ser* total. Así, ella constata que es todo el *Ser*. Mirada lanzada

hasta el límite extremo pero que, finalmente, va a encontrarse con aquello que la excede: lo heterogéneo, ahora causa de su ceguera. Y por esto es la *experiencia de la noche*, el punto (*tache aveugle*) en donde el pensamiento ya no puede pensarse, en donde la mirada ya no puede verse a sí misma, en donde el hombre ya no se refleja como obra sino, en toda caso, como *des obra*, en donde se des configura y desvanece la obra que hizo de sí mismo.

En este punto la mirada ya nada ve y se pierde en esta ausencia de visión. El pensamiento ya nada piensa, se estrella y se arruina con eso que lo excede. Pensamiento y mirada intentan traer eso (lo heterogéneo, el afuera) que los excede a la *representación*, presentarlo como un *objeto*, y mantenerse con ello en la tranquila posición del sujeto conociendo *clara y distintamente* un objeto, un objeto que finalmente es él mismo.

Ahora bien, en el límite extremo algo sucede y se vuelve imposible semejante claridad y distinción: la mirada y el objeto se mezclan en un vacío, refiere Blanchot, y continúa: lo que hace posible ver, el origen, la causa de la visión, se trastoca en un objeto, pero un objeto tal que, paradójicamente, impide ver —la mirada misma es este objeto originario, la mirada como causa de ella misma; pero este objeto originario o imagen desaparece como tal: pretendiendo mirarse a sí misma en el objeto, en su propio imagen, la mirada se desvanece.

Precisamente en **L'expérience intérieure** Bataille explica así esta experiencia: "*La experiencia alcanza para terminar la fusión del objeto y del sujeto, siendo como sujeto no saber, y como objeto lo desconocido*" (54).

Notas

* La traducción de los textos en lengua francesa es mía

(1) Kojève, A., *La dialectique du réel et la méthode phénoménologique chez Hegel, Introduction à la lecture de Hegel*, Gallimard, Tel 45, pp. 448-449:

"(...) ce n'est pas l'être pur et simple (...) qui possède une structure trinitaire ou dialectique, mais le Logique-réel, le Concept ou le Vrai, c'est-à-dire l'être révélé par le discours ou la Pensée (...) l'être ne peut pas être révélé par la Pensée, il n'y a une Pensée dans l'être et de l'être que parce que l'être est dialectique".

(2) Hegel, G.W.F., *Fenomenología del Espíritu*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994, Sección Obras de Filosofía, p. 15

(3) Kojève, A., *op. cit.*, p. 464, subrayado mío:

*"Si l'Être dans sa totalité n'est pas seulement Être pur et simple (...) mais Vérité, Concept, Idée ou Esprit, - c'est uniquement parce qu'il implique dans son existence réelle une réalité humaine ou **parlante** (...) Sans l'Homme, l'Être serait muet: il serait là (...), mais il ne serait pas vrai"*.

(4) Bataille, G., *Hegel, l'homme et l'histoire*, O.C., Gallimard, NRF, t. XII, p359:

"Au point où je suis parvenu se rencontre une inévitable déception. Au fond, cette déception est celle de l'homme cherchant dans la mort le secret de l'être et ne trouvant rien, faute de pouvoir au même instant connaître et cesser d'être: il doit se contenter d'un spectacle. Je puis imaginer – et représenter – un achèvement du discours si parfait qu'à la suite, d'autres développements n'auraient plus de sens, n'apprendraient rien et laisseraient regretter le vide"

que laisse la fin du discours. Mais j'aborde ainsi le problème dernière de l'hégélianisme. Ce moment ultime de l'imagination implique la vue d'une totalité dont aucun élément constitutif ne peut être séparé, qui, en conséquence, en dernier lieu, amène tout élément au moment où la mort le touche; qui, bien plus, tire la vérité de chaque élément de cette absorption prochaine dans la mort. Mais cette contemplation de la totalité n'est pas possible réellement. Elle n'est pas moins hors de notre atteinte que celle de la mort.

J'introduis de cette manière le postulat de la "fin de l'histoire". Le discours de Hegel n'a de sens qu'achevé et il ne s'achève qu'au moment où l'Histoire elle-même s'achève, où toute s'achève. Car, sinon, l'Histoire continue, et d'autres choses encore devront être dites. La cohérence du discours entre alors en cause, et même sa possibilité".

(5) *Ibid.*, p.350, subrayado mio:

"(...) développement dialectique fondamental du hégélianisme, qui porte sur **l'Esprit -c'est-à-dire sur l'homme (...)**".

(6) Kojève, A., *L'idée de la mort dans la philosophie de Hegel, Introduction à la lecture de Hegel*, p.548, subrayado mio:

"La Négativité n'est donc pas autre chose que la finitude de l'Être (...) ou la présence en lui en lui d'un véritable avenir, **qui ne sera jamais son présent (...)**".

(7) Bataille, G., *op. cit.*, p.369, subrayado mio:

"(...) pourrait sentir, **comme jamais il ne le sentit**, ce qu'est (...) cette force de Négativité, **un instant suspendant le cours du monde (...)**".

(8) **Ibid.**, subrayado mio:

"(...) un instant suspendant le cours du monde, le réfléchissant parce qu'un instant, il le brise, mais ne réfléchissant qu'une impuissance à le briser. S'il lui semblait briser vraiment, il ne réfléchirait qu'une illusion, car il ne brise pas.

L'Homme à la vérité ne réfléchit le monde qu'en recevant la mort".

(9) Bataille, G., *Hegel, la mort et le sacrifice*, **O.C.**, Gallimard, NRF, t. XII, p.331:

"La beauté impuissante hait l'entendement, parce qu'il l'exige d'elle; ce dont elle n'est pas capable".

En la **Fenomenología...**, ed. FCE, p. 24: "La belleza carente de fuerza odia al entendimiento porque éste exige de ella lo que no está en condiciones de dar".

(10) Bataille, G., *Hegel, l'homme et l'histoire*, p. 369:

"L'Homme à la vérité ne réfléchit pas le monde qu'en recevant la mort. A ce moment, il est souverain, mais c'est que la souveraineté lui échappe (il sait aussi que, s'il la maintenait, elle cesserait d'être ce qu'elle est...). Il dit ce qu'est le monde, mais sa parole ne peut troubler le silence qui s'étend. Et il ne sait rien que dans la mesure où le sens du savoir qu'il a se dérobe à lui".

(11) **Ibid.**, p. 359, subrayado mio:

*"Si l'on songe que cette mise à nu de toutes choses (...) se passe, selon Hegel, au lieu même où l'être naturel devint l'Homme **et le sut quand il sut ce qu'est la mort**, il ne nous reste qu'à nous taire. En effet, le discours à l'**extrémité de tout le possible** place à la fin celui qui l'écoute dans le vide d'une nuit où la plénitude du vent empêche d'entendre parler".*

(12) Bataille, G., *Hegel, la mort et le sacrifice*, p.335:

"Du sacrifice, je puis dire essentiellement, sur le plan de la philosophie de Hegel (...) l'Homme a révélé et fondé la vérité humaine en sacrifiant: dans le sacrifice, il détruit l'animal en lui-même, ne laissant subsister, de lui-même et de l'animal, que la vérité non corporelle que décrit Hegel, qui, de l'homme, fait –selon l'expression de Heidegger- un être pour la mort (...), ou –selon Kojève lui-même- "la mort qui vit une vie humaine".

(13) Kojève, A., *L'idée de la mort dans la philosophie de Hegel*, pp. 540-541.

Kojève traduit Hegel. Subrayado mio:

*"La mort (...) c'est ce-qu'il-y-a-de-plus-terrible (...) et maintenir la mort, c'est ce qui exige la plus grande force (...) la vie de l'Esprit n'est pas la vie qui s'effarouche devant la mort et se preserve du ravage, mais celle qui supporte la mort et se conserve en elle. L'Esprit n'obtient sa vérité qu'en se trouvant soi-même dans le déchirement absolu. Il n'est pas cette puissance (...) en étant le Positif qui se détourne du Négatif, comme quand nous disons de quelque chose: ceci n'est rien ou est faux, et l'ayant ainsi liquidé passons de là à quelque chose d'autre; non, l'Esprit n'est cette puissance que dans la mesure où **il contemple le Négatif bien-en-face et séjourne auprès de lui** (...)*

(14) Bataille, G., *Hegel, la mort et le sacrifice*, p.336, subrayado mio:

"La manifestation privilégiée de la Négativité est la mort, mais la mort en vérité ne révèle rien. C'est en principe son être naturel, animal, dont la mort révèle l'Homme à lui-même, mais la révélation n'a jamais lieu. Car une fois mort, l'être animal qui le supporte, l'être humain lui-même a cessé d'être. Pour que l'homme à la fin se révèle à lui-même il devrait mourir, mais il lui faudrait le faire en vivant – en se regardant cesser d'être. En d'autres

termes, la mort elle-même devrait devenir conscience (de soi), au moment même où elle anéantit l'être conscient. C'est en un sens ce qui a lieu (...) d'une manière fugitive, insaisissable (...) **au moyen d'un subterfuge**. Dans le sacrifice, le sacrifiant s'identifie à l'animal frappé de mort. Ainsi meurt-il en se voyant mourir, et même en quelque sorte, par sa propre volonté, de coeur avec l'arme du sacrifice. Mais c'est une comédie!

(15) *Ibid.*, p.332:

"L'animal ne niant rien, perdu sans s'y opposer dans l'animalité globale, comme l'animalité est elle-même perdue dans la Nature (et dans la totalité ie ce qui est) ne disparaît pas vraiment".

(16) *Ibid.*, p.336, subrayado mio:

"Ce pourquoi la conscience qu'il a de soi doit réfléchir (réfléter) ce mouvement de négativité qui le crée, **qui justement fait un homme de lui pour la raison qu'un jour il le tuera**".

(17) *Ibid.*, pp.336-337, subrayado mio:

"Sa propre négativité le tuera, mais pour lui, désormais, rien ne sera plus: sa mort est créatrice, mais **si la conscience de la mort** – de la merveilleuse magie de la mort – **ne le touche pas avant qu'il meure, il en sera pour lui**, de son vivant, comme si la **mort ne devait pas l'atteindre, et cette mort à venir ne pourra lui donner un caractère humain. Ainsi faudrait-il, à tout prix, que l'homme vive au moment où il meurt vraiment, ou qu'il vive avec l'impression de mourir vraiment**".

(18) Kojève, A., *op. cit.*, p.548, subrayado mío:

*"La Négativité n'est donc pas autre chose que la finitude de l'Être (...) ou la présence en lui d'un véritable avenir, **qui ne sera jamais son présent** (...)"*.

(19) Bataille, G., *Hegel, la mort et le sacrifice*, p.337, subrayado mío:

"(...) la nécessité du spectacle, ou généralement de la représentation, sans la répétition desquels nous pourrions, vis-à-vis de la mort, demeurer étrangers, ignorants, comme apparemment le sont les bêtes. Rien n'est moins animal en effet que la fiction, plus ou moins éloignée du réel, de la mort.

L'Homme ne vit pas seulement de pain mais des comédies par lesquelles il se trompe volontairement. Dans l'Homme, c'est l'animal, c'est l'être nature qui mange. Mais l'Homme assiste au culte et au spectacle. Ou encore, il peut lire: alors la littérature prolonge en lui, dans la mesure où elle est souveraine, authentique, la magie obsédante des spectacles, tragiques ou comiques.

*Il s'agit, du moins dans la tragédie, **de nous identifier à quelque personnage qui meurt (...)**"*.

(20) *ibid.*, pp.338-339:

*"(...) on ne pourrait dire que Hegel méconnut le "moment" du sacrifice: ce "moment" est inclus, impliqué dans tout le mouvement de la **Phénoménologie** –où c'est la Négativité de la mort, en tant que l'homme l'assume, qui fait un homme de l'animal humain (...) il ne sut pas dans quelle mesure il avait raison (...) avec quelle exactitude il décrivit le mouvement intime de la Négativité (...)"*.

(21) Bataille, G., *Hegel, l'homme et l'histoire*, p. 365:

"(...) le spectacle que jamais ne regarderont que des yeux fermés, mais que je vois encore, et qui devant des yeux que j'écarquille est aussi merveilleux qu'angoissant".

(22) Bataille, G., *Hegel, la mort et le sacrifice*, p. 338, subrayado mio:

"(...) la conscience savante, et l'ordonnance sans fin d'une pensée discursive, cette conscience, cette ordonnance ont encore un **point obscur**".

(23) Bataille, G., *L'expérience intérieure*, O.C., Gallimard, NRF, t. V, p.127:

"Si je "mime" le savoir absolu, me voici par nécessité Dieu moi-même (...) La pensée de ce moi-même – de l'**ipse** – n'a pu se faire absolue qu'en devenant tout. La **Phénoménologie de l'Esprit** compose deux mouvements essentiels achevant un cercle: c'est achèvement par degrés de la conscience de soi (de l'**ipse** humain), et devenir tout (devenir Dieu) de cet **ipse** achevant le savoir (et par là détruisant la particularité en lui, achevant donc la négation de soi-même, devenant le savoir absolu)".

(24) *Ibid.*, p.128, subrayado mio:

"(...) j'imagine (...) l'horreur d'être au fond des choses – d'être Dieu. Hegel, au moment où le système se ferma, **crut deux ans devenir fou**".

(25) Sasso, R., **Georges Bataille: le système du non-savoir**, les éditions de Minuit, Col. Arguments, pp. 86-87. Sasso cita la carta de Hegel a un conocido: "Soyez persuadé que, dans l'état d'âme que vous me décrivez, ce travail est pour une part (...) **descente dans des régions obscures** où rien ne se montre ferme, déterminé et certain, où un peu partout brillent des lumières, mais **côtoyées par des abîmes**; des lumières qui, troublées par le

*milieu qui les entoure, projettent des reflets trompeurs plutôt qu'elles n'éclairent; des régions où chaque sentier qui commence s'arrête brusquement, se perd dans l'indéterminé et nous arrache à nous-mêmes à notre destination et à notre direction. Je connais par ma propre expérience cet état de l'âme, ou bien plutôt de la raison (...) J'ai pendant quelques années souffert de cette hypocondrie jusqu'à en perdre les forces; chaque homme a sans doute connu un tel point critique dans sa vie, le **point nocturne** de la contradiction de son être (...)*".

(26) Bataille, G., *De l'existentialisme au primat de l'économie*, O.C., Gallimard, NRF, t. XI, p.286:

*"La raison en était la nécessité où il se trouva de renoncer en lui-même à l'individu (se représentant la nécessité de n'être plus, lui, l'être particulier, l'individu qu'il était, mais l'idée universelle, de tomber si l'on veut dans l'inanité divine – en un mot d'être **Dieu**, mais devant, mais **voulant** mourir, il se sentit devenir fou). Ceci ne dura pas une nuit, ou deux tours, mais deux ans"*.

(27) **Ibid.**:

"(...) nécessité en même temps impersonnelle et intérieure mais immanente à l'esprit qu'elle impose (...) ne laissant pas d'échappatoire (...) Hegel ne pouvait qu'obéir à sa propre raison – ou la perdre".

(28) Cfr. **Ibid.**, pp.286-287

(29) **Ibid.**, p. 287:

*"La dure vérité de la **Phénoménologie** est que l'esprit est la même chose que l'histoire, que sa tension et son repos se réduisent à l'effet lointain de la lutte sans merci dont la terre fut le lieu"*.

(30) **ibid.**:

"Et l'apaisement ravagé qui apparaît sur les traits de Hegel vieux, dont l'aspect accable et rassure, n'est nullement l'oubli de l'impossibilité dont il est issu, c'en est plutôt l'image: une image de mort et d'achèvement".

(31) **ibid.**, 288:

"(...) nécessité en nous de porter l'individualité à l'extrême de la tension, mais pour la détruire".

(32) Bataille, G., *L'expérience intérieure*, p.127:

"(...) le savoir absolu (...) est non-savoir définitif. A supposer en effet que j'y parviens, je sais que je ne saurais maintenant rien de plus que je ne sais".

(33) **ibid.**, p. 128:

*"(...) à ce moment précisément se formule la question qui fait entrer l'existence humaine, divine... le plus avant dans l'obscurité sans retour, pourquoi faut-il qu'il y ait **ce que je sais**? Pourquoi est-ce une nécessité? Dans cette question est cachée – elle n'apparaît pas tout d'abord – une extrême déchirure, si profonde que seul le silence de l'extase lui répond".*

(34) Cfr. Sasso, R., **op. cit.**, p.87

(35) Bataille, G., *De l'existentialisme au primat de l'économie*, p.293:

*"Je ne sais rien, absolument rien. Je ne puis connaître **ce qui est**. Je demeure, ne pouvant rapporter **ce qui est** au connu, égaré dans l'inconnu".*

(36) Bataille, G., *L'expérience intérieure*, p. 98:

*"L'être n'est **nulle part**".*

(37) Citado en: Bataille, G., *Hegel, la mort et le sacrifice*, pp.326-327, subrayado mio:

"L'homme est cette nuit, ce Néant vide (...) C'est la nuit, l'intériorité – ou – l'intimité de la Nature qui existe ici: (le) Moi-personnel pur. Dans des représentations fantasmagoriques il fait nuit tout autour: ici surgit alors brusquement un tête ensanglantée; là, une autre apparition blanche; et elles disparaissent tout aussi brusquement. C'est cette nuit qu'on aperçoit si l'on regarde un homme dans ses yeux: on plonge alors ses regards en une nuit qui devient terrible; c'est la nuit du monde qui se présente alors à nous".

(38) *Ibid.*, p. 339:

"(...) Mais de toute façon, Hegel, hostile à l'être sans faire, – à ce qui est simplement, et n'est pas Action (...)".

(39) Bataille, G., *L'expérience intérieure*, p.15, subrayado mio:

"L'expérience intérieure répond à la nécessité où je suis –l'existence humaine avec moi – de mettre tout en question (...) sans repos admissible".

(40) *Ibid.*, p.16, subrayado mio:

"(...) est la mise en question (...) dans la fièvre et l'angoisse, de ce qu'un homme sait du fait d'être".

(41) *Ibid.*, p.15:

"(...) ne mène à aucun havre (...) mais en un lieu d'égarément, de non-sens".

(42) Bataille, G., *La somme athéologique*, 1, O.C., Gallimard, NRF, t.V, pp.369-370:

"J'admets (comme une supposition vraisemblable) que dès maintenant l'histoire est achevée (...) Quoi qu'il en soi, mon expérience (...) m'a conduit à penser que je n'avais plus rien "à faire" (...)

Si l'action (le "faire") est – comme dit Hegel – la négativité, la question se pose alors de savoir si la négativité de qui n'a "plus à rien faire" disparaît ou subsiste à l'état de "négativité sans emploi": personnellement, je ne puis décider que dans un sens, étant moi-même exactement cette "négativité sans emploi" (je ne pourrais me définir de façon plus précise) (...) J'imagine que ma vie (...) la blessure ouverte qu'est ma vie – à elle seule constitue la réfutation du système fermé de Hegel.

(...) En ce qui me touche, la négativité qui m'appartient n'a renoncé à s'employer du moment où elle n'avait plus d'emploi: c'est celle d'un homme qui n'a plus rien à faire".

(43) Bataille, G., *De l'existentialisme au primat de l'économie*, p.282:

"Vers la fin de sa vie, Hegel ne se posa plus le problème: il répétait ses cours et jouait aux cartes".

(44) Bataille, G., *L'expérience intérieure*, p.56:

*"Pour finir, Hegel arrive à la **satisfaction**, tourne le dos à l'extrême".*

(45) *Ibid.*, pp.111-112:

"La vie n'est jamais située en un point particulier: elle passe rapidement d'un point à l'autre (ou de multiples points à d'autres points), comme un courant ou comme une sorte de ruissellement électrique. Ainsi, où tu voudrais saisir ta substance intemporelle, tu ne rencontres qu'un glissement, que les jeux mal coordonnés de tes éléments périssables.

Plus loin, ta vie ne se borne pas à cet insaisissable ruissellement intérieure; elle ruisselle aussi au-dehors et s'oeuvre incessamment à ce qui s'écoule ou jaillit vers elle. Le tourbillon durable qui te compose se heurte à des tourbillons semblables avec lesquels il forme une vaste figure animée d'une

agitation mesurée. Or vivre signifie pour toi non seulement les flux et les jeux fluyants de lumière qui s'unifient en toi, mais les passages de chaleur ou de lumière d'un être à l'autre, de toi à ton semblable ou de ton semblable à toi (même à l'instant où tu me lis la contagion de ma fièvre qui t'atteint): les paroles, les livres, les monuments, les symboles, les rires ne sont qu'autant chemins de cette contagion, de ces passages. Les êtres particuliers comptent peu et renferment d'inavouables points de vue, si l'on considère ce qui s'anime, passant de l'un à l'autre dans l'amour, dans de tragiques spectacles, dans des mouvements de ferveur (...) De même, que signifient les deux amants, Tristán, Yseut, considérés sans leur amour, dans une solitude qui les laisse à quelque occupation vulgaire? deux êtres pâles, privés de merveilleux; rien ne compte que l'amour qui les déchire ensemble (...)"

(46) Bataille, G., *Madame Edwarda*, O.C., Gallimard, NRF, t. III, pp. 11-12:

"L'être nous est donné dans un dépassement **intolérable** de l'être, non moins intolérable que la mort (...) la pensée (la réflexion) ne s'achève en nous que dans l'excès. Que signifie la vérité, en dehors de la représentation de l'excès, si nous ne voyons ce qui excède la possibilité de voir, ce qu'il est intolérable de voir, comme, dans l'extase, il est intolérable de jouir? si nous ne pensons ce qui excède la possibilité de penser".

(47) Bataille, G., *La somme athéologique*, 1, p.192:

"Si l'homme ne fermait pas souverainement les yeux, il finirait par ne plus voir ce qui vaut la peine d'être regardé".

(48) Así se refiere Blanchot en *La experiencia límite* al hombre en quien encarna la negatividad sin empleo: **L'entretien infini**, Gallimard, NRF, pp.300-313.

(49) Bataille, G., *L'expérience intérieure*, p.127:

"(...) le savoir absolu, circulaire, est non-savoir définitif. A supposer en effet que j'y parvienne, je sais que je ne saurais maintenant rien de plus que je ne sais".

(50) Blanchot, M., *L'entretien infini*, p.305:

"On dirait que l'homme dispose d'une capacité de mourir qui dépasse de beaucoup et en quelque sorte infiniment ce qu'il lui faut pour entrer dans la mort et, de cet excès de mourir, il a su se faire admirablement un pouvoir, niant la nature, il a construit le monde, il s'est mis au travail, il est devenu producteur, autoproducteur".

(51) *Ibid.*, pp.305-306:

"(...) cela ne suffit pas: il lui reste à tout moment comme une part de mourir qu'il ne peut investir dans l'activité; le plus souvent, il ne le sait pas, il n'a pas le temps; mais s'il en vient à pressentir ce surplus de néant, cette vacance inutilisable (...) s'il se laisse saisir par l'infini de la fin, alors lui faut répondre à une autre exigente, celle non plus de produire, mais de dépenser, non plus de réussir, mais d'échouer, non plus de faire oeuvre et de parler utilement, mais de parler vainement et de se désœuvrer, exigente dont la limite est donnée dans "l'expérience intérieure".

(52) Bataille, G., *De l'existentialisme au primat de l'économie*, p.293:

"(...) la pensée de Lévinas (...) ne diffère pas de celle de Blanchot et de la mienne".

- (53) Blanchot, M., **Thomas l'obscur**, Gallimard, col. L'imaginaire, pp.17-18, subrayado mío: "*La nuit lui parut bientôt plus sombre, plus terrible que n'importe quelle autre nuit, comme s'il était réellement sortie d'une blessure de la pensée qui ne pensait plus, de la pensée prise ironiquement comme objet par autre chose que la pensée. C'était la nuit même. Des images qui faisaient son obscurité l'inondaient, et le corps transformé en un esprit démoniaque cherchait à se les représenter. Il ne voyait rien et, loin d'être accablé, il faisait de cette absence de vision le point culminant de son regard. Son oeil, inutile pour voir, prenait des proportions extraordinaires, se développait d'une manière démesurée et, s'étendant sur l'horizon, laissait la nuit pénétrer en son centre pour se créer un iris. Par ce vide c'était donc le regard et l'objet du regard qui se mêlaient. Non seulement cet oeil qui ne voyait rien appréhendait quelque chose, mais il appréhendait la cause de sa vision. Il voyait comme un objet, ce qui faisait qu'il ne voyait pas. En lui, son propre regard entraînait sous la forme d'une image, au moment où ce regard était considéré comme la mort de toute image*".
- (54) Bataille, G., *L'expérience intérieure*, p.21:
"*L'expérience atteint pour finir la fusion de l'objet et du sujet, étant comme sujet non-savoir, comme objet l'inconnu*".

Conclusión

Finalmente, de acuerdo con Kojève y Bataille, ¿qué es el Espíritu para Hegel? Es el conjunto de la realidad humana en donde el *Ser*, en su totalidad, se constituye como Sujeto: realidad hecha por y para sí misma, siendo además consciente de ser esto.

En este sentido es en la realidad humana, en cuanto que *voluntad de totalidad*, en donde el *Ser* en su conjunto se realiza como Sujeto.

Así, lo verdadero –la revelación del *Ser* en su totalidad- es no sólo sustancia, sino también Sujeto. El *Ser*, en su conjunto, deviene Sujeto, es decir, Espíritu o realidad humana.

De esta manera, la realidad humana logra realizar, aparentemente (nos advertiría Bataille), esa voluntad de totalidad que la caracteriza: el llegar a serlo todo. El contemplarse a sí misma en todo. Y esto lo logra por medio de la asunción de la potencia de negatividad propia de la realidad. Transformando esta potencia en trabajo o negación dialéctica, la realidad humana llega a ser el todo; y este trabajo lo es en dos sentidos indisolubles: manual e intelectual.

La realidad humana se apropia laboral e intelectualmente de todo eso que es. Transforma al *Ser* que era mera sustancia o ser dado natural en sujeto o *Ser* auto producido y consciente de sí. Con esto la realidad humana se realiza como el *Ser* total, es en ella en donde este último puede contemplarse (satisfactoriamente) a sí mismo como un todo –y, a la vez, la propia realidad humana se reconoce ella en la totalidad de eso que es, siendo ella ese todo.

Esta realización del hombre (Kojève lo pone en mayúsculas: Hombre, pues sería el hombre universal, que ya no le da cabida a Dios) en términos del *Ser*

total, este Hombre que lo es todo o esta realidad total que ha devenido Hombre, sólo es posible mediante el trabajo o la negación dialéctica. Mediante el trabajo el *Ser* se constituye como una *puesta en obra* (abandonando el estado de mero ser dado natural), cuyo fin es su completa auto producción y autoconciencia.

Pero también puesta en obra que es la *obra de la muerte*. Una vez asumida por el hombre la negatividad, una vez transformada ésta en acción (útil) o trabajo por él, inicia un largo proceso por el cual el *Ser* se suprime (se niega) en tanto que mera sustancia (ser dado, no hecho por sí mismo) para devenir sujeto o Espíritu: realidad autónoma y auto consciente.

Esta supresión (dialéctica) es la puesta en obra del *Ser*, pero como una puesta en obra de la muerte misma. La muerte como puesta en obra: trabajo o acción (útil). La muerte como acción que suprime, conserva y transforma. Solamente negándose a sí mismo, destruyendo lo que ha llegado a ser en vista de lo que aún no es, el Espíritu se realiza como ser en sí (objetivo, con realidad concreta) y para sí (libre, autónomo, auto producido).

En este sentido el Espíritu tiene conciencia de la muerte: afrontar, vivir y llevar a cabo por sí mismo este permanente proceso de muerte (no ser lo que es, sino ser lo que no es) y destrucción, en el seno de sí mismo, lleva al Espíritu a su realización completa –de ahí las palabras de Hegel: *la muerte es lo más terrible que hay, y mantener la obra de la muerte es lo que exige la mayor fuerza*.

Mantener la muerte, la supresión, como *obra*. La muerte como trabajo: la destrucción que transforma una realidad en otra más rica y superior. El Espíritu trabaja con un gran esfuerzo para llegar a ser esta realidad superior al mero ser dado. El Espíritu conoce la muerte que porta en sí mismo, la muerte dada por sí mismo. La enfrenta, con todo el horror que pueda provocar en él, y además la

realiza, es decir, la pone en acción (o en obra), haciendo de ella una operación útil.

¿De qué manera la realidad humana llega a serlo todo? ¿Cómo el hombre, llevado por una voluntad de totalidad, se realiza como el *Ser* total? O también: ¿de qué forma el *Ser* en su conjunto se constituye como Espíritu (Sujeto o realidad humana)? Respuesta: negándose como mero ser dado natural o mera sustancia.

Una vez suprimido *por completo* el ser dado, el Espíritu llega a ser la totalidad. El *Ser* en su conjunto es Espíritu. Y este último significa que el *Ser* total se revela para sí mismo. De manera que la realidad se revela en su conjunto, haciendo válido aquello de que: *todo lo real es racional, y todo lo racional es real*.

Pero esto significa llegar a un *fin* verdadero. Implica haber llegado a un momento tal que ya nada queda por ser negado dialécticamente, al no haber ya más ser dado. El todo es una revelación de sí mismo. El todo se contempla a sí mismo, sin que quede algo fuera de su mirada. La realidad humana (Espíritu) se contempla, como en un espejo, en todo eso que es: ella es el todo.

Ahora bien, si lo propio de este Espíritu es la potencia negadora más la conciencia de esta negatividad, por la cual se constituye como Espíritu (ser en y para sí), pero si al mismo tiempo ahora ya nada queda por ser negado pues ya lo es todo: ¿qué sigue para el Espíritu? Dejar de ser negación significaría desaparecer o terminar como Espíritu.

En este momento, para Bataille, el Espíritu entra en la realidad de la muerte; no de la muerte transformada en acto útil o trabajo, pues éste ya no es posible en la medida en que todo ya ha sido transformado. Más bien es el momento en el

que la negación dialéctica, útil o productiva, cede el paso a una negación sin utilidad, es decir, a una destrucción que ya nada transforma.

Algo nuevo se le revela entonces al Espíritu, a la realidad humana: una negatividad sin empleo o un gasto improductivo, diferente por completo al trabajo.

Si bien el *Ser* es negatividad, ésta no puede ser transformada en su totalidad en trabajo. El hombre, o el *Ser* en la medida en que se constituye como Espíritu, puede asumir esta negatividad y transformarla en acto útil, aprovecharla y producir mediante ella. Hacer *obra* con esta negatividad. Y tomando en cuenta que esta negatividad es la muerte (destrucción), el hombre puede hacer de ella *obra*: la muerte como una puesta en obra (en el sentido de un: *manos a la obra*).

Sin embargo, el hombre no puede asumir por completo esta negatividad para transformarla en *poder y posibilidad*, en el sentido de *poder hacer*; queda siempre fuera de la posibilidad de dicha asunción, al margen de la posibilidad de transformarla en poder (para y por el Espíritu), un resto (inmenso) que desborda al Espíritu en tanto que *homo faber* y *cogitat*. Un resto, una parte maldita, inasimilable por el trabajo. Un resto que le exige al hombre mismo aceptarlo tal cual, como negatividad sin empleo, al tiempo que le exige entregarse a su fuerza: le exige al hombre dilapidar, consumir sin provecho futuro, esto es, consumir hasta el agotamiento total.

¿Qué significa para el Espíritu este consumo sin provecho, sin utilidad y sin porvenir? Su propia supresión (no dialéctica). Su entrada en la verdadera realidad de la muerte. No de la muerte trastocada en obra, sino de esta misma como desobra, como desmantelamiento de lo que ha llegado a ser.

El *Ser*, en la medida en que deviene Espíritu o Sujeto, es articulado en un proyecto, por el cual queda subordinado a un porvenir. Queda atado. La

negatividad que él es profundamente se ve contenida, limitada. De esta forma el *Ser* deviene obra, producto, y por lo tanto queda encerrado en ciertos límites: el *Ser* como Sujeto se repliega y queda confinado en términos de una mismidad. Finalmente queda unido y adherido inseparablemente a sí mismo: si el Espíritu lo es todo, el *Ser* total, hacia donde mire se encontrará a sí mismo. Es Absoluto, vínculo sólo consigo mismo.

Un Absoluto sin *afuera*. Un absoluto que ha absorbido toda alteridad. Él es su propia obra. Para él, o frente a él, no hay trascendencia alguna. Él lo es todo. No hay lugar para Dios. Es el Sujeto absoluto. El único.

Aquí, de acuerdo con Bataille, cabría hacer las siguientes preguntas: ¿es el Espíritu la totalidad del *Ser*? ¿No será más bien una parte del *Ser* contenida en unos límites –los límites de la subjetividad? ¿El *Ser* puede reducirse al sujeto? ¿El *Ser* es sujeto en su totalidad?

Bataille no está de acuerdo en que el *Ser* se limite a la subjetividad, o que quede contenido en los límites de la subjetividad y desemboque en un saber de sí. Siempre permanece algo *fuera* de esta subjetividad. Una vez que el *Ser* se ha constituido como subjetividad (sujeto) o, mejor, durante el proceso de su constitución como subjetividad, siempre se dibuja algo *otro*, heterogéneo, por relación a esta subjetividad, de manera que el *Ser*, como totalidad, no se constituye como Sujeto.

Este sujeto se revela más bien como algo inacabado, pues siempre hay lo *otro* o el *afuera* inasimilable. Lo que no se puede reducir a la subjetividad, al saber de sí.

Lo *otro*, el ser heterogéneo, es una presencia en nada distinta de una ausencia, que el *Ser* como subjetividad porta siempre consigo mismo. Un *afuera*

en su intimidad. Afuera que impide al Ser entrar en una intimidad absoluta, en el sentido de replegarse por completo consigo mismo, sin apertura, clausurado como una mismidad.

Este *afuera* no le permite al Ser constituirse como un Sujeto absoluto (unido y adherido inseparablemente a sí mismo), lejos de esto representa una fuerza que lo mantiene en una apertura frente a una alteridad radical, incognoscible e inasimilable. Y esta última es precisamente el Ser heterogéneo e *imposible*: imposible, puesto que no se logra nunca su transformación en *poder*, *posibilidad* o *acción* (por y para la realidad humana), y por lo tanto tampoco en conocimiento o *saber*. Ser *heterogéneo* que permanece siempre como no saber, volviendo imposible el saber absoluto.

Se trata también del Ser como pura pérdida o gasto permanente: no *consummation* o consumo productivo (trabajo), sino *consumation* o pérdida. Como *consummation* el Ser se auto produce, es *obra* para sí mismo, y esta obra es el Sujeto: mediante el trabajo (negación dialéctica) el Ser se produce como obra, deviene Espíritu en su totalidad, y como obra el Ser queda como unidad y adherencia consigo mismo: absoluto. Ahora bien, en términos de *consumation* el Ser se libera de los límites de la subjetividad, del repliegue hacia sí, abriéndose hacia una inmensidad infinita (la noche del no saber) en donde experimenta y vive su propia pérdida como subjetividad.

Esta apertura y liberación es, para Bataille, el éxtasis. La experiencia interior. No el éxtasis *místico*, que es apertura a una alteridad o trascendencia llamada Dios, con lo cual la criatura se *une* a la divinidad luego de salir de sí; sino una salida de sí (*éxtasis*) o ruptura de los límites de la subjetividad que ya no se une con algo (con el verdadero y único sujeto del místico: Dios). Abandono de sí en el

desierto de una inmensidad infinita (que no es la nada o Dios del maestro Eckhart). Inmensidad del ser *continuum* o fluido permanente que todo lo atraviesa, desbordando cualquier intento de repliegue en sí mismo.

Así, para Bataille el *Ser* es, antes que nada, *éxtasis* –no Sujeto, como lo es para Hegel.

El *afuera*, lo *otro* del Sujeto (y que éste no puede asimilar), es una presencia en nada distinta de una *ausencia*. Bataille se refirió a ella como el *punto ciego* (*tache aveugle*) en **La experiencia interior**. Una presencia no visible para los ojos de este Sujeto, *homo faber* y *cogitat* –y al no ser visible, en nada se distingue de una ausencia.

¿Por qué un *punto ciego*? Retomemos algo del principio de esta introducción. El *Ser* deviene Espíritu o realidad humana en la medida en que la potencia de negatividad de la realidad es asumida y transformada en poder, posibilidad o acción eficaz, esto es, trabajo. Finalmente, por esta negatividad transformada en trabajo, el *Ser* total se realiza como Espíritu.

¿Qué significa el *Ser* total como Espíritu? *Revelación* completa del *Ser* para sí mismo (saber absoluto). El *Ser* en su totalidad como revelación: Sujeto o saber de sí. Pero una revelación sólo posible en la realidad humana (o una revelación sólo posible como Espíritu). El *Ser* se realiza como revelación absoluta de sí mismo en la realidad humana.

Como la realidad humana es el Espíritu, el *Ser* total como Espíritu es lo mismo que la realidad humana como *Ser* total. La realidad humana es el conjunto del *Ser*. De esta manera, aparentemente, se realiza la voluntad de totalidad del hombre. La realidad humana llega a serlo todo, a ser el todo. Y esto significa, en

términos de *revelación*, lo siguiente: hacia cualquier parte que arroje su mirada, el hombre (o el Espíritu) se encontrará consigo mismo. El todo es un reflejo en el que puede contemplarse la realidad humana, pues esta misma es el todo.

Con la realidad humana, al parecer, el *Ser* total queda unido y adherido inseparablemente a sí mismo. El *Ser* replegado y vinculado sólo consigo mismo: Absoluto. Presencia para sí mismo. Contemplación de sí. Mirada que, hacia donde se dirija, se encontrará consigo misma.

Sin embargo una sombra, una ausencia o un punto oscuro escapan a esta mirada totalizadora. En el seno del *Ser* replegado en sí mismo (auto contemplativo) se va a manifestar la presencia ausente de una alteridad inasimilable, aquello que la mirada totalizadora no puede absorber dentro de sí para encontrarse en ello. Lo *otro* de la mirada, en donde ella ya no se reconoce, y que obliga al *Ser* replegado en sí a abrirse a lo desconocido absoluto, allá en donde la mirada se *pierde* y ya no se recobra –si se recobrar, reconociéndose en lo otro, seguiría siendo sujeto; pero al ya no recobrase da el salto hacia un abismo sin fondo especular.

En el segundo caso se vive el éxtasis. Se entra en el flujo incontenible del *Ser*, que todo lo arrastra a su paso. *Ser continuum* sin límites ni fronteras, sin formas. Pura pérdida. *Consumation* permanente.

La mirada entonces ya no se recobra, deja de ser mirada totalizadora. Finalmente tiene que reconocer la oscuridad que no deja de acompañarla. El *Ser* replegado en sí mismo, como Sujeto, termina reconociendo el afuera nocturno que lo amenaza constantemente con su ruina. Un afuera en donde la mirada es sacada extáticamente de sí misma, y en donde, por un breve momento, puede experimentar lo que verdaderamente es la vida: flujo incontenible.

Flujo invitándola a arriesgarse valerosamente a participar en él. Si la mirada cierra sus ojos, ha aceptado la invitación, por lo que Bataille puede decir: "(...) al menos la oscuridad no miente; ciego, he avanzado más que si viera; ninguna apariencia me separa de lo desconocido" (*Notas y aforismos sobre el no-saber*, en **La oscuridad no miente**, Taurus). Si los deja abiertos, tiene miedo. Por eso cerrarlos es una operación *soberana*. De ahí que Bataille cite, en **La experiencia interior**, las siguientes palabras de René Char: *si el hombre no cerrara soberanamente los ojos, terminaría por no ver eso que vale la pena de ser visto.*

¿Por qué el Ser como lo heterogéneo?

Al devénir Espíritu, el Ser se auto produce. Mediante la negación dialéctica la realidad humana produce su propia esencia y la plasma en las obras, o la Obra, resultado de su trabajo. La realidad humana produce su propia esencia como obra, se hace a sí misma, y eso que hace de sí misma es su obra o producto.

Esta obra es el Sujeto. Sujeto *absoluto*. Absoluto como lo perfectamente suelto, distinto, clausurado, sin relación. Sujeto relacionado sólo consigo mismo, hecho por sí mismo, su propia obra, y que no acepta todo aquello que no sea él; y esto último (lo que no es él) termina siendo integrado por él.

Así, el Sujeto llega a ser la totalidad. El Sujeto es el Ser, el Ser es Sujeto (Hegel: *todo depende de que lo verdadero no se aprehenda y se exprese como sustancia, sino también como sujeto*). Se trata del Sujeto Absoluto: el Ser sin relación. Ser inherente y unido inseparablemente a sí mismo.

El Ser encerrado en sí mismo, excluyendo toda relación. Pero, precisamente por esto (por hallarse encerrado), implica necesariamente algo *otro* (heterogéneo)

fuera de él; lo cual significa que se *relaciona* con eso *otro* mismo. En este sentido el Ser no es absoluto, no puede serlo, sino que más bien es la *relación* misma.

En el capítulo cuarto (pp. 145 y 151) se citó un texto fundamental de **La experiencia interior**. En él Bataille dice haber seguido el saber absoluto, esto es, haber seguido los pasos de Hegel hasta el saber absoluto (*Si "imito" el saber absoluto...*). ¿Qué se sigue de esto? Primero: quien sigue el camino de Hegel o, mejor, del Ser en su devenir como Espíritu o Sujeto, llega a serlo todo. Llegar al saber absoluto es haber llegado al punto en el que el conjunto del Ser se ha realizado como realidad humana o Sujeto. Bataille, siguiendo la **Fenomenología...** de Hegel, llega a este punto; de manera que puede decir: "soy el todo, más la conciencia de este todo". Inclusive: "Soy Dios" —el Ser total, sabiéndose además como tal: es todo, y todo lo sabe. Lo ve todo.

Segundo. Precisamente por haber llegado a este punto o límite extremo, se dibuja con una fuerza profunda algo *otro* fuera de esta *subjetividad total*. Por eso Bataille puede decir: *defino, más allá de los límites alcanzados, no ya algo desconocido sino algo incognoscible*. El límite extremo del saber absoluto manifiesta una alteridad incognoscible, esto es, algo por completo fuera de la *subjetividad total*, pero que además nunca podrá ser integrado por ella. Aquello imposible de ver (saber, conocer).

Tercero. Haber llegado al límite extremo del saber absoluto, a ese Yo que puede decir: "soy todo, y lo sé todo", es decir, haber llegado al punto en que el Ser en su totalidad se constituye como Sujeto, lleva a Bataille a decir lo siguiente: *en ese preciso momento se formula la cuestión que hace entrar a la existencia humana, divina... lo más profundamente en una **oscuridad** sin retorno; ¿por qué*

es necesario que haya lo que yo sé? (...) En esta pregunta se oculta una desgarradura extrema, tan profunda que sólo el silencio del **éxtasis** responde.

Bataille nos quiere decir que el Sujeto, como Ser total, no puede responder algo. Y en este sentido ni el Ser total, ni lo sabe todo. Llegados al límite extremo del supuesto saber absoluto, cuando aparentemente lo sabemos todo, surge una pregunta que queda sin respuesta: ¿por qué hay todo eso que yo sé? O: **¿por qué es todo eso que yo sé?** En otras palabras, el "saber absoluto" al que he llegado no responde por el Ser precisamente.

Puedo saber muchas cosas, inclusive puedo creer que lo sé todo; pero lo que no puedo saber es: ¿por qué todo eso que yo sé **es**? Al parecer, entonces, el Ser sin *por qué*.

El Ser, precisamente, se presenta como lo *otro* de lo que yo sé, lo *otro* del saber. El *afuera* del saber. Lo incognoscible, en palabras de Bataille.

La pregunta del **por qué es todo eso que yo sé** lleva al Sujeto, que se suponía el Ser total, a un desgarramiento, esto es, a un *éxtasis* por el cual rompe los límites de su subjetividad para entrar en una oscuridad que lo saca del engaño en que se encontraba: el suponer serlo y saberlo todo. En este sentido *la oscuridad no miente*, al contrario, desengaña.

Inclusive se podría pensar que el *éxtasis* es el Ser en términos de *relación*. No el Ser como absoluto, inherente y unido inseparablemente a sí mismo, encerrado en su mismidad o replegado; sino la experiencia de una relación, de un contacto, con un *afuera* imposible de ser llevado al plano de la subjetividad. Un *afuera* que violenta a esta última, impidiéndole centrarse en sí misma. Abriéndola a todo contacto y a toda comunicación. A toda relación. En otras palabras,

abriéndola a la vida misma, e invitándola a estar a la altura de esta vida; una vida que, finalmente, es sin *por qué*.

El *por qué* intenta asimilar al conjunto de la vida en el espacio de la subjetividad que todo lo quiere ser y saber. Pero el mar infinito de la vida jamás podrá encerrarse en los acueductos del discurso que responde al *por qué*. Y esto precisamente llevó a Bataille a interesarse por la *teología mística*, para la cual el mar infinito de la divinidad no puede encerrarse en los acueductos del lenguaje humano –por eso Pseudo Dionisio el Areopagita exclamó lo siguiente en su **Teología mística**: “¡Renunciemos a toda visión y conocimiento para ver y conocer lo invisible e incognoscible: a Aquel que está más allá de toda visión y conocimiento!”.

Sin embargo, para Bataille este mar infinito no es Dios, sino su ausencia; el lugar vacío que ha dejado. Por eso rechazaba llamarle mística a la experiencia interior. Aunque en el propio libro que lleva este título llegó a hablar no de una teología mística, sino de una *nueva* teología mística, a la cual, según él, sólo pertenecían Blanchot y él mismo.

Pero esto último es tema para otro trabajo.

Apéndice: abyección, desnudez y altitud.

En un ensayo titulado *L'Hétérologie et "Acéphale": du fantasme au mythe* (*Reveu des Sciences Humaines*, 1987), su autor, Carlo Pasi, afirma lo siguiente a propósito de lo que considera esencial del pensamiento de Georges Bataille: "(...) la abyección es la verdad más desnuda del ser".

En **L'Alleluiah. Catéchisme de Dianus** (1947), Bataille escribe: "Debes saber en primer lugar que cada cosa que tiene un rostro manifiesto posee también uno oculto. Tu rostro es noble: tiene la verdad de los ojos con los que captas el mundo. Pero tus partes peludas bajo el vestido no tienen menos verdad que tu boca. Estas partes, secretamente, se abren a la basura. Sin ellas, sin la verdad ligada a su empleo, la verdad que ordenan tus ojos sería avara".

Por otra parte, en la novela **El nombre de la rosa** (Umberto Eco), un monje narra una extraña visión de la siguiente manera:

"(...) vi una hembra lujuriosa, desnuda y descarnada, roída por sapos inmundos, chupada por serpientes, que copulaba con un sátiro de vientre hinchado y piernas de grifo cubiertas por pelos erizados y una garganta obscena que vociferaba su propia condenación, y vi un avaro, rígido con la rigidez de la muerte, tendido en un lecho suntuosamente ornado de columnas, ya presa impotente de una cohorte de demonios, uno de los cuales le arrancaba de la boca agonizante el alma en forma de un niño (que, ¡ay!, ya nunca nacería a la vida eterna), y vi a un orgulloso con un demonio trepado sobre sus hombros y hundiéndole las garras en los ojos, mientras dos golosos se desgarraban mutuamente en un repugnante cuerpo a cuerpo, y vi también otras criaturas, con la cabeza de macho cabrío, melenas de león, fauces de pantera, presas en una selva de llamas cuyo ardiente soplo casi me quemaba. Y alrededor de estas figuras, mezclados con ellas, por encima de ellas y a sus pies, otros rostros y miembros, un hombre y una mujer que se cogían de los cabellos, dos serpientes que chupaban los ojos de un condenado, un hombre que sonreía con malignidad mientras sus manos arqueadas mantenían abiertas las fauces de una hidra, y todos los animales del bestiario de Satanás, reunidos en consistorio y rodeando, guardando, coronando el trono que se alzaba ante ellos, glorificándolo con su derrota: faunos, seres de doble sexo, animales con manos de seis dedos, sirenas, hipocentauros, gorgonas, arpías, incubos, dracontópodos, minotauros, linceos, leopardos, quimeras, cinóperos con morro de perro, que arrojaban llamas por la nariz, dentotiranos, policaudados, serpientes peludas, salamandras, quelonios, culebras, bicéfalos con lomo dentado, hienas, nutrias, cornejas, cocodrilos, hidropos con los cuernos recortados como sierras, ranas, grifos, monos, cinocéfalos, leucrocotas, mantícoras, buitres, parandrios, comadreja, dragones, upupas, lechuzas, basiliscos, hipnals, présteros, espectáficos, escorpiones, saurios, cetáceos, esquitales, anfibenas, jáculos, dipsados, lagartos, rémoras, pólipos, morenas y tortugas. Portal, selva oscura, páramo de la exclusión sin esperanza, donde todos los habitantes del infierno parecían haberse dado cita para anunciar la aparición, en medio del tímpano, del Sentado, cuyo rostro expresaba al mismo tiempo la promesa y amenaza, ellos, los derrotados del Harmagedón (...)"

La visión de estos *écarts de la nature* (desvíos de la naturaleza) podría hacernos decir con San Agustín: *me horrorizo porque me siento diferente de ello, enardezco porque me siento semejante a ello* (**Confesiones**, XI, 9, 1) – precisamente Bataille inicia un artículo, en 1929, titulado *Les écarts de la nature* con una cita del libro **Histoires prodigieuses**, de Pierre Boaistuau, así: "Entre todas las cosas que pueden ser contempladas bajo la concavidad de los cielos, no se ve nada que despierte más al espíritu humano, que arrebaté más los sentidos, que espante más, que provoque en las criaturas una admiración o un

terror más grande que los monstruos, los prodigios y las abominaciones por las cuales vemos las obras de la naturaleza invertidas, mutiladas y truncadas”.

Hay otro artículo interesante de Bataille, titulado *Le cheval académique*, de la revista **Documents**, año 1929.

Habla de los galos, y específicamente de sus monedas (es importante señalar que el autor de estos artículos realizaba en ese tiempo estudios de numismática). Eran unos bárbaros que invadían a otros pueblos de una manera alocada, sin tener como meta una verdadera empresa militar, y que, para sus intercambios comerciales, utilizaron monedas al principio importadas y luego las suyas propias.

En el artículo sobre el caballo académico, Bataille dice: “Al respecto, por paradójico que pueda parecer, puede afirmarse que sin duda el caballo, situado por una curiosa coincidencia en los orígenes de Atenas, es una de las expresiones más acabadas de la *idea*, en el mismo grado, por ejemplo, que la filosofía platónica o la arquitectura de la Acrópolis (...) En efecto, pareciera que las formas del cuerpo, así como las sociales o las formas del pensamiento, *tienden hacia una especie de perfección ideal* de la cual procede todo valor, como si la organización progresiva de esas formas procurara satisfacer poco a poco la armonía y la jerarquía inmutables que la filosofía griega solía conferir propiamente a las *ideas*, y exteriormente a los hechos concretos. En todo caso, el pueblo que más se sometió a la necesidad de ver qué ideas nobles o irrevocables regían y dirigían el curso de las cosas podía fácilmente traducir su obsesión representando el cuerpo del caballo: los cuerpos repulsivos o cómicos de la araña o del hipopótamo no hubieran respondido a esa elevación espiritual” (subrayado mío).

Habla de la *idea*, de perfección ideal y de la filosofía platónica. Es importante entonces referirse a algo escrito por Platón, concretamente en la **República**.

Al final del libro VI de la **República** Platón expone, a través de Sócrates, el *símil de la línea*. En él expone la estructura ontológica de la realidad y los grados de conocimiento que le corresponden.

Consiste en una línea vertical cortada a la mitad por una horizontal. La parte inferior es el *mundo sensible* y material, el devenir, en donde nada es estable; en la parte superior, el *mundo inteligible* e inmaterial, se encuentran seres inmutables, ajenos al devenir. La *episteme* o conocimiento verdadero sólo es posible en el mundo inteligible; en el otro, el material y por eso mismo inferior, a lo más que puede llegarse es a la *doxa* u opinión, por debajo de la cual queda la ignorancia.

Así, el mundo sensible está dividido a su vez en dos partes. La más baja e inferior está constituida por la irrealidad de las *sombras* e *imágenes*. Ni siquiera son cosas, sino sólo las sombras de éstas -como el reflejo de un árbol en la superficie del agua: tomar esto por la cosa misma es vivir en la *ignorancia*, al igual que esos hombres mirando al fondo de la caverna y tomando a las sombras por los objetos reales. Imágenes, reflejos y sombras son simples *simulacros* de cosas reales.

Si dejamos de ver el reflejo del árbol en la superficie del río y ahora miramos al árbol mismo, ya no contemplamos una mera sombra o imagen, sino a la cosa misma. No hay ignorancia, pero tampoco conocimiento verdadero; cuando mucho *creencia* y opinión. En la medida en que estamos en el mundo del devenir, ese árbol que veo dejará de ser en un momento dado, y por lo mismo no puedo afirmar algo seguro sobre él.

El mundo inteligible también está dividido en dos partes. La inferior está constituida por los seres matemáticos, números y figuras geométricas, a los que

les corresponde el *conocimiento matemático*. Seres inmutables (dos más dos siempre será igual a cuatro; la suma de los ángulos de un triángulo... siempre será igual a 180 grados; etc.) que hacen posible un conocimiento verdadero.

Por encima de esto se encuentran los *eidos*, o las *ideas*, cuya visión intelectual, no sensible (pues se miran con los ojos del alma, no del cuerpo) también hace posible el conocimiento verdadero. Las ideas también son inmutables. Si bien los árboles, dentro del mundo sensible, pueden cambiar o ser destruidos, la idea o el modelo original de árbol, en el mundo inteligible, nunca cambia y no puede ser destruida. Conocer es ver esas ideas, es decir, los modelos (originales) y no las copias –los árboles del mundo sensible o, peor aún, las copias de las copias: las sombras, imágenes, reflejos o simulacros.

Las ideas de la parte superior del mundo inteligible son: virtud, justicia, amor, deber, belleza, amistad, piedad, alma, ciencia, etc. Y por encima de todas, como un Sol padre en la cumbre del símil de la línea: la idea del Bien.

Resumiendo:

Sol: idea del Bien

Ideas: virtud, amistad, justicia, etc.---	episteme	Mundo
Seres matemáticos -----	episteme	inteligible: Ser

Cosas -----	creencia, doxa	Mundo
Sombras -----	ignorancia	sensible: Devenir

¿Qué vemos cuando miramos la realidad? Nos encontramos, de manera inmediata, en el mundo sensible poblado por cosas y personas. Vemos entonces un mundo ordenado, con formas, contornos y límites, en donde predomina la

armonía y la medida. Sin embargo, este mundo ordenado es en realidad el *reflejo* de otro mundo, que de hecho no vemos con los ojos del cuerpo. Este otro mundo no puede ser visto, sino pensado (o visto con los ojos del alma intelectual).

Entonces la *aprehensión intelectual* de la realidad es la que nos entrega un mundo ordenado, con límites y contornos: claro y distinto. Y así, aquello ajeno a lo que esta aprehensión nos entregue, lo otro, lo heterogéneo, quedará relegado a la irrealidad; esto es, aquello que no se subordine, asimile o integre a la idea no será real, simplemente no será –pues hasta lo simulacros, por lo menos aparentan semejanza con la idea. ¿Pero lo que pudiera salir por completo del dominio de la idea? Probablemente esto, para Platón, ni siquiera sería pertinente plantearlo, sería imposible.

¿Acaso no hay en esto un eco de aquel: *todo lo real es racional, todo lo racional es real*?

Hasta aquí la filosofía platónica. Pero podríamos preguntarnos, con Nietzsche y Bataille: ¿la realidad es en sí misma ese orden y medida revelados por la aprehensión intelectual?

O, a partir de los términos hegelianos: ¿el Ser se reduce finalmente al concepto? ¿Ser es concepto? ¿Ser es *idea*? ¿Ser es aprehensión intelectual de sí mismo (saber de sí)? O mejor: ¿el Ser se reduce en su totalidad a una aprehensión intelectual de sí mismo?

Cuando miramos la realidad, dentro de lo que Platón llamaba mundo sensible y material, y decimos encontrarnos con un mundo dispuesto de manera ordenada, de manera que este mundo sensible no sea más que un pálido reflejo del inteligible, sucede que no vemos la realidad tal y como es, en su completa desnudez (la *materia baja*, según Bataille), sino que vemos un mundo tal y como

debe de ser, de acuerdo con ciertas *ideas* o *ideales* producidos por nosotros mismos, los seres humanos.

El mundo material y sensible lo vemos, finalmente, subordinado a **formas** (las ideas platónicas). La materia pura, o baja, es asimilada por las formas; y el producto de este proceso es un mundo ordenado, armónico y dominado por la medida.

Esta manera de aprehender la realidad es intelectual. Aprehendemos la realidad mediante el pensamiento, dejando fuera las emociones, las sensaciones y a la sensualidad misma. Es una manera de aprehender la realidad que deja fuera las *impulsiones afectivas* y las *tramas del deseo*, productoras de un universo fantasmático, no conceptual, que sería una forma heterogénea de aprehensión fundamental para el hombre –de ahí que Bataille escribiera en **Dossier de l’œil pinéal**: “(...) el hombre (...) no puede reconocerse en las cadenas degradantes de la lógica, se reconoce al contrario –no solamente con cólera sino en un tormento extático- en la virulencia de sus fantasmas”.

Los fantasmas, o lo fantasmático, comienza precisamente cuando el *Ser* es liberado de la idea, del concepto o de la forma. Comienza cuando el Sol-concepto, el Sol-idea, ese Padre en la cumbre del símil de la línea cede el lugar a un Sol-fantasma, al Año solar, aquel que, bajo un tormento extático, llevó a Bataille a escribir lo siguiente: “El Sol situado en el fondo del cielo como un cadáver en el fondo de un pozo responde a ese grito inhumano con el atractivo espectral de la podredumbre (...)”.

Ahora bien, volviendo a Platón, éste pensaba que las *ideas*, o formas, del mundo inteligible eran increadas, eternas. Sin comienzo ni fin. Sin embargo, no es

así, pues son producto del hombre mismo. Son una creación del pensamiento humano, producto de un procesamiento racional de la realidad, pero luego las proyecta hacia un cielo inteligible dotándolas de una existencia independiente, hasta llegar inclusive a olvidar que fue él mismo quien las puso allí.

Aquí cabe la siguiente pregunta: ¿por qué las proyecta así, olvidando que son un producto suyo? Lo hace para vivir con la ilusión de que la realidad tiene un orden *en sí misma* —un orden impuesto por él mismo, de manera que es un orden a la medida humana, cuando el hombre se asume exclusivamente como *homo faber y cogitat*. Un orden a su medida, en el cual se siente cómodo, pues todo, al parecer, se encuentra dispuesto para él, como si el hombre fuera el fin hacia el cual tiende todo lo que hay.

Ahora, si el hombre subordina la materia (la realidad tal y como es, la vida misma) a una serie de *formas* producto de su propia actividad racional, en suma, a creaciones suyas, es porque rehúsa ver la realidad tal y como es, independientemente de estas formas —¿es posible un pensamiento abierto a la desnudez de la realidad? En *Méthode de méditation*, Bataille escribe: “Pienso como una muchacha que se quita la ropa. En el extremo de su movimiento, el pensamiento es el impudor, la obscenidad misma”.

La forma, el vestido, la idea o el concepto ocultan la desnudez de la realidad.

Si la materia (la realidad, el *Ser*) se sustrajera a la forma, ¿qué quedaría? Una materia informe, una realidad informe. En suma: lo informe. ¿Qué es lo informe?

En otro artículo de la revista **Documents**, *Informe*, de 1929, Bataille escribe: “Un diccionario empezaría a partir del momento en que ya no suministrara el sentido sino los usos de las palabras. Así, informe no es solamente un adjetivo

con determinado sentido sino también *un término que sirve para descalificar, exigiendo generalmente que cada cosa tenga su forma*. Lo que designa carece de derecho propio en cualquier sentido y se deja aplastar en todas partes como una araña o una lombriz. *Haría falta –para que los académicos estén contentos- que el universo cobre forma*. La filosofía entera no tiene otro objeto: *se trata de ponerle un traje a lo que existe, un traje matemático*. En cambio, afirmar que el universo no se asemeja a nada y que sólo es informe significa que el universo es algo así como una araña o un escupitajo” (subrayado mío).

Informe es un término usado, en muchos casos, para descalificar algo. Cada cosa *debe de* tener una forma. Si carece de ella no es, lo que le da realidad a algo es la forma, la idea o el concepto que nos formamos de ello.

Lo que tiene forma es lo acabado, lo realizado plenamente, que no se encuentra en falta, por eso es perfecto. Así, se vuelve necesario (pues así debe de ser) darle una forma a la realidad material, esto es: “(...) ponerle un traje a lo que existe, un traje matemático” –y así debe de ser porque lo informe, moralmente, lo carente de forma y por lo tanto desnudo y obsceno es inadmissible: nada debe quedar fuera de la aprehensión intelectual, y por lo tanto del concepto, la forma, pues esto humaniza (espiritualiza) la realidad, quitándole su aspecto inhumano, esto es, abyecto (como si la abyección nada tuviera que ver con nosotros).

Lo informe se sustrae a la forma, es la materia (baja, desligada por completo del mundo inteligible de las ideas, del concepto) no subordinada a forma alguna. Y entonces no es algo realizado plenamente, no es algo acabado; y, por lo tanto, no es propiamente (no tiene derecho a la existencia). Si acaso tiene algo de realidad, entonces será algo vago, indefinido, indeciso. Dentro del símil de la línea

no entraría ni siquiera en el ámbito de las sombras, pues estas por lo menos son apariencia de forma. Lo informe estaría fuera del símil y, por lo mismo, para Platón, no existiría –Platón pretendió abarcar el conjunto de la realidad en el símil, como Hegel lo hizo en el concepto; aunque en ambos casos, finalmente, es el intento de abarcarla en la forma, la idea o el concepto: en este sentido es impensable, e imposible, que algo quede fuera del concepto (del símil mismo).

Precisamente, para Bataille, el pensamiento necesita abrirse a eso impensable e imposible, de otra manera el hombre se aleja de la vida y queda prisionero en la red de los conceptos.

La vida, el flujo incontenible de la realidad, desborda cualquier límite o forma que pretenda imponérsele. Seguir el curso de ese flujo es afirmar la vida, no empobrecerla en formas fijas.

Sustraerse a la forma significa carecer de contornos y límites precisos. Queda entonces lo inacabado, lo vago, impreciso, indefinido y ambiguo; y todo esto provoca horror, o espanto, o náusea, o risa.

Inclusive esta sustracción a la forma significa la laceración del Ser. Laceración de la unidad del Ser, el cual pasa de una unidad contenida en la forma (con límite y contorno) a un *ruissement* (desparramamiento), a un flujo (continuum) sin forma –si el universo es informe, dice Bataille en su artículo, entonces es algo así como un *escupitajo*; y, precisamente, Michel Leiris, en un artículo de la misma época, escribió un artículo, *Crachat*, en donde dice lo siguiente: “El escupitajo es, en fin, por su inconsistencia, sus contornos indefinidos, la imprecisión relativa de su color, su humedad, el símbolo mismo de lo *informe*, de lo no verificable, de lo no jerarquizado (...)”.

La laceración de la unidad del *Ser* equivale a la pérdida de la integridad corporal. Integridad violentada en el acto erótico: en este caso el cuerpo se sustrae a toda forma, al contorno fijo impuesto por la ropa, y así, lacerado, queda expuesto y abierto al flujo que lo arrebatará llevándolo al tormento extático, en donde predominan el placer y el dolor intensos, en donde la angustia y el goce no se excluyen. Cuerpo despedazo por una realidad que lo desborda.

Pierre y su amante Hansi, amante también de la madre de Pierre (en la novela **Mi madre**), aceptan ser lacerados hasta el tormento extático. Pierre, narrador, dice: "En el éxtasis en el que Hansi y yo nos habíamos perdido, en primer lugar participaban nuestros vientres desnudos, luego un amor ilimitado no cesaba para que nuestros vientres se desnudaran, que se liberaran de los límites. Esta abolición de límites que nos dejaba el uno perdido en el otro me parecía más profunda que los sermones del sacerdote de la capilla de la iglesia, me parecía más santo (...) Asociaba entonces la imagen que guardaba de la divinidad violenta a la de la voluptuosidad de Hansi, y una y otra a esas inmundicias cuya omnipotencia, cuyo horror eran infinitos. Medité, en el tiempo de mi piedad, en el Cristo crucificado y en la inmundicia de sus llagas. La náusea tormentosa que venía de un abuso de la voluptuosidad me había abierto a esta horrenda mezcla en donde ya no había sensación que no fuera llevada al delirio".

Precisamente la teología mística busca el contacto con una realidad que desborda las formas y conceptos del discurso teológico: Dios. El Dios de la teología mística es sin forma, y su contacto termina por dejar en un *entender no entendiendo* (San Juan de la Cruz) a quien lo alcanza –al estar más allá de la *forma* discursiva y del entendimiento, el efecto que produce en las emociones, en

la parte afectiva, es muy fuerte; lejos de la impasibilidad proporcionada por la aprehensión racional.

Tratando de describir uno de tantos arrobos (éxtasis), Teresa de Jesús termina un párrafo diciendo, en el **Libro de la vida**: “El entendimiento, si entiende, no se entiende cómo entiende; al menos no puede comprender nada de lo que entiende. A mí no me parece que entiende, porque –como digo- no se entiende. Yo no acabo de entender esto”.

¿Un Dios sin forma? Si vamos más allá de la teología mística, un Dios sin forma sería un Dios desnudo, develando toda la abyección de la realidad: “Dios es una prostituta de burdel, una loca”, “Dios, si lo supiera, sería un puerco” (**Madame Edwarda**).

Lo que carece de forma confunde, espanta o mueve a risa. En el artículo de Bataille, *El caballo académico*, se distinguen dos estilos en la figura del caballo impreso en las monedas. El estilo griego: clásico y académico, dominado por la forma platónica, por la medida, el equilibrio y el orden; una copia fiel del modelo del mundo inteligible. Por otro lado; el estilo galo: bárbaro, barroco y demente.

El caballo galo parece haberse sustraído al dominio de las formas o modelos inteligibles, y hundirse en el mar del flujo incontenible. Frente a la forma noble, clásica y académica del caballo, hay animales grotescos que provocan horror y escalofrío como las arañas, las serpientes y los escorpiones; o risa como los hipopótamos y los monos. Grotescos también son los cocodrilos y los rinocerontes. Pero todavía más bizarro que todo esto, los desvíos de la naturaleza (presentes cuando esta última ya no se piensa como un reflejo del orden inteligible), lo monstruoso: faunos, hipocentauros, sátiros, gorgonas, arpías,

incubos, dracontópodos, dentotiranos, policaudados, dragones, basiliscos, hipnales, pólipos, mantícoras, esquitales, dipsados, etc.

En *El caballo académico* Bataille sostiene, refiriéndose a los estilos *clásico - académico* (griego) y *barroco-bárbaro* (galo), lo siguiente: "Los estilos podrían considerarse entonces como la expresión o el síntoma de un estado de cosas esencial (...)". Ambos estilos son la expresión de *modos de ser* de las diferentes civilizaciones.

Frente al horror que despierta la materia sin forma, la materia pura con toda la abyección reveladora de la verdad desnuda del *Ser*, el espíritu (los seres humanos) reacciona (n) violentamente negándola e imponiéndole una *forma* para cubrir su **ininteligible desnudez** (queremos volver inteligible, humana, la realidad, y por eso le damos forma o la conceptualizamos; pero más allá de la forma y del concepto está la inteligible desnudez del *Ser*). De aquí proviene el estilo clásico-académico: se trata de cubrir la desnudez que, con sólo mirarla, nos deja ciegos. .

Podemos hablar de materia y de espíritu. ¿Qué podemos entender por espíritu? No es algo que esté más allá y por encima de la materia, como un trasmundo (mundo inteligible). El *Ser*, la realidad, es materia, algo concreto; el espíritu es la *conciencia* de la materia, y es, finalmente, la realidad humana (Kojève-Hegel). El espíritu es la conciencia que la materia tiene de sí misma, el saberse a sí misma de la materia (no el saber de algo otro, trascendente, más allá de ella), y esto sólo es posible plenamente en la realidad humana (Kojève- Hegel).

Así, hay espíritu en el momento en que la materia enfrenta lo que ella es. Ahora, si el espíritu se horroriza de lo que él mismo es, es decir, si contempla con horror y náusea la materia que él mismo es, entonces, dicho espíritu es débil y se encuentra enfermo. Esto es un signo, o síntoma, de ausencia de salud, y por lo tanto de decadencia, del espíritu mismo.

Al rechazar lo que él mismo es, es decir: materia, el espíritu construye otra realidad por encima de la materia, una realidad inmaterial (mundo inteligible). Y además vive en función de ella, subordina su vida a ella, olvidándose de lo que realmente es: materia –verdadera actitud nihilista, pues desvaloriza la verdadera vida, la materia, y le otorga valor a algo que es una mera ficción: el mundo inmaterial e inteligible, creado, por cierto, por el propio hombre.

Se trata entonces de un espíritu enfermo, débil. Pensemos en el platonismo. Recordemos el símil de la línea: se nos habla de que el verdadero mundo, o la verdadera realidad, es el mundo inteligible (un trasmundo), inmaterial; y ahí se encuentran las ideas de lo bello, del bien, de lo justo, de lo verdadero, de manera que el espíritu es dominado por una voluntad de lo bello, del bien, de la justicia, de lo verdadero (un querer la belleza, el bien, la justicia, la verdad). Pero como estas ideas (formas) no existen, no son reales, carecen de materialidad pues fueron ubicadas en el plano inteligible, inmaterial, lo que hay es una voluntad de nada (de ficción, de irrealidad). Querer este bien, esta justicia, etc., es querer la nada.

Así, cuando el espíritu rechaza su propia realidad, es decir, su propia materialidad, a la materia misma, se encuentra enfermo. Rechaza lo que él mismo es, rechaza la vida misma.

Ahora, ¿por qué el espíritu rechaza a la materia? La materia es potencia, fuerza, energía, vitalidad; es movimiento, flujo incontenible, sacudimiento. Es energía en exceso, vitalidad desbordante, exuberante: esto es, rebasa cualquier límite que se le pretenda imponer. Cuando el espíritu está en armonía con esa materia, acepta lo que él mismo es: se trata de un espíritu que no teme al movimiento convulsivo que lo atraviesa; un movimiento que lo sobrecoge y arrebatada llevándolo del gozo extremo al más intenso dolor, que lo lleva a descubrir en el límite del dolor y la angustia el mayor goce y felicidad. En suma: un movimiento perturbador que no le da tregua al espíritu.

El espíritu sano, jovial, juega y danza al son de este movimiento. Acepta este movimiento que lo perturba y arrebatada. No busca el descanso ni la quietud. Es un espíritu lleno de vida.

Si el espíritu se cansa de este juego, entonces entra en decadencia y pierde la salud. Rechaza este movimiento convulsivo que lo atraviesa y busca la quietud. Entonces, nos dice Nietzsche, se inventa una historia, se inventa una realidad, se inventa un mundo, una ilusión. Deja de mirar lo que realmente es, ese sacudimiento y esa vitalidad desbordante; y lo deja de mirar porque ya no puede o no quiere seguir ese ritmo; pone sus ojos en un lugar que él mismo se construye, en una realidad producida por él, que no es más que un reflejo muy pobre y lejano de la verdadera vida: el mundo inteligible e inmaterial en donde cree encontrar la paz –la paz, sí, pero de las profundidades, propia de una necrópolis.

Este espíritu cansado y enfermo busca la forma (fija, inmutable), pues ella representa la seguridad de un suelo seguro.

Si la materia es: fuerza, potencia, energía; movimiento, sacudimiento; energía en exceso, vitalidad exuberante y desbordante; entonces no hay forma alguna

que pueda fijarla ni limitarla. Ningún contorno o dique puede contenerla. De hecho, lo que verdaderamente es la materia, el *Ser* o la realidad, se revela en el momento en que ella transgrede (viola, rebasa) cualquier límite que pretenda imponérsele –así, las formas se ven arrastradas por un movimiento perpetuo de creación y destrucción. Movimiento que no se fija o detiene en alguna de ellas. Formas, además, que nunca se repiten, nunca son las mismas.

En este sentido, para Bataille, los galos estaban más cerca de la realidad que los griegos académicos: tomaron, imitando a estos últimos, la figura del caballo para adornar sus monedas; pero *incursionaron agresivamente* sobre la *formalidad griega desarreglando el código expresivo clásico-académico*. Transgredieron la *forma*, el contorno y el límite impuesto por el academicismo griego a la realidad. En otras palabras, liberaron a la materia del encadenamiento impuesto por el platonismo griego.

Dejaron a la materia en su completa desnudez, tal y como es, con todo y su sacudimiento y violencia; con toda su atrocidad, pues este movimiento es trágico y cruel –revela una tensión nunca resuelta, sin síntesis tranquilizadora (como la hegeliana); de manera que el espíritu desgarrado por esta tensión nunca encuentra reposo, y precisamente su salud radica en no querer nunca el reposo; revelando finalmente el vacío inmenso del cielo, la ininteligibilidad desnuda.

¿Qué es este vacío inmenso del cielo? La materia sin formas. La forma impuesta a la materia representa el esfuerzo del hombre por darle un sentido a la realidad. Y de hecho se lo da. Conceptualiza la realidad para imponerle un sentido, una razón de ser, una respuesta al por qué; inclusive para encontrarle una *utilidad* a la misma. Pero este sentido, esta razón de ser, este por qué respondido y esta utilidad siempre son desde el hombre y para el hombre; y a

este último parece olvidársele que él no es el centro del universo; olvida que la realidad lo desborda, rebasa sus expectativas: el hombre quiere esto y aquello, pero a la realidad en su conjunto no se subordina a este interés humano. Esta realidad rebasa con mucho este interés; y, precisamente, lo que está más allá de este interés, es el vacío inmenso del cielo: la inmensidad ininteligible: lo otro del pensamiento, lo otro de la razón, lo totalmente otro: lo sagrado.

Lo sagrado. Pero no lo sagrado subordinado a forma alguna, pues esto sería Dios: el Dios de la teología, de la razón instrumental, hecho a la medida humana. En todo caso el Dios desconocido, ausente, sin forma, y por lo tanto salvaje: inmensidad ininteligible y sin utilidad alguna.

Otra cita de Bataille: "(...) pareciera que las formas del cuerpo, así como las formas sociales o las formas del pensamiento, tienden hacia una especie de perfección ideal (...) los cuerpos repulsivos o cómicos de la araña o del hipopótamo no hubiesen respondido a esa elevación espiritual" (*El caballo académico*).

La cultura y el hombre clásicos rechazan la materia baja, informe; la niegan y la subordinan a la forma (fija). Se llega a pensar así que la materia finalmente se encamina hacia la forma ideal (la idea del Bien): movimiento de lo bajo hacia lo alto, de la bajeza de la materia informe a la altura de la forma inteligible e inmaterial. Lo interesante es que esa forma ideal es puesta por el hombre mismo, y así, todo tiende a guardar semejanza e identificarse con la forma humana dentro de un proceso de antropomorfización. Forma clásico-académica, forma acabada; y no una forma humana inacabada, desgarrada, siempre abierta a *lo otro* que la

excede y desgarrar, lo inhumano, y por lo tanto lo informe, revelador de la bajeza humana.

No sólo el ser humano considera que él se dirige a la forma ideal, a la perfección, superando toda bajeza; supone también que él mismo es esa forma a la cual *debe* dirigirse todo lo que hay.

Elevación espiritual significa entonces (proceso de) humanización: si el ser humano es la forma acabada por excelencia, todo lo que hay tendrá que parecerse y asimilarse a él, sustrayéndose a toda bajeza.

¿No hay entonces una bajeza humana? Si la hay. En el propio ser humano algo se sustrae y no puede ser asimilado a la forma: Bataille le llamaba la *noche humana*.

Precisamente la empresa de Bataille, similar a la de los galos, es incursionar agresivamente y provocar el desarreglo del código expresivo académico. Se trata de negar el mundo académico y clásico de la forma para liberar a la materia baja e informe; lejos de rechazar esta materia, *corresponderle* (responder a ella) mediante las impulsiones afectivas y las tramas del deseo que nos ponen a su "altura" (o bajeza).

Por eso Bataille, en *El caballo académico*, dice: "(...) gradualmente, la dislocación del caballo clásico, llegando en último término al frenesí de las formas, transgredió la regla y logró realizar la expresión exacta de la mentalidad monstruosa de esos pueblos que vivían a merced de las sugerencias. Los innobles monos y gorilas equinos de los galos, animales de costumbres innombrables y llenos de fealdad, apariciones no obstante grandiosas, prodigios perturbadores, representaron así una respuesta definitiva de la noche humana, burlesca y horrorosa, a las simplezas y a las arrogancias de los idealistas".

BIBLIOGRAFÍA

BATAILLE, Georges, **Oeuvres Complètes**, Gallimard, NRF, XII tomes, Paris, 1970-1988:

_____, **Le cheval académique, Les écarts de la nature, La Mère Tragédie, Chronique nietzschéenne** O.C., t. I

_____, **Madame Edwarda**, O .C., t. III

_____, **Ma mère, Charlotte d'Ingerville, Sainte**, O.C., t. IV

_____, **Dossier de l'œil pinéal, Dossier Hétérologique**, O.C., t. II

_____, **L'économie à la mesure de l'univers, Le limite de l'utile, La part maudite, Théorie de la religion**, O.C., t. VII

_____, **Hegel, la mort et le sacrifice, Hegel, l'homme et l'histoire**, O.C., t. XII

_____, **La souveraineté**, O.C., t. VIII

_____, **La somme athéologique I-II**, O.C., t. V, VI

_____, **La oscuridad no miente**, Taurus, México, 2001, 251 pp. (trad. Ignacio Díaz de la Sema)

BIDENT, Christophe, **Maurice Blanchot. Partenaire invisible**. Champ Vallon, France, 2001, 635 pp.

BLANCHOT, Maurice, **La part du feu**, Gallimard, NRF, Paris, 1997, 331 pp.

_____, **L'entretien infini**, Gallimard, NRF, Paris, 640 pp.

_____, **Thomas l'obscur**, Gallimard, Col. Imaginaire, Paris, 134 pp.

_____, **La comunidad inconfesable**, Arena Libros, Madrid, 2002, 120 pp.

DE JESÚS, Teresa, **Libro de la vida**, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2001, col Clásicos de la Espiritualidad 18, 339 pp.

DÍAZ DE LA SERNA, Ignacio, **Del desorden de Dios. Ensayos sobre Georges Bataille**, Taurus, México, 1997, 162 pp.

DUMOULIÉ, Camille, **Nietzsche y Artaud. Por una ética de la crueldad**. Siglo Veintiuno Editores, México, 1996, 275 pp.

DUVIGNAUD, Jean, y otros, **Georges Bataille**, L'Arc (revue trimestrielle) 32, Paris, 1967, 96 pp.

FOUCAULT, Michel, **El pensamiento del afuera**, Pre-textos, Valencia, 1982, 82 pp.

FORD, John, **Domage qu'elle soit une putain**, Actes Sud, 1997, 61 pp.

GRAVE, Crescenciano, **El pensar trágico. Un ensayo sobre Nietzsche**, Universidad Nacional Autónoma de México (Facultad de Filosofía y Letras), México, 1998, 121 pp.

HEGEL, G.W.F., **Fenomenología del Espíritu**, Fondo de Cultura Económica, México, 1994, 483 pp.

- HEGEL, G.W.F., **Phénoménologie de l'Esprit**, Aubier, France, 199, 565 pp.
- HEIMONET, Jean-Michel, **Pourquoi Bataille ? Trajets intellectuels et politiques d'une négativité au chômage**, Kimé éditions, Paris, 2000, 85 pp.
- HOLLIER, Denis, **La prise de la Concorde. Les dimanches de la vie. Essais sur Georges Bataille**, Gallimard, NRF, col. Le Chemin, Paris, 1993, 323 pp.
- HYPOLITTE, Jean, **Génesis y estructura de la Fenomenología del Espíritu de Hegel**, Península, Barcelona, 1991, 562 pp.
- KLOSSOWSKI, Pierre, y otros, **Hommage à Georges Bataille**, Critique (aout-septembre 1963), pp. 675-832
- KOJÈVE, Alexandre, **Introduction à la lecture de Hegel**, Gallimard, France, 1997, 597 pp.
- LAPORTE, Roger, **A l'extrême pointe. Proust, Bataille, Blanchot**, P.O.L., Paris, 1998, 95 pp.
- LÉVINAS, E., **De l'existence à l'existant**, Vrin, France, 1998, 174 pp.
- LUC NANCY, Jean, **La comunidad desobrada**, Arena Libros, Madrid, 2001, 206 pp.
- MICHEL, Chantal, **Maurice Blanchot et le déplacement d'Orphée**, Librairie Nizet, 1997, 182 pp.
- NIETZSCHE, Friedrich, **El nacimiento de la tragedia**, Alianza Editorial, Medir, 1980, 278 pp.
- _____, **Sobre verdad y mentira en sentido extramoral**, Tecnos, Madrid, 1990, 90 pp.
- PASI, Carlo, y otros, **Georges Bataille**, Revue des Sciences Humaines, Université de Lille, 1987, 195 pp.
- PERNIOLA, Mario, **L'instant éternel. Bataille et la pensée de la marginalité**, Librairie des Méridiens, Paris, 1982, 155 pp.
- PLATÓN, **Obras Completas**, Aguilar, Madrid, 1990, 1715 pp.
- PSEUDO DIONISIO AREOPAGITA, **Obras Completas**, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1995, 417 pp.
- SÁNCHEZ MECA, Diego, **Nietzsche. La experiencia dionisiaca del mundo**, Tecnos, Madrid, 2005, 401 pp.
- SASSO, Robert, **Georges Bataille: le système du non savoir. Une ontologie du jeu**, Minuit, Paris, 1978, 242 pp.
- SURYA, Michel, **Georges Bataille, la mort à l'œuvre**, Gallimard, NRF, Paris, 1992, 712 pp.
- THOMAS, BÉROUL, **Tristán e Isolda**, CNCA, col. Cien del Mundo, México, 1990, 156 pp.